

Bianca™

Hermanos Sabbatini

Boda para dos

Melanie Milburne

•

EnLaLuNa

Boda para dos
Melanie Milburne
3º Serie Hermanos Sabbatini



Bianca™

Hermanos Sabbatini

Boda para dos

Melanie Milburne

BODA PARA DOS, N.º 58 - octubre 2011
Título original: The Wedding Charade

Argumento:

La posición económica de Jade Sommerville estaba en peligro. Si quería seguir teniendo el tren de vida del que había disfrutado hasta entonces, sólo tenía una alternativa… conseguir que el famoso Nic Sabbatini se casara con ella.

Nic, el hermano menor de los Sabattini, no aceptaba amenazas ni ultimátums, y mucho menos si procedían del testamento de su abuelo. Pero cuando la deslumbrante y obstinada Jade entró en su despacho y anunció que se iba a casar con él, Nic se dio cuenta de que había encontrado la horma de su zapato.

Capítulo 1

SEÑOR Sabbatini, hay afuera una tal Jade Sommerville que desea verle –dijo Gina, la secretaria de Nic, dejándole el café en la mesa como todas las mañanas–. Dijo que no se marcharía hasta que no consiguiera hablar con usted.

Nic permaneció impasible, como si no la hubiera escuchado, mirando la lista de propiedades inmobiliarias que tenía en la pantalla del ordenador.

–Dígale que concierte una cita previa como todo el mundo –dijo al fin sonriendo, imaginándose a Jade paseando impaciente, de arriba abajo, por la sala de recepción.

Así solía ella hacer las cosas, sin encomendarse a nadie. Habría tomado de repente un avión con destino a Roma y se había presentado allí, sin previo aviso, dispuesta a hacer su santa voluntad sin preocuparle en absoluto los demás.

–Creo que habla en serio –dijo Gina–. Es más, creo que…

La puerta se abrió de repente, dando un golpe sordo contra la pared.

–Por favor, Gina, déjenos solos –dijo Jade con una sonrisa artificial–. Nic y yo tenemos un asunto que tratar en privado.

Gina miró a Nic con gesto de preocupación, como si esperase alguna orden o quizá alguna reprimenda.

–Está bien, Gina –dijo él–. Sólo me llevará un momento. No me pase ninguna llamada ni permita que nos interrumpan bajo ninguna circunstancia.

–Sí, señor Sabbatini –replicó Gina, saliendo del despacho y cerrando la puerta suavemente.

Nic se reclinó en la silla y observó a la mujer morena y con carácter que tenía delante de él. Sus ojos verdes brillaban despidiendo chispas de furia, y sus mejillas, habitualmente blancas y suaves como el alabastro, lucían ahora un color rojo cereza. Tenía los puños cerrados a lo largo del cuerpo y los pechos, esos pechos que él tanto adoraba desde que ella tenía dieciséis años, subían y bajaban al ritmo de su respiración.

–Bueno, dime, ¿qué te trae por aquí, Jade? –preguntó él con una sonrisa indolente.

–¡Malnacido! –exclamó ella mirándolo con los ojos de un felino dispuesto a saltar sobre su presa–. Apuesto a que fuiste tú el que le diste la idea. Ese tipo de argucias son propias de ti.

–Perdona, pero no sé de qué me estás hablando –respondió Nic arqueando una ceja.

Ella se acercó al escritorio, apoyó las manos sobre su superficie forrada de cuero y lo miró fijamente.

–Mi padre me ha retirado la asignación –dijo ella–. No me pasa ni un céntimo. Y todo por tu culpa.

Nic se permitió el lujo de recrearse en su visión por un momento. Nunca había tenido su escote tan cerca desde aquella noche de la fiesta de su cumpleaños, cuando ella cumplió los dieciséis. Se sintió embriagado por la exótica fragancia que llevaba. Era una combinación fascinante de jazmín y azahar y alguna otra esencia que él desconocía, pero que sin duda le iba muy bien.

–Puedo ser culpable de muchas cosas, Jade, pero no de ésa –dijo él mirándola fijamente–. Hace años que no hablo con tu padre.

–No te creo –dijo ella, incorporándose del escritorio y mirándole muy erguida.

Se cruzó luego de brazos, dando a Nic una visión aún más sugestiva de sus magníficos pechos. Sintió esa excitación ya habitual en él cada vez que la tenía cerca. Era algo que le molestaba profundamente, porque aunque le atraía sexualmente, había, sin embargo, en ella algo que despertaba su recelo. Era, sin duda, una mujer muy hermosa que rezumaba sensualidad, pero tenía la reputación de acostarse con cualquiera. La prensa había publicado recientemente un reportaje sobre su escandalosa conducta. Había seducido supuestamente a un hombre casado, apartándolo de su hogar, de su esposa y de sus hijos. Nic se preguntó con cuántos hombres se habría acostado. Era una pequeña diablesa que disfrutaba con sus enredos y escándalos.

–¿Y bien? –dijo ella, descruzando los brazos y poniendo las manos en jarras en actitud desafiante–. ¿Qué? ¿No vas a decirme nada?

–¿Qué quieres que te diga? –preguntó a su vez Nic, tomando una pluma de oro del escritorio y poniéndose a jugar con ella entre los dedos.

Jade dejó escapar un suspiro de desesperación.

–Sabes muy bien a lo que me refiero –respondió ella–. Lo sabes desde hace tiempo. Ahora ya sólo nos queda un mes, pero tenemos que decidirnos, de lo contrario perderemos todo el dinero.

El rostro de Nic se crispó al recordar la cláusula del testamento de su abuelo. Se había pasado los últimos meses buscando la manera de conseguir anularla. Había consultado con los abogados más prestigiosos, pero todo había sido en vano. El anciano era un perro viejo y lo había dejado todo muy bien atado antes de morir. Si no se casaba con Jade Sommerville ante del primero de mayo, perdería el

tercio de la herencia que le correspondía como legítimo heredero de los Sabbatini. Aún disponía de un mes. No era mucho, pero no estaba dispuesto a dejarse manejar por Jade y que ella se saliera con la suya como tenía por costumbre. No tenía ningún problema en casarse con ella, si era necesario, pero sería él quien impusiera las condiciones.

–Así que, por lo que veo, quieres casarte conmigo –dijo él arrastrando las palabras, mientras seguía jugando con la pluma y hacía girar su silla a uno y otro lado–. ¿Verdad, Jade?

Ella lo miró como un gato salvaje.

–Realmente, no– respondió ella–. Pero quiero el dinero. Es mío, tu abuelo me lo dejó a mí, y no me importa tener que pasar por el aro con tal de conseguirlo. Nada ni nadie podrá impedírmelo.

Nic sonrió con indolencia.

–En eso te equivocas, *cara*. Yo sí podría impedírtelo.

Ella se acercó de nuevo al escritorio, pero ahora, en vez de apoyarse en él, se dio la vuelta hasta ponerse detrás de Nic. Agarró el respaldo de la silla y la hizo girar enérgicamente hasta dejarle frente a ella. Luego se acercó lo suficiente para meterse entre sus muslos medio abiertos y hacerle sentir en el rostro la cálida fragancia de su perfume a esencia de vainilla. Le puso las manos, primorosamente manicuradas, en el pecho. Nic no se había sentido tan excitado en toda su vida.

–Tú, Nic Sabbatini, vas a casarte, conmigo –dijo ella subrayando con parsimonia cada palabra.

Él sostuvo la mirada de sus ojos que brillaban como dos esmeraldas.

–Y si no, ¿qué? –exclamó él desafiante.

Jade casi estalló de furia. Alzó las pestañas negras y espesas, y arqueó las cejas hasta que unas y otras estuvieron a punto de tocarse. Luego se pasó la lengua por los labios, muy despacio. Nic sintió una gran erección. Era como si toda la sangre y la energía de su cuerpo se hubieran acumulado de repente en aquel miembro.

La agarró de la muñeca con la mano.

–Creo que no utilizas los medios adecuados, Jade –prosiguió él atrayéndola un poco más hacia sí–. ¿Por qué no despliegas conmigo ese encanto sensual tan conocido por muchos, en lugar de acercarte a mí como un gato acorralado? ¿Quién sabe lo que serías capaz de conseguir así?

–Suéltame –dijo ella con los dientes apretados en un gesto de desprecio. –No era eso lo que me decías cuando tenías dieciséis años –replicó él con una sonrisa burlona.

–No estuviste fino, italiano, y perdiste tu oportunidad –dijo ella

con las mejillas rojas como dos frambuesas–. Tu mejor amigo se llevó el premio. No fue el mejor amante que he tenido, pero fue el primero.

Nic trató de controlarse y usar la sensatez. No cabía duda de que estaba tratando de provocarle. Era algo que sabía hacer muy bien. Lo había venido haciendo desde que la conocía. Era una mujer promiscua que no dudaba en usar el sexo para conseguir lo que quería.

Él se había portado siempre con ella como un caballero, rechazando sus insinuaciones, propias de una joven inmadura que sólo quería llamar la atención. La había reprendido varias veces por su comportamiento, pero ella nunca le había hecho caso, y había seducido a propósito a su mejor amigo para dejar clara su postura. Con ello, no sólo había destruido la amistad que tenía él con su compañero, sino también el respeto que aún pudiera sentir hacia ella. A pesar de todo, siempre había estado dispuesto a darle una segunda oportunidad, pero ella parecía querer seguir el mismo camino de autodestrucción por el que había ido su madre, antes de dejarla huérfana cuando era sólo una niña.

–No sé por qué me echas a mí la culpa de que tu padre haya dejado de pasarte la asignación mensual, ¿no crees que más bien puede ser debido a tu reciente aventura amorosa con Richard McCormack? –dijo Nic.

Ella retiró la muñeca y se la frotó ostensiblemente.

–Fue sólo un montaje de la prensa –replicó ella–. Él quería estar conmigo, pero yo no estaba interesada.

–¡Uy, qué extraño! –dijo Nic con cara de sorpresa–. ¡Un hombre que no te interesaba! Tú, que has sido siempre la fantasía erótica de todos los hombres, la chica dispuesta a hacer cualquier cosa para ser siempre la reina de la fiesta.

–Resulta gracioso que diga eso alguien como tú, un hombre que ha estado rodeado siempre de mujeres.

Nic se echó a reír a carcajadas porque sabía que eso la ponía furiosa.

–Sí, lo reconozco. Sé que resulta hipócrita viniendo de mí, pero así es. La doble moral es algo que sigue imperando aun en estos tiempos supuestamente modernos y avanzados. Al final, todo sigue siendo igual que antes, a los hombres les gustan las chicas alegres para divertirse, pero no para casarse con ellas.

–¿Quieres decirme que vas a renunciar a la herencia que legalmente te corresponde? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Es sólo dinero –replicó él, encogiéndose de hombros.

–¡Sí, pero es una fortuna! –exclamó ella con los ojos como platos.

–¿Y qué? Yo ya soy rico –dijo Nic, disfrutando de la situación–. Si

me lo propongo, puedo ganar el doble de esa cantidad en menos de dos años.

–Pero, ¿y qué me dices de tu empresa y de tus hermanos, Giorgio y Luca? ¿No se verían perjudicadas sus acciones si las tuyas caen en manos de algún desconocido?

–No me preocupa –dijo Nic impasible, sin mover un solo músculo–. No es lo que yo hubiera querido, pero tampoco puedo estar a expensas de las fantasías y los caprichos de un viejo.

–¡Pero no se trata sólo de ti! –exclamó ella sin poder ocultar su indignación–. Yo también estoy metida en este asunto. Y necesito ese dinero.

Nic se arrellanó de nuevo en el asiento y cruzó las piernas con aire displicente.

–Pues sal a la calle y consigue un trabajo. Eso es lo que hacen las personas que no han nacido en el seno de una familia rica. Podría acabar gustándote. Sería un cambio en tu vida, tendrías otras cosas en que preocuparte, además del pelo y las uñas.

Ella habría querido fulminarle con la mirada.

–No quiero un trabajo. Quiero ese dinero. Tu abuelo, mi padrino, me lo dio, quería que fuera para mí. Me lo dijo poco antes de morir.

–Lo sé –dijo Nic muy serio–. Siempre tuvo cierta debilidad por ti. Dios sabrá por qué, teniendo en cuenta tu reputación. Pero a mí siempre quiso manipularme y que hiciera todo lo que él quería. Y yo no estaba dispuesto a eso.

Jade apretó los labios y se puso a pasear por el despacho. Nic la contempló desde la silla. Estaba preocupada y con razón. Sin la asignación de su padre, no tendría ni un céntimo. No tenía ningún tipo de ahorros. Vivía a crédito y contaba con la asignación de su padre para pagar las facturas del mes. No había trabajado en su vida. No había terminado siquiera sus estudios en el instituto. La habían expulsado de tres prestigiosos centros privados británicos y no había durado ni una semana en el cuarto. Era una chica ciertamente problemática.

Se dio la vuelta y clavó en Nic sus grandes ojos verdes, con un gesto suplicante.

–Por favor, Nic –dijo ella casi en un susurro–. Por favor, haz esto por mí. Te lo ruego.

Nic respiró profundamente y la miró con atención. Estaba más fascinante y seductora que nunca. Se sintió atrapado en una tentación de la que iba a resultarle difícil salir victorioso. Podía sentir cómo su determinación se iba derritiendo poco a poco como la cera al calor del fuego.

Un año de matrimonio.

Doce meses viviendo como marido y mujer para conseguir una fortuna. Gracias a Dios, la prensa no estaba enterada de los términos del testamento de su abuelo y Nic iba a poner todos los medios a su alcance para que nunca llegara a conocerlos. Sería una vergüenza para él que la gente supiera que iba a ir al altar con la soga que su abuelo le había puesto al cuello

Pero Jade tenía razón. Era una fortuna. Mientras él gozara del prestigio y la confianza que se había ganado en el mundo de los negocios, podría seguir ganando dinero, pero, ¿qué pasaría si entrase en juego un tercer accionista? Sus hermanos se habían portado muy bien con él hasta el momento. No le habían sometido a ninguna presión, ni le habían forzado a hacer nada que él no quisiera, pero sabía que Giorgio, como director financiero de la empresa, estaba muy preocupado con la crisis económica por la que estaba atravesando toda Europa.

Sabía que era la oportunidad para demostrar a su familia y a la prensa que él no era el playboy estúpido que todo el mundo creía. Podría hacer ese sacrificio para asegurar la estabilidad y la solidez de la empresa y, cuando pasase el año, podría verse de nuevo libre de ataduras sentimentales. Libre para viajar por el mundo y asumir los riesgos que otros no eran capaces de tomar. Sintió que sus glándulas empezaban a segregar adrenalina. Era la misma euforia que sentía cada vez que firmaba un contrato de varios millones de dólares.

Sí, cumpliría la voluntad de su abuelo, pero no porque Jade se lo impusiera.

No había nacido aún nadie que le dijera a él lo que tenía que hacer.

Echó hacia atrás la silla y se levantó.

–Seguiremos hablando de esto –dijo él–. Tengo que ir a Venecia a ver una propiedad que se ha puesto en venta. Parece una oportunidad interesante. Estaré fuera sólo un par de días. Te llamaré cuando vuelva.

Ella parpadeó asombrada, como si hubiera esperado una respuesta muy diferente. Pero en seguida su bello rostro volvió a mostrar la misma indignación de antes.

–Te estás haciendo de rogar, demorando tu decisión, ¿verdad?

Nic le dirigió una sonrisa burlona.

–¿No te ha dicho nadie que, cuando se consigue algo después de haberlo deseado mucho, el placer es mil veces mayor?

–Te haré pagar por esto, Nic Sabbatini –dijo ella casi gruñendo, mientras tomaba el bolso de diseño que había dejado en una silla y se

lo colgaba del hombro–. Puedes estar seguro.

Y, con una última mirada de desdén, abandonó el despacho.

Capítulo 2

JADE llegó al hotel de Venecia sobre las cinco de la tarde. Un paparazi le había dicho que Nic se alojaba allí, justo en el Gran Canal. Se sentía bastante satisfecha de sus indagaciones. Había conseguido saber también que Nic estaría en una reunión de negocios hasta las ocho y luego volvería al hotel para darse un masaje antes de salir a cenar. Lo que no había logrado averiguar era si tenía intención de cenar solo o con alguna de su legión de admiradoras.

Nic era de ese tipo de hombres acostumbrado a llevar siempre al lado a una mujer maravillosa que además le bailaba el agua. Ella, para su vergüenza, había sido, en cierta ocasión, una de ésas. Aún se ponía enferma al recordar que la había rechazado cuando ella tenía dieciséis años y estaba locamente enamorada de él. Aunque reconocía que había sido culpa suya por haber sido tan directa con él, no podía evitar echarle parte de la culpa por la experiencia tan horrible que había sido para ella su primera relación sexual. Era algo que no le había dicho nunca a nadie. Ni siquiera el hombre al que le había entregado su virginidad tenía idea del calvario tan terrible que había supuesto para ella. Pero siempre se le había dado muy bien el fingir y engañar a los demás.

Sonrió al empleado de la recepción, batiendo las pestañas de forma seductora, con la habilidad innata que había ido perfeccionando a lo largo de los años.

–*Scusi, signor*. He quedado aquí con mi prometido, il Signor Nicolo Sabbatini. Pero quiero darle… ¿Cómo se dice en italiano?

–Una *sorpresa, signorina* –dijo el conserje con una sonrisa de complicidad–. No sabía que el *signor* Sabbatini estuviera comprometido. No he leído nada en la prensa.

«Lo leerá muy pronto», se dijo Jade para sí con una sonrisa maquiavélica.

–*Sì, signor*, todo ha sido muy en secreto. Ya sabe lo poco que les gusta a los hermanos Sabbatini la intrusión de la prensa en su vida privada –dijo Jade sacando del bolso una foto en la que estaba Nic con ella el día del funeral de su abuelo Salvatore y mostrándosela muy sonriente al conserje–. Como puede ver, la prensa nos sigue a todas partes. Por eso quiero tener un rato de intimidad con él, antes de que nuestra relación sea de dominio público. No sabe cómo le agradezco su colaboración.

–Es un placer para mí, *signorina* –dijo el hombre devolviéndole la foto y sacando un impreso para que lo rellenara–. Si es tan amable, ponga aquí su nombre completo y su dirección para nuestro registro.

Jade sintió un momento de pánico, pero se repuso de inmediato y esbozó su mejor sonrisa.

–Lo siento, *signor*, pero me quité las lentillas para el viaje y debí de meterlas en alguna de las maletas. No veo prácticamente nada sin ellas, y odio las gafas. Son algo anticuado y pasado de moda y además la hacen a una horrible, ¿no cree? ¿Le importaría meter mis datos directamente en el ordenador?

–Por supuesto que no, *signorina* –respondió el conserje con una sonrisa, tecleando los datos que ella le iba diciendo.

–Es usted muy amable –dijo Jade mientras el hombre le entregaba la tarjeta de la habitación.

–El *signor* Sabbatini se aloja en la planta de arriba, en la suite del hotel. Le llevarán allí el equipaje en unos minutos.

–*Grazie, signor*. Sólo una cosa más –dijo ella, inclinándose un poco más hacia el conserje y mirándole con una de sus sonrisas más seductoras–. Mi prometido tiene un masaje para las ocho. ¿Le importaría cancelarlo? Yo me encargaré de dárselo. Así será mejor, ¿no le parece?

–No me cabe la menor duda, *signorina* –replicó el conserje muy cordial.

Jade se dirigió al ascensor. Pasó dentro y sonrió al ver reflejada su imagen en las puertas metálicas. Se había puesto uno de los vestidos que mejor le sentaban, uno negro escandalosamente corto y ajustado y con un escote muy atrevido, y llevaba unos zapatos de aguja de ésos que hacen volver la cabeza a todos los hombres. Llevaba también unas joyas muy llamativas que sin duda contribuían a completar su imagen de mujer frívola y jactanciosa.

Encontró la habitación sin ningún problema y pidió nada más entrar que le subieran una botella de champán. Necesitaba armarse de valor. Pero tenía que ir con mucho cuidado si quería conseguir lo que quería. Nic se pondría furioso, pero ella no iba a salir a la calle a buscar un trabajo, como él le había propuesto irónicamente. ¿Quién demonios le iba a dar un empleo?

Miró por la ventana a los turistas que paseaban animadamente. El conjunto de canales y el colorido de las diversas casas y palacios que se levantaban en sus márgenes era exactamente igual a lo que había visto en las postales. Incluso la luz era la misma. Los tonos pasteles, a la puesta del sol, teñían los centenarios edificios de colores rosas, naranjas y amarillos. La pintura era su pasión secreta. Habría deseado tener más tiempo para pintar. En su improvisado estudio en su apartamento de Londres apenas había sitio ya para sus obras. Nadie las había visto nunca. Así nadie podía criticarlas.

Entró en el dormitorio y vio la cama tan enorme que había. La probó, presionando con la mano en el colchón, pero la retiró en seguida pensando en todas las mujeres que se habrían acostado allí cuando él estaba de viaje. Seguramente, él habría perdido la cuenta. Ella, sin embargo, a pesar de lo que la prensa había publicado de sus aventuras, podría contar con los dedos de una mano los amantes que había tenido y aún le sobrarían dedos. ¿Por qué todo el mundo le daba tanta importancia al sexo? Desde luego, para ella no había sido nunca gran cosa.

Un mozo del hotel llamó a la puerta. Era el champán que había pedido. Abrió y le dio una propina. Se sirvió luego una copa para calmar los nervios. Estaba muy nerviosa, el tiempo se echaba encima y no estaba claro si Nic querría o no ayudarla. Era demasiado arriesgado dejarlo todo en sus manos, ella tendría que poner algo de su parte si no quería verse en la indigencia. Tendría que volver a fingir una vez más ser una mujer frívola. No le quedaba otra salida.

Casarse con Nic lo resolvería todo. Todos sus problemas se terminarían si hacía lo que Salvatore había dejado escrito en el testamento. Su abogado se lo había explicado todo después del funeral. Tenía que casarse con Nic antes del primer día del mes siguiente y estar casados al menos durante un año. Los dos tenían que permanecer fieles. Ella no sabía por qué razón su padrino había impuesto esa condición. No tenía intención de acostarse con Nic. Él la había rechazado ya en el pasado. ¿Por qué no habría de hacerlo de nuevo?

Estaba tomando su segunda copa de champán cuando Nic llegó. Se quedó perplejo al verla sentada en la cama con las piernas cruzadas.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí?

–Celebrando nuestro compromiso –dijo ella alzando la copa con una tímida sonrisa.

Él estaba rígido.

–¿Perdón? –dijo con voz pausada pero amenazadora.

Jade tomó un sorbo y lo miró fijamente.

–La prensa lo sabe ya. Yo les di la exclusiva. Lo único que necesitan ahora es una foto.

Nic se fue derecho hacia ella. Se le veía fuera de sí. El primer impulso de Jade fue salir huyendo de allí. Sabía muy bien lo que era sentirse maltratada. Su padre le había dado más de una bofetada, pero su orgullo estaba por encima de todo eso. En su lugar dirigió a Nic una mirada desafiante y descarada.

–Si me pegas, iré a la prensa y les contaré lo del testamento de tu

abuelo. No querrás que haga eso, ¿verdad, Nic?

–Eres sólo basura, una asquerosa y sucia basura –dijo él.

Jade, con su copa de champán en la mano, se puso a canturrear una canción infantil que decía algo así como que las palabras no hacían tanto daño como los palos.

Nic se acercó a ella y le quitó la copa bruscamente de la mano, derramándole el champán sobre el vestido.

–¡Malnacido! –exclamó ella, levantándose para ver la mancha que le había quedado–. Me has estropeado el vestido.

–Sal de aquí –replicó el muy enfadado, resoplando como un toro bravo y señalando la puerta con la mano–. Sal de aquí antes de que tenga que echarte yo.

Jade movió la cabeza con gesto negativo y se dispuso a desabrocharse la cremallera del vestido.

–Si me pones un dedo encima, iré a la prensa y les contaré aún más secretos de los Sabbatini.

–¿Es que no tienes principios?

–Muchos –contestó ella, quitándose el vestido con cierta dificultad por lo ajustado que era.

–¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó él con cierto recelo.

Jade dejó caer el vestido al suelo, y lo miró con la barbilla alzada. Llevaba sólo un sujetador y unas bragas de encaje negros, además de sus zapatos de tacón de vértigo. Por un instante se preguntó si no se habría desnudado también interiormente, pues Nic la miraba de una forma que parecía traspasar su ropa interior. Podía sentir el calor de su mirada en la piel, por dentro y por fuera, así como una agitación que parecía ir intensificándose a cada segundo que pasaba.

–Voy a darme un baño –dijo ella armándose de valor–. Luego, cuando me haya refrescado, saldremos a celebrar públicamente nuestro compromiso.

Nic se quedó quieto, respirando de manera entrecortada, y mirándola duramente con unos ojos llenos de odio como ella nunca le había visto hasta entonces.

–No voy a dejar que te salgas con la tuya, Jade, ni que juegues y coqueteces conmigo, ¿me oyes?

–¡Juegues! ¡Coqueteces!... ¡Qué palabras tan bonitas y tan bien elegidas! –dijo Jade entrando en el cuarto de baño–. No te preocupes, no habrá nada de eso, ¿de acuerdo? No forma parte del trato.

Hizo un pequeño saludo con la mano y cerró la puerta de baño, echando el cerrojo por dentro.

Nic dejó escapar un suspiro tan grande que parecía salido de una locomotora de vapor. Estaba mucho más que enfadado. Estaba lívido y

furioso.

Estaba fuera de sí.

Jade le había tendido una trampa y no le quedaba más remedio que seguirle la corriente. Quedaría como un imbécil si la prensa se enterase de las maquinaciones de su abuelo. Si tenía que casarse con ella, lo haría, pero no como si fuera un títere cuyos hilos podía manejar cualquiera.

Abrió y cerró los puños varias veces tratando de controlarse. Habría querido echar abajo la puerta del cuarto de baño de una patada y agarrar por el pelo a aquella pequeña bruja y sacarla de allí a rastras. Nunca había pensado que pudiera llegar a odiar tanto a una persona. ¿Era eso lo que su abuelo había querido? ¿Qué odiase de Jade Sommerville hasta el aire que respiraba? ¿Qué interés le había llevado a que se uniera a ella en un matrimonio de conveniencia durante todo un año? No acertaba a comprenderlo. Sería una tortura para él. El matrimonio era ya en sí un calvario, una especie de cárcel. Odiaba la idea de atarse a una persona aunque fuese sólo por unos meses, no digamos ya para toda una vida.

Era lo que le había sucedido a su padre. No había sido capaz de serle fiel a su esposa tras la muerte de la pequeña Chiara, y había estado a punto de destruir su matrimonio. Él era por entonces sólo un niño para recordar aquella muerte trágica e inesperada de su hermanita, pero sí se acordaba de las cosas que pasaron años después. Después de haber tenido tres hijos, la pérdida de la niña había sido, tanto para su madre como para su padre, un golpe muy duro del que les había costado mucho recuperarse emocionalmente. Nic había llevado hasta entonces una infancia feliz. Era el pequeño de la familia y había recibido siempre el cariño incondicional de sus padres. Pero después de la muerte de su hermanita Chiara, sus padres habían vivido atemorizados ante la idea de poder perder a otro y eso les había llevado a distanciarse afectivamente. Giorgio y Luca, que eran por entonces ya mayorcitos, no lo habían sentido tanto, pero él había visto perder de repente el lugar de privilegio que había ocupado hasta entonces.

Tener que casarse con Jade era el peor de los escenarios posibles. Era una mujer incapaz de guardarle fidelidad, aunque fuera sólo por un año. No era de extrañar que ella misma hubiera propuesto dejar el sexo al margen de su relación. Estaba claro que no podía confiar en ella.

Pero si quería su parte de la herencia, tenía que lograr mantenerla a su lado y la única manera de conseguirlo sería acostándose con ella y hacer que su matrimonio fuese un matrimonio

verdadero y no una simple farsa. Si conseguía tenerla satisfecha, no le entrarían tentaciones de salir por ahí en busca de aventuras.

Se frotó la mandíbula pensando en ello. Acostarse con Jade sería sin duda una experiencia inolvidable. Sintió la sangre hirviéndole en las venas sólo de pensarlo. Era una mujer desinhibida y descarada, sin complejos ni vergüenza. No conocía límites en lo relativo al sexo. Sonrió al imaginarse con ella en la cama. Desde que podía recordar, siempre había existido entre ellos una fuerte atracción mutua. No sería ningún castigo para él hundirse dentro de ella hasta oírle gritar su nombre en lugar del de uno de esos desconocidos de los clubes nocturnos que frecuentaba.

Jade salió del cuarto de baño después de más de media hora. Llevaba el pelo recogido en la nuca, pero le caían algunos mechones húmedos por la cara. Tenía puesto uno de los suaves y esponjosos albornoces blancos del hotel. Descalza, sin el maquillaje ni los zapatos de tacón, parecía más joven y delicada. Tenía un color ligeramente sonrosado en las mejillas, producto sin duda del baño. Cuando pasó junto a él, para dirigirse a donde había dejado las maletas con su ropa, vio que llevaba las uñas de los pies pintadas de negro. Hubiera resultado muy difícil no darse cuenta de ello, pues resaltaban poderosamente frente a la blancura de su piel de porcelana.

–¿Sabes tú lo que ha podido pasar con el masaje que tenía reservado para esta hora? –preguntó él. Ella se apartó un mechón de pelo de la cara y se lo puso detrás de la oreja, sin levantar la vista de la maleta que acaba de abrir.

–Yo lo cancelé.

–¿Por qué? ¿Con qué derecho te has atrevido a hacer una cosa así? Me apetecía mucho un masaje después de haber estado todo el día de reuniones.

Ella lo miró muy segura de sí misma, mientras se dirigía hacia el armario con unos cuantos vestidos que había sacado de la maleta.

–Yo puedo dártelo si quieres –replicó ella, colgando las faldas y las blusas en las perchas del armario–. Todo el mundo dice que lo hago bastante bien.

–Estoy seguro –dijo Nic siguiéndola con la mirada mientras se dirigía de nuevo a donde había dejado el equipaje.

–¿Cuál te gusta más? –dijo ella sacando de la maleta dos vestidos y poniéndoselos por encima.

Nic pensó que estaba tratando de jugar con él nuevamente. Jade podía cambiar de actitud en menos de un minuto. Podía pasar de ser una mujer temperamental, llena de genio, a una niña pequeña jugando con sus vestiditos.

–El rojo –dijo Nic, dirigiéndose hacia la mesita donde estaba la cubitera de plata con el champán metido en hielo.

Se sirvió una copa y echó un trago mientras contemplaba el vestido.

Parecía como si ella estuviera protagonizando un espectáculo de striptease, pero al revés. Había salido del baño mientras él se estaba sirviendo una copa, y ahora se estaba poniendo unas bragas francesas de encaje de color rojo y negro, de una gasa tan transparente que permitía ver sin gran dificultad su pubis perfectamente depilado. Nic sintió un vuelco en el corazón y notó que la sangre volvía a correr alocadamente por sus venas. Echó otro trago de champán, pero no pudo apartar los ojos de ella. Jade sacó un sugestivo sujetador a juego con las bragas. Tenía unos pechos turgentes y bien formados, coronados por unos seductores pezones rosados. Tras abrocharse el sujetador, se recolocó los pechos bajo la vaporosa tela de encaje y luego movió enérgicamente la cabeza a uno y otro lado hasta que el pelo le cayó como una cascada por la espalda y los hombros.

Nic estaba a punto de explotar.

–¿No vas a ducharte ni a cambiarte? –preguntó ella pasando muy cerca de él con su estuche de maquillaje.

Él la agarró del brazo sintiendo la suave calidez de su piel entre los dedos. Luego clavó la mirada en aquellos ojos verdes y profundos como el mar.

–¿Qué me dices de ese masaje que me prometiste?

–Más tarde –respondió ella, lanzándole una mirada llena de sensualidad–. Primero la cena. Si te portas bien prometo hacerte algo especial cuando volvamos.

Nic apretó la mano un poco más, al ver que ella trataba de apartarse.

–Es así como consigues que los hombres acaben haciendo lo que quieres, ¿verdad? Haciéndoles que mendiguen tus favores como si fueran perros hambrientos.

Ella sacudió la cabeza otra vez, para que le quedase el pelo un poco más suelto. –Tú no tendrás que mendigar, Nic, por la sencilla razón de que no va a haber ningún tipo de favor entre nosotros. Esto va a ser sólo un matrimonio de conveniencia, sobre el papel.

–¡Oh, vamos!, Jade –dijo Nic soltando una carcajada–. ¿Cuánto tiempo crees que va a durar eso? Tú has nacido para el placer.

–Nic, no pienso acostarme contigo –dijo ella tratando de soltarse de él.

–Entonces, ¿por qué intentas provocarme?

–Podrás mirar pero no tocar –respondió ella muy arrogante–. Ése

es el trato.

–Hay algo que aún tienes que aprender de mí, Jade –dijo él, soltándole el brazo–. Yo elijo a las mujeres con las que quiero acostarme. Yo no mendigo nunca el favor de una mujer. ¿Lo oyes bien? Nunca.

Ella se dio media vuelta y se sentó junto al tocador. Abrió varios estuches y tubos y se pintó los labios y los ojos y se aplicó una crema hidratante por la cara.

–Ya veremos –dijo ella, mirándolo a través del espejo de su estuche de maquillaje.

Nic apretó los dientes y entró de un par de zancadas en el cuarto de baño.

«Sí, lo veremos», pensó para sí, abriendo del todo el grifo del agua fría de la ducha.

Cuando Nic salió del cuarto de baño, vio que Jade seguía bebiendo champán. Estaba profusamente maquillada como era su costumbre. Había hecho buen uso de la sombra y el perfilador de ojos, del lápiz labial rojo y de un fondo de maquillaje para el rostro con unos toques de colorete para resaltar y dar más relieve a los pómulos. Se había puesto otros zapatos de tacón, aún más altos que los de antes, y llevaba unos pendientes espectaculares que despedían destellos de luz cada vez que echaba hacia atrás su espléndida melena azabache. Nic creyó ver, sin embargo, un cierto rictus amargo en sus labios, por lo que supuso que podría haber una nueva discusión en cualquier momento.

Había estado pensando, mientras se duchaba, en la situación a la que se enfrentaba. Se casaría con ella porque no tenía realmente otra elección, pero sería él quien estableciese las condiciones. Estaba equivocada si creía que iba a manejarle como a un pelele, si se había decidido a dar aquel paso no había sido por ella sino por el bien de su familia.

–Antes de que salgamos a cenar quiero dejar bien sentadas un par de reglas –dijo Nic, sacando del armario una camisa limpia.

Ella cruzó las piernas, dejó colgando el zapato de la punta del pie y se puso a balancearlo arriba y abajo como una colegiala en una clase muy aburrida.

–Adelante, Nic, cuéntame esas reglas y yo te diré si estoy de acuerdo o no con ellas.

–Tendrás que estarlo si quieres que me case contigo –dijo él sacando una corbata del armario–. Tú necesitas ese dinero mucho más que yo, no se te olvide.

–Venga, dime de una vez cuáles son esas estúpidas reglas tuyas –

exclamó ella.

–Tendrás que comportarte, en todo momento y lugar, con el decoro y la discreción que corresponde a tu nueva posición como esposa de un Sabbatini. Supongo que conoces a mis cuñadas, *¿sì*?

–Sí, las dos son muy agradables –respondió ella–.

Estuve hablando con Bronte unos minutos cuando el funeral de tu abuelo. A Maya, la esposa de Giorgio, la conocí en Londres. No pude asistir al bautizo de su hijo Matteo y ella tuvo la amabilidad de hacerme una visita para enseñarme al bebé. Es un niño adorable.

–Sí, es encantador –dijo Nic–. ¿Y por qué no pudiste asistir al bautizo?

–Tenía otro compromiso –respondió ella desviando la mirada con un gesto de desdén.

–¿Y qué me dices del bautizo de Marco, el hijo de Luca y Bronte? –preguntó él–. Fue sólo un mes después. ¿Tenías otro compromiso también ese día?

Ella lo miró ahora fijamente a los ojos.

–Tengo una vida social muy activa. Tengo la agenda ocupada hasta los dos próximos meses.

Nic la miró contrariado y con gesto de desprecio. Podía imaginársela yendo de fiesta en fiesta y de discoteca en discoteca, en brazos del primer desaprensivo que se encontrase por el camino.

–Fue un detalle por tu parte que fueras a ver a mi abuelo antes de morir y que asistieras luego también al funeral.

Las palabras de Nic no pretendían, en absoluto, ser un cumplido. El abuelo Salvatore la había incluido en su testamento y por eso se había tomando esa molestia. La conocía lo suficiente como para saber que ella no hacía nada por nadie a menos que sacara algún beneficio de ello.

–Era lo menos que podía hacer –replicó ella asintiendo suavemente con la cabeza–. Siempre se portó muy bien conmigo. Era mi padrino. Nadie se toma ya muy en serio ese papel en estos días, pero él siempre se preocupó mucho por mí.

–Y además te tuvo en cuenta en el testamento –apuntó Nic.

–Sí, bueno, supongo que tendría sus razones.

–¿Por qué crees tú que lo hizo? –preguntó Nic–. A lo nuestro, me refiero. No se puede decir precisamente que hayamos sido una pareja de enamorados en estos últimos años.

–¿Quién sabe? –dijo ella, encogiéndose de hombros–. Tal vez pensó que sería una buena forma de unir a las dos familias: la de los Sommerville y la de los Sabbatini. Mi padre, por su parte, ya no tiene un heredero varón, por lo que quizá vea esto con buenos ojos. En fin,

ya veremos cómo se lo toman nuestras familias.

–A propósito, se suponía que debías haber ido con tu hermano en aquel viaje que habíais organizado para ir a esquiar, ¿no? –dijo él, clavando los ojos en ella.

–Perdí el vuelo –respondió ella bajando la mirada y encogiéndose de hombros, como si tal cosa–. Había vuelto muy tarde a casa la noche anterior y me quedé dormida por la mañana.

–¿Has pensado alguna vez que podrías estar ahora muerta como tu hermano si hubieras hecho ese viaje? –exclamó Nic–. Lo más probable es que hubieras estado con él cuando se produjo aquella tremenda avalancha en la ladera de la montaña.

–¿Te importa si dejamos este asunto y volvemos a tus estúpidas reglas? –dijo ella.

–No te gusta hablar de Jonathan, ¿verdad?

–Tú también perdiste a tu hermanita. ¿Te gusta a ti hablar de ello?

–Ni siquiera lo recuerdo –dijo él–. Sólo tenía dieciocho meses entonces. Pero Jonathan tenía casi veintiún años, y a ti te faltaban sólo unas semanas para cumplir los dieciocho años. Debes recordarlo muy bien todo.

–Eso es algo muy íntimo en lo que tú no tienes por qué inmiscuirte –dijo ella, mirándole muy seria–. Quizá puedas pensar que como futuro marido tienes ciertos derechos sobre mí, pero te aseguro que ése no es uno de ellos.

Nic se hizo el nudo de la corbata y se lo ajustó al cuello de la camisa, sin dejar de mirar aquella hermosa cara, ahora fría como el hielo. ¿Cómo podía cambiar de expresión con tanta rapidez? Era algo increíble.

–La segunda regla es que no toleraré que, mientras estés conmigo, mantengas relaciones con otros hombres. Puedo ser condescendiente hasta cierta medida, pero no estoy dispuesto a ser el hazmerreír de todo el mundo.

–Tampoco mantendré ninguna relación contigo –dijo ella con la mirada de quien se sabe con todos los triunfos en la mano–. Voy a estar demasiado ocupada contando el dinero.

–Si no te portas bien, tendrás que atenerte a las consecuencias –dijo Nic muy serio–. Un movimiento en falso y te quedarás sin un céntimo. No es que yo lo diga, está escrito en el testamento. Si no permanecemos fieles el uno al otro, automáticamente el testamento de mi abuelo quedará anulado.

–Tendrás que comportarte entonces con mucha discreción, ¿no te parece? –replicó ella, alzando una ceja con gesto irónico.

–No me crees capaz de hacerlo, ¿verdad?

–¿Hacer qué? –dijo ella–. ¿Estar un año sin acostarte con ninguna mujer? No, francamente, no. A propósito, ¿cuál es tu última amante? ¿Sigue siendo aquella rica brasileña, o tienes ahora alguna otra?

–Un año sin sexo es mucho tiempo, Jade. Tanto para ti como para mí. No veo por qué no podemos aprovecharnos de la situación.

–Nic, lo único que quiero es el dinero, no a ti. Pensé que lo había dejado suficientemente claro.

–Lo dijiste con la boca pequeña –replicó él–. Apuesto a que antes de un mes ves las cosas de otra manera. Supongo que todo esto forma parte del juego, ¿no? Es lo que sueles hacer habitualmente con los hombres: provocarles hasta que te desean tanto que olvidan sus principios y sus promesas.

–Crees que me conoces muy bien, ¿eh? Mejor. Así no habrá sorpresas desagradables cuando estemos casados.

–Me temo que tendremos que hacer una boda por todo lo alto. Espero que eso no suponga ningún problema para ti. Es lo que, estoy seguro, desean mi familia y mis amistades.

–Está bien –dijo Jade–. Pero no estoy dispuesta a ir de blanco y con velo. Nic se inclinó hacia ella, y la miró con una sonrisa burlona en los labios.

–No estarás pensando en ir de negro, ¿verdad?

–No soy virgen, Nic –dijo ella sosteniendo su mirada–. Y no me gusta fingir lo que no soy. Nic frunció el ceño, desconcertado por aquellas palabras.

–No recuerdo haber dicho que eso fuera un requisito para nuestro acuerdo. Si vamos a eso, yo tampoco soy un ángel que digamos. Quizá debería darme vergüenza decirlo, pero he perdido ya la cuenta de las amantes que he tenido. Tú quizá lleves un recuento más preciso.

–No –mintió ella, mirándose las uñas con aparente atención–. Yo también hace mucho que perdí la cuenta de mis amantes.

Se produjo entonces un silencio tenso. Ella levantó la vista al cabo de unos segundos y vio la expresión inquietante con que la estaba mirando.

–¿Hay algo más? –preguntó ella–. ¿Queda alguna otra regla tediosa que tenga que cumplir?

–No. Eso es todo, por ahora –respondió él, poniéndose la chaqueta–. Bueno sólo una cosa más, mantente alejada de la prensa. Yo me encargaré de ellos, sé cómo tratarlos.

–Sí, señor –dijo ella con ironía, descruzando las piernas y levantándose de la silla.

Se colgó del hombro un bolso de noche muy elegante y se dirigió

a la puerta moviendo ostensiblemente las caderas.

–Ten cuidado, Jade –le advirtió él–. Un paso en falso y nuestro acuerdo quedará sin efecto. Hablo en serio.

Jade se quedó impresionada por la amenaza, pero trató de que él no lo advirtiera. Quizá fuese sólo una argucia pero, ¿cómo podría saberlo a ciencia cierta? Desde luego, ella necesitaba el dinero mucho más que él. Nic tenía una buena cuenta corriente y un montón de propiedades, mientras que ella no tenía nada. Pero en un año todo eso iba a cambiar. Conseguiría al fin independizarse de su padre y no tener que necesitar de la generosidad de nadie para vivir.

–Voy a portarme bien, Nic –dijo poniendo la cara más dócil y sumisa que pudo–. Seré una buena chica, ya verás.

Capítulo 3

APENAS había salido por la puerta del hotel del Gran Canal cuando se vieron asaltados por una nube de paparazis. Un reportero le puso a Nic un micrófono delante.

–Señor Sabbatini, la noticia de su compromiso e inminente matrimonio con la señorita Sommerville nos ha pillado a todos por sorpresa. Deben haber llevado su relación muy en secreto. ¿Tiene algún comentario que hacer acerca de su romance?

Nic esbozó una sonrisa de oreja a oreja, pero Jade se dio cuenta de que, por dentro, estaba apretando los dientes, muy enfadado.

–La señorita Sommerville y yo nos conocemos desde hace años. Su familia y la mía mantienen una vieja amistad. Al final, hemos decidido ser algo más que amigos y tenemos pensado casarnos el mes que viene. Ahora, por favor, si son tan amables, nos gustaría poder celebrar nuestro compromiso en privado.

Uno de los periodistas más veteranos se acercó a Jade y le puso su micrófono en la boca, antes de que Nic pudiera impedírselo.

–Señorita Sommerville, usted tuvo una aventura amorosa hace unos meses con Richard McCormack, el marido de una de sus mejores amigas. ¿Cree usted que la noticia de su compromiso con Nic Sabbatini supondrá la reconciliación con Julianne McCormack?

Jade sintió la mano de Nic apretándole con fuerza la muñeca.

–No tengo ningún comentario que hacer sobre cualquier asunto que tenga que ver con mi vida privada, aparte de que me siento muy feliz con este compromiso. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Me siento…

–Discúlpenos –dijo Nic tomando el mando de la situación y abriéndose paso, con Jade de la mano, por entre la multitud de turistas que se había congregado allí a presenciar la escena–. Creo que te dije que dejaras que yo respondiera a las preguntas de la prensa –le dijo en voz baja, con una sonrisa de cara a la galería.

–Se trata de un suceso muy importante. Habrían pensado que pasaba algo extraño entre nosotros si no hubiera dicho nada –replicó ella.

Llegaron en un par de minutos a uno de los restaurantes que había a ese lado del canal. Un camarero los recibió y los condujo muy atentamente a un salita privada decorada con todo tipo de lujos. Una gran araña de cristal de Murano colgaba del techo. Las sillas estaban tapizadas de terciopelo y todas las ventanas estaban cubiertas por unos gruesos cortinajes de un precioso color escarlata. Había máscaras venecianas por las paredes, cada una de ellas era una verdadera obra

de arte. Se respiraba una gran intimidad y Jade se preguntó con cuántas mujeres habría estado Nic allí cenando, antes de llevárselas a la suite de su hotel para gozar de ellas. Se revolvió incómoda en el asiento, al pensar que estaba empezando a sentirse celosa. Pero, ¿por qué iba a estarlo? Nic siempre estaría rodeado de mujeres. Él era así y nunca podría cambiar. No estaba hecho para asumir un compromiso serio y duradero con una mujer. Era un playboy empedernido, doctorado en el arte de la seducción. Podía a tener a cualquier mujer que se le antojase.

Les dejaron la carta del menú y un minuto después apareció el camarero con una botella de champán en una cubitera de plata. Jade lo miró con cierto recelo. Ya había bebido en el hotel más de lo que tenía por costumbre. Pero estar con Nic le producía casi el mismo efecto que el alcohol. La cabeza le daba vueltas y le hacía ver a Nic en calzoncillos por el hotel. Había intentado ser lo más descarada posible, vistiéndose delante de él, para mostrarse tal como la prensa la retrataba, pero todo había sido muy diferente cuando había sido él el que se había vestido delante de ella. Había procurado no mirar aquel cuerpo tan escultural y musculoso. Ella había visto muchos cuerpos masculinos en la playa o en el gimnasio, algunos rayando realmente la perfección, sin embargo, había algo en el de Nic que la hacía estremecerse especialmente, haciéndole perder el control. Pero ella era la que jugaba al ratón y al gato con los hombres, no al revés. Y no le gustaba la idea de que Nic tuviese tanto poder sobre ella.

El camarero llenó las copas y se marchó discretamente para dejarlos en la intimidad. –¡Por nuestro primer año de matrimonio! –dijo Nic levantando su copa y acercándola a la de Jade.

–Supongo que te refieres a nuestro primer y único año de matrimonio, ¿no? –replicó ella con ironía–. Si no me equivoco, los términos del testamento son muy claros: tenemos que casarnos antes del próximo mes y permanecer casados durante un año exactamente.

Nic echó un trago antes de responder.

–Sí, pero, ¿y si nos gusta seguir casados? ¿Y si vemos que al final nos llevamos mucho mejor de lo que habíamos pensado? Podríamos seguir casados todo el tiempo que quisiésemos, ¿no?

Jade, sorprendida, se dejó caer hacia atrás en el asiento, como si él la hubiera empujado con fuerza con las manos.

–No puedes estar hablando en serio –exclamó ella.

–No, sólo estaba bromeando –dijo él con una amplia sonrisa enseñando sus dientes blancos e inmaculados–. La verdad es que lo mejor que podríamos hacer cuando llegue el primero de mayo del año que viene sería tomar el dinero y salir corriendo.

Jade trató de ocultar el resentimiento que sintió al oír esas palabras. Sabía que el dinero era la única razón que él tenía para casarse con ella. Ella estaba haciendo también lo mismo, después de todo. Casi no podía culparle de que acatara la voluntad de su abuelo. Sus dos hermanos mayores, Giorgio y Luca, se habían casado libremente sin que se vieran presionados por nada, y tanto uno como otro vivían felices ahora con sus mujeres y sus hijos. Giorgio y Maya habían estado separados durante unos meses, pero se habían reconciliado poco antes de la muerte del abuelo. La gran ilusión de Salvatore había sido poder para ver a sus tres nietos casados antes de morir, pero al enfermar tan de repente había decidido tomar cartas en el asunto y hacer algo para que Nic, el único de los tres nietos que aún no estaba casado, sentara la cabeza y dejase de andar por ahí de flor en flor. Por qué Salvatore la había elegido a ella para novia de Nic era, en cambio, un misterio. Tenía que estar al corriente de lo mal que se llevaban. Durante los últimos años, habían estado siempre insultándose y discutiendo el uno con el otro cada vez que se habían visto obligados a asistir juntos a alguna de las fiestas de los Sabbatini o de los Sommerville.

Jade sabía mucho sobre la historia de la Sabbatini, ya que había formado parte de su círculo durante años. Su padre, que era australiano, había hecho una gran amistad con Salvatore y, con su ayuda, la humilde empresa de contabilidad que tenía había llegado a convertirse en una de las más prestigiosas de Europa.

Al igual que Nic y sus hermanos, Jade había crecido en un ambiente de personas ricas y famosas. Celebridades que, lejos de ser ídolos intocables, eran amigos y conocidos que asistían regularmente a las mismas fiestas y actos sociales.

Harriet, la madre de Jade, había sido una dama de la buena sociedad de Londres. Había fallecido prematuramente, víctima de una sobredosis, cuando Jade tenía cinco años. Si había sido un suicidio o un accidente era algo que ni Jade ni su hermano Jonathan habían sabido nunca. Siempre había habido muchas especulaciones sobre el matrimonio de sus padres. Las niñeras que Jade había tenido a lo largo de toda su infancia le habían enseñado a no hablar de su madre en presencia de su padre. Por qué le molestaba eso tanto a su padre era también otro misterio sin resolver.

Jade miró al plato que tenía delante y se mordió el labio inferior. Odiaba salir a comer fuera. Era algo que, por lo general, trataba de evitar, pero no por las razones que todos suponían. La prensa la había tratado muy mal, sacando a la luz su internamiento en una clínica especial cuando tenía sólo quince años, y luego tres años después

cuando su salud corrió un grave peligro al quedarse exageradamente delgada tras la muerte de su hermano Jonathan. Ahora estaba ya bien, pero cuando salía a comer fuera a un restaurante tenía que enfrentarse al problema de elegir unos platos de una carta cuyos nombres no acertaba a comprender.

Sintió en ese momento el peso de la mirada de Nic como una losa sobre ella. Alzó la vista y cerró la carta del menú.

–¿Qué piensas tomar? –le preguntó ella.

–*Fettuccine* con cangrejo de primero y ternera en salsa Marsala de segundo. ¿Y tú?

Jade se pasó la lengua por sus labios resecos.

–Elige tú por mí –respondió ella, apartando la carta del menú a un lado–. Se ve que conoces muy bien este sitio. Ya sabes que no soy nada quisquillosa.

–¿No? –exclamó el arqueando una ceja.

–He tenido que pasar por muchas cosas estos últimos años, Nic –replicó ella con gesto serio–. Pero no voy a avergonzarte tirando la comida por el sanitario del cuarto de baño en cuanto me des la espalda.

–No pretendía decir tal cosa –dijo él con el ceño fruncido–. Sé que has pasado muy malos momentos, perdiendo a tu madre siendo casi una niña y luego a tu hermano en esas circunstancias tan trágicas.

–Preferiría no hablar de ello. Los dos están muertos y la vida continúa.

El camarero llegó para tomarles la nota y, cuando se marchó, Nic se quedó mirándola con gesto pensativo. Ella comenzó a sentirse como un bicho raro en el portaobjetos de un poderoso microscopio. Tenía la virtud de hacerla sentirse así. Veía cosas que otras personas no veían. Tenía unos ojos tan profundos y penetrantes que la hacían sentirse vulnerable e indefensa, cosas que ella odiaba y trataba de evitar a toda costa.

–¿Ves a tu padre con frecuencia? –preguntó Nic.

Ella agarró con dos dedos el tallo de su copa de champán y se puso a darle vueltas muy despacio.

–Antes de esto, sí. Venía a verme de vez en cuando con su novia de turno –dijo ella con la voz apagada–. La última era sólo un año o dos mayor que yo. Creo que acabarán casándose. Él desea tener un hijo… para llenar el vacío de Jonathan. Lleva hablando de eso desde hace años.

Nic percibió el dolor que se ocultaba tras aquellas palabras aparentemente frías y cínicas.

–Nunca os habéis llevado bien, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, sin mirarlo a los ojos.

–Creo que le recuerdo demasiado a mi madre.

–¿Te acuerdas de ella? –preguntó él.

Los maravillosos ojos verdes de Jade se iluminaron de repente como si Nic acabase de pulsar un interruptor en algún lugar recóndito de su corazón.

–Era tan hermosa… –dijo ella en un tono de ensoñación, moviendo suavemente la copa de champán y viendo cómo las burbujas ascendían y se rompían delicadamente al llegar a la superficie–. Tenía mucho glamour y cuando pasaba por tu lado dejaba un olor a diosa, como a madreselva y jazmín después de un día largo y caluroso de verano –dejó el vaso en la mesa y se puso a hacer círculos con el dedo alrededor del borde mientras hablaba–. Era muy cariñosa. Cada vez que pasaba al lado de Jon o de mí se paraba a darnos un abrazo. Me encantaba oír su voz cuando me leía algo o me contaba cuentos. Podía pasarme horas enteras escuchándola…

Se hizo un extraño silencio. Ella soltó un pequeño suspiro, tomó de nuevo su copa y la giró entre los dedos antes de acercársela a los labios. Luego la dejó sobre la mesa con un rictus en la boca como si el sabor de aquel champán tan caro y exclusivo no hubiera sido de su agrado.

–Nos quería mucho. Nos amaba de verdad. Eso es algo de lo que nunca tuve la menor duda.

Nic no sabía gran cosa de los rumores que habían corrido a raíz de la muerte de Harriet Sommerville. Se habló de una relación ilícita que Harriet había decidido dar por terminada cuando su amante se negó a dejar a su esposa por ella. Otros rumores sugerían que el padre de Jade no había ha sido un buen esposo ni un buen padre, pero no era fácil poder distinguir entre lo que era cierto y lo que eran sólo invenciones.

La prensa aprovechó para presentar la historia de la forma más sensacionalista: cuanto mayor fuera el escándalo, mayores las ventas. Eso era algo que sus hermanos y él sabían muy bien por haberlo sufrido en sus propias carnes. Pero había algo en Jade que le intrigaba. A lo largo de esos años, se la había visto con cierta asiduidad en los actos sociales, vestida de punta en blanco, sonriendo muy complaciente a las cámaras y manejándose con mucha soltura con los paparazis, pero él se preguntaba si alguien sabía de verdad quién era la verdadera Jade Sommerville. Esa mujer hermosa, elegantemente vestida y maquillada, que estaba ahora sentada frente a él haciendo girar su copa de champán entre los dedos sin apenas probarlo, que se negaba a hablar de la muerte de su hermano y que

hablaba de su padre sin poder disimular su indignación.

¿Quién era ella? ¿Quién era realmente? ¿Era de verdad esa mujer que había roto el matrimonio de su mejor amiga, tal como la prensa había publicado? ¿O era otra mujer completamente diferente?

–La pérdida de un progenitor es un golpe muy duro en la vida –dijo Nic para tratar de romper el silencio que se había creado–. Para mí fue una gran conmoción el accidente de mi padre… Tener que verlo en el hospital en aquel estado... –hizo un gesto de amargura al recordarlo–. Tenía tanta vitalidad… y de pronto verlo allí en estado de coma… –se pasó la mano por el pelo–. Su muerte fue al final un alivio para todos. Nadie se atrevió a decirlo, pero era la verdad. Él no hubiera querido seguir viviendo con el cerebro paralizado como un vegetal.

Jade lo miró a los ojos. Había una gran simpatía en su mirada.

–Tú te pareces mucho a él –dijo ella cordialmente–. Supongo que te lo habrá dicho mucha gente. Él también detestaba sentirse atado a otra persona.

Nic sonrió con ironía mientras echaba otro trago de champán.

–El matrimonio de mis padres fue un acuerdo concertado por sus familias. Es algo que pocas personas conocen. Mi madre estaba muy enamorada de él, pero él no quería encadenarse de por vida a una mujer. A pesar de todo, consiguieron sacar adelante su matrimonio lo mejor que pudieron, hasta que llegó Chiara.

Tenían ya tres chicos y mi padre soñaba con tener una niña. Se volvió loco de alegría cuando ella nació. Chiara lo era todo para él –Nic dejó el vaso en la mesa y miró fijamente a Jade–. Cuando ella murió, sintió que ya no había nada en el mundo que tuviera interés para él. Se lo tomó como un castigo de Dios por no haber amado suficiente a su esposa y a sus hijos. Pasó por una época muy difícil y turbulenta. A pesar de que eras una niña por entonces, seguro que oirías hablar de ello: de las aventuras amorosas que mantuvo con mujeres frívolas y ambiciosas, hasta que finalmente comprendió que la única mujer a la que podía amar era la madre de sus hijos, la única que lo había amado de verdad y lo amaría toda su vida.

–Cada persona tiene su propia manera de reaccionar frente al dolor –dijo ella suavemente.

Nic volvió a tomar su copa, pero ahora no con la intención de echar otro trago, sino sólo para tener algo entre las manos.

–A mí no me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer. En eso he salido a mi padre –dijo Nic–. Supongo que ésa fue la razón por la que Salvatore puso esas cláusulas en el testamento.

–Pero ahora estás haciendo lo que él quería y eso es lo que

importa –dijo ella sin mostrar la menor emoción en la voz–. En un año, estarás otra vez libre. Tendrás tu parte de la herencia y podrás estar con quien quieras.

–¿Y qué me dices de ti? –preguntó Nic, llevándose la copa a los labios–. ¿Qué vas a hacer dentro de un año?

Ella miró la copa champán que apenas había probado.

–No suelo hacer planes a largo plazo –replicó ella con una sonrisa de circunstancias–. Supongo que nos divorciaremos de manera amistosa y reharemos cada uno nuestras vidas.

Nic se preguntó con qué tipo de hombre le gustaría compartir su vida o si preferiría, por el contrario, quedarse soltera. La verdad era que, si no hubiera sido por las maquinaciones de su abuelo y las cláusulas que había puesto en su testamento, habría tenido que casarse en breve y con un hombre con una posición económica desahogada. Ella no había trabajado en toda su vida. Era una persona de la buena sociedad, que había nacido en el seno de una familia pudiente, igual que otras habían nacido en un ambiente de pobreza e indigencia.

Hasta que su padre le dijo que iba a retirarle la ayuda económica, ella nunca le había mencionado nada a Nic sobre el testamento. Él había tratado de hablar tranquilamente del asunto con ella, pero cuando se lo propuso durante el funeral de su abuelo, ella lo miró extrañada y se escabulló entre la gente dejándole plantado. Él era consciente de que nunca llegaría a ser un marido ideal pero, si ella se comportaba de forma responsable, estaba dispuesto a soportar de la mejor manera posible esos doce meses de matrimonio. Así conseguiría salvaguardar su parte de la herencia a la vez que los intereses de sus hermanos y de la empresa de la familia.

Casarse con Jade tenía también sus compensaciones. Para empezar, era un verdadero placer para la vista. Nunca había visto unos ojos tan grandes y hermosos como los suyos. Eran de color verde esmeralda y tenían forma de almendra. Y sus pestañas eran negras como el carbón y largas y tupidas como si fueran de seda. Su pelo, ligeramente ondulado, le caía casi hasta la mitad de la espalda. Tenía unas mejillas sonrosadas que parecían de porcelana y una boca carnosa y llena de sensualidad. Podría haber trabajado de modelo si hubiera querido. Una famosa agencia llegó a ofrecérselo cuando tenía diecinueve años, pero ella, por alguna razón, rechazó la proposición. Probablemente, prefirió seguir viviendo de la fortuna de su padre, esperando heredarlo todo algún día cuando falleciera.

Sí, a su manera, Jade era también una mujer ambiciosa, pensó Nic. Sólo que tal vez ella era más sincera, e incluso hasta descarada,

que la mayoría de las mujeres. Sería una experiencia interesante estar en la cama con ella. Cuanto más pensaba en ello, más ganas le entraban de ponerse manos a la obra. Ella trataba de parecer fría y distante, pero él podía sentir el ardor de su naturaleza apasionada hirviendo a fuego lento bajo aquella aparente capa de frialdad. Era una mujer seductora y coqueta. Eso la hacía aún más atractiva. Era como una gata salvaje, una tigresa que había que domesticar, y él estaría encantado de hacerlo, y cuanto antes mejor, sin hacer caso de sus remilgos ni sus falsos razonamientos. Sabía que todo era una argucia suya. Ella lo había deseado desde que era una adolescente de dieciséis años en plena pubertad, y como entonces la había rechazado, trataba ahora de hacerse la digna con él.

–Sabes que tendremos que vivir juntos en Roma la mayor parte del año, ¿no? –dijo él, tras una pausa–. Y que tendremos que viajar con relativa frecuencia.

–¿Viajar? –exclamó ella–. ¿Y esperas que yo te acompañe en tus viajes?

–Naturalmente. Eso es lo que suele hacer una amante esposa.

–Ya, pero seguramente eso no será necesario en nuestro caso –replicó ella–. Tú eres un hombre muy ocupado. Sería para ti un estorbo tener que llevar a tu mujercita colgada del brazo por medio mundo. Además, yo también tengo cosas que hacer.

–¿Como qué? –preguntó él arqueando una ceja, con cara de extrañeza–. ¿Tomarte un vodka con lima por las mañanas y hacerte las uñas y el pelo después de comer?

Jade apretó los dedos alrededor del tallo de la copa con tanta fuerza que Nic temió por un instante que pudiera romperse en mil pedazos.

–No. Es sólo que me gusta dormir en mi propia cama.

–Eso no es lo que decían de ti los periódicos hace unos meses –apuntó él con ironía–. Al parecer estabas en la cama de Richard McCormack un día sí y otro también cuando su mujer estaba fuera.

Ella le dirigió una mirada cargada de odio.

–¿Das acaso crédito a todo lo que prensa cuenta sobre tus hermanos y sobre ti?

–No, a todo no. Pero tú no lo desmentiste. Podías haber puesto al periódico una demanda por difamación si todo lo que habían contado sobre ti era mentira.

–No tengo ningún interés en pleitear con nadie –replicó ella–. No vale la pena. Además, se interpretaría como una actitud defensiva de alguien que se siente culpable. Siempre he creído que era mejor ignorarlo todo y esperar a que se acabe olvidando.

–Supongo que nuestra próxima boda contribuirá también a que se olvide –dijo él–. Por cierto, ¿quieres casarte en alguna iglesia en particular?

–Me da igual. No tengo ninguna preferencia –respondió ella desviando la mirada.

–Entonces no te importará si nos casamos y pasamos la luna de miel en Bellagio, ¿verdad?

–Ahí es donde tu familia tiene una villa, ¿no? –preguntó ella mirándolo a los ojos.

–Sí –respondió él, volviendo a llenar las copas–. Es también donde mi hermanita murió hace ya más treinta años.

–En ese caso, parece el lugar apropiado para celebrar un matrimonio que nace ya muerto desde el principio, ¿no te parece? –dijo ella tomando su copa.

Nic la miró detenidamente con sus ojos color de avellana.

–Tienes una lengua muy afilada esta noche. Tú eres la que insiste en decir una y otra vez que nuestro matrimonio va a ser sólo una farsa.

–Yo no te amo, Nic, y sé también que yo no significo nada para ti. Vamos a casarnos sólo para conseguir el dinero del testamento de tu abuelo. Nuestro matrimonio no es más que un acuerdo comercial, sin ningún futuro.

–No tiene por qué ser así –replicó el–. Podemos esforzarnos para intentar que las cosas marchen bien entre nosotros.

–Te conozco bien, Nic. No serías capaz de serme fiel tres semanas seguidas. Pero no te preocupes, puedes seguir con tus aventuras amorosas siempre que lo hagas en privado y con discreción. No quiero convertirme en el hazmerreír de la prensa.

–Lo mismo te digo –replicó él, inclinándose hacia ella de forma intimidatoria–. Y te lo advierto Jade, si corre el menor rumor de que mantienes una relación escandalosa con otro hombre, puedes considerar nuestro matrimonio roto de manera inmediata, con independencia de lo que esté estipulado o no en el testamento. Voy a dejar esto por escrito en el acta de nuestro acuerdo prematrimonial.

–Quizá deberías haber dicho «anulado» más que «roto», al hablar de nuestro matrimonio.

Nic clavó los ojos en los suyos. Parecían dos reflectores luminosos tan brillantes que Jade no pudo evitar sentir un estremecimiento por la piel. Su expresión férrea no era desde luego la de un hombre que se dejase dominar. Se habían vuelto las tornas. Ella no era la que llevaba ahora la batuta, y él parecía dispuesto a que no lo olvidase. Le había dejado claro que la deseaba, pero ella no podía dejar de sentirse como

algo provisional a la espera de que se cumpliese el plazo prescrito para cobrar su herencia. A pesar de que había hecho todo lo posible por ocultar sus sentimientos, estaba claro que había sido en vano. Tal vez, él era como muchos hombres que, incluso en estos tiempos, seguían pensando que tenían derecho a acostarse con una mujer que les había gustado: una cena en un buen restaurante, una botella de champán caro y asunto arreglado.

Jade había decidido no tener relaciones íntimas con Nic. Pero algo que había pasado en las dos últimas horas había puesto en tela de juicio su resolución. Vio el deseo en sus ojos y una sonrisa indolente en sus labios sensuales, como si saborease ya el triunfo de tenerla. Se revolvió inquieta en el asiento, consciente de su debilidad y vulnerabilidad ante él. Sintió un hormigueo en los pechos y un temblor en las piernas, como si anhelaran entrelazarse con las suyas, más fuertes y poderosas, en un abrazo erótico y voluptuoso.

Nic extendió la mano y separó los dedos de Jade, que seguían aferrados al tallo de su copa de champán. Se los llevó a la boca. Ella sintió de repente un temblor en la mano, como si el aliento de él contuviera una poción mágica que hubiera desbloqueado sus articulaciones y derretido sus huesos. Se sintió como petrificada, inmersa en un estado extraño, pero placentero e irresistible. No quería romper el hechizo. Él siguió mirándola fijamente sin que ella pudiera apartar su mirada. Se sentía atraída poderosamente hacia él, como una polilla confiada se siente atraída irremisiblemente por la calidez de la llama. Podría quemarse, pero eso no parecía importarle. Casi se quedó sin respiración cuando el le rozó las puntas de los dedos con sus labios, despertando en ella un deseo que la dejó insatisfecha, anhelando más.

–Jade, ¿por qué sigues luchando contra ese sentimiento que ha habido siempre entre nosotros? –preguntó él con la voz apagada.

–No quiero complicar aún más las cosas, Nic –respondió ella con una voz que parecía de otra persona, jadeante, anhelante y expectante.

–Tú me deseabas cuando tenías dieciséis años –le recordó Nic, deslizando de nuevo los labios por sus dedos.

Era un contacto suave y tentador.

–Yo… era muy joven entonces y tú estabas…

–Estaba loco por ti, pero tuve la madurez suficiente para darme cuenta de que eras demasiado joven para saber lo que estaba haciendo –dijo él, con una amarga sonrisa–. «Lolita», así es como te apodaba entonces. ¿Lo sabías? Eras una menor y podía ir a la cárcel. Después de eso, no me atreví a tocarte durante años. Ni siquiera a darte un

beso en la mejilla cuando coincidíamos en las reuniones familiares. No confiaba en mí mismo, no sabía si podría seguir rechazando aquello que se me había ofrecido. Yo tenía siete años más que tú. A los veintitrés tuve que comportarme como un adulto, a pesar de que te deseaba con toda mi alma.

Jade apartó la mano de su boca, poniéndola a salvo en su regazo.

–Me gustaría que dejaras de recordarme lo estúpida que era por entonces –dijo ella bajando la mirada.

–Todavía lo sientes, ¿verdad, Jade? –dijo él en un tono ardiente–. Esa idea de lo prohibido, de la lujuria, del sexo, del deseo insatisfecho. Lo veo en tus ojos, lo siento en tu cuerpo. Siento una zozobra en la carne cuando me miras. No podremos estar todo un año sin consumar nuestro matrimonio, y tú lo sabes mejor que yo.

Ella se atrevió a mirarlo entonces y sintió en seguida el corazón latiendo con fuerza en su pecho. Nic hablaba en serio. La deseaba e iba a hacer todo lo posible por tenerla. Tendría que ser fuerte, muy fuerte. Lo último que podía hacer era enamorarse de él. Ya lo había hecho una vez y había sido un desastre. Su vida había tomado un rumbo completamente diferente. En el fondo sabía que ella era la única culpable de todo. Ella había tirado su inocencia por la borda para vengarse de Nic y le había salido todo al revés de lo que esperaba.

–Mi abuelo no habría pensado en ti para este matrimonio si no pensase que era lo más conveniente para ti –dijo Nic–. Él siempre se mostraba muy tolerante y comprensivo contigo, a pesar de lo que se publicaba sobre ti en la prensa. Siempre te estaba defendiendo.

Jade apartó a un lado el primer plato sin siquiera probarlo.

–Era una buena persona –dijo ella suavemente, tratando de contener las lágrimas–. Nunca he conseguido entender cómo mi padre y él llegaron a ser tan buenos amigos, siendo tan diferentes.

–La muerte de Jonathan supuso un golpe muy duro para tu padre –replicó Nic–. Algunas personas no saben sobreponerse a las desgracias. Mi abuelo entendía eso. Al fin y al cabo había visto la reacción de mi padre ante la pérdida de su hija. No existe una manera ideal de enfrentarse al dolor. Cada uno de nosotros debe encontrar la mejor manera de aprender a vivir con él.

–En opinión de mi padre, murió el hijo equivocado –dijo ella en un tono inexpresivo y carente de cualquier emoción, que parecía contradecir lo que estaba sintiendo, lo que siempre había sentido.

–No puedes creer eso –dijo Nic, frunciendo el ceño de manera ostensible–. Fue un accidente. Podría haberle pasado a cualquiera. Tú no pudiste hacer nada para evitarlo. Nadie pudo hacer nada para que

las cosas ocurrieran de otra manera. Ya te lo dije antes: tuviste suerte de no haber estado allí con él.

Jade se encogió de hombros en un gesto ambiguo que parecía no decir nada, pero que quizá decía demasiado. Ella había sido la causante de la muerte de Jonathan. Él no habría ido a aquella pista de esquí tan arriesgada si ella hubiera estado con él. Sabía que no era muy buena esquiadora y no se habría atrevido a ir con ella a aquella pista. Su hermano había estado siempre muy pendiente de que no le pasara nada. Habría renunciado seguramente a ir a esquiar a aquella zona y se habría quedado con ella. Ella siempre había dicho que había perdido el vuelo por haberse acostado tarde esa noche después de una fiesta, pero la verdad era otra. Había ido realmente al aeropuerto pero se había equivocado de terminal y, cuando quiso rectificar, ya era demasiado tarde y su vuelo había salido. Sintió tal vergüenza por su torpeza que no se atrevió a reservar una plaza en el vuelo siguiente y prefirió volver a casa y mandarle un mensaje a su hermano, diciéndole que había cambiado de opinión. Era una idiota y una estúpida. Una zopenca, como le decía, a menudo, su padre. Por su culpa, Jon estaba ahora muerto y ella tendría que vivir con esa carga toda su vida.

–¿Jade? –dijo Nic viéndola absorta en sus pensamientos.

Trató de tomarle la mano que sostenía la copa, pero ella la retiró.

La bebida había sido una de las válvulas de escape que había probado en el pasado para olvidar su dolor, pero no le había funcionado.

–Está bien –dijo ella, con una sonrisa de circunstancias–. La vida tiene que continuar. A Jon no le habría gustado verme lamentándome todo el santo día por cosas del pasado. Él murió como había vivido: al límite, segregando adrenalina, con alegría, coraje y convicción.

–¿Y tú?, ¿cómo vives tu vida? –preguntó Nic.

«Con miedo, temor, aprensión, remordimientos y sintiendo odio hacia mí misma», pensó Jade, pero no lo dijo.

–Me gusta vivir bien –respondió ella con una leve sonrisa–. Y para eso necesito dinero, mucho dinero. No quiero tener que verme obligada a trabajar nunca. No me veo sometida a una disciplina y a un empleo alienante durante los próximos cuarenta años para luego retirarme a cultivar tomates y orquídeas o lo que hagan ahora los jubilados.

–La mayoría de ellos pasan el tiempo con sus nietos –replicó él.

–¿Es eso lo que un playboy, como tú, tiene previsto hacer? –exclamó ella arqueando las cejas con un gesto de incredulidad.

Nic frunció el ceño de nuevo, como admitiendo que tal idea no había pasado nunca por su cabeza.

–No me malinterpretes. Yo adoro a mi sobrina y a mis dos sobrinos y veo la alegría que les dan a mis hermanos y a mi madre, pero nunca he pensado en formar una familia. Mi trabajo en la empresa de la familia requiere que esté disponible las veinticuatro horas del día para viajar a cualquier país del mundo. Especialmente ahora, que Giorgio y Luca quieren pasar más tiempo con sus familias. Apenas paro en casa siete días al mes.

–¿Y esperas que yo te acompañe en todos tus viajes? –exclamó ella.

–Bueno, en todos no, Jade, pero sí en la mayoría. Tenemos que dar la impresión de ser un matrimonio bien avenido y no podemos dar esa imagen si uno de los dos está siempre fuera, de viaje de negocios, y el otro tumbado en la piscina o camino del spa más cercano.

Ella lo miró como si quisiera fulminarlo con la mirada.

–¿Crees que empleo así mi tiempo libre?

Nic apuró su copa antes de contestar.

–Lo único que sé es que no trabajas ni colaboras en ninguna causa benéfica, y que sólo asistes a las fiestas que te convienen. No tengo ni idea de lo que haces con tu tiempo. ¿Por qué no me lo dices tú?

Jade pensó entonces en sus lienzos y en el pequeño estudio improvisado de pintura que se había montado en una habitación de su apartamento. Pensó en las horas que había dedicado a aquellos cuadros. Había hecho un gran esfuerzo por tratar de compensar con ese trabajo los errores que había cometido en el pasado. No había conseguido vender ninguno y, como la mayoría de los pintores, sabía que no podría ganarse nunca la vida con su arte, pero no por ello renunciaba a esa aspiración. Era una pasión tan fuerte como la que había llevado a su padre a levantar la empresa de contabilidad más importante del país. Pero era también uno de sus secretos mejor guardados. No quería que nadie lo supiese por si fracasaba también en aquella actividad y tuviera que darles la razón a los que pensaban que no era más una mujer frívola de la buena sociedad. Al igual que su madre, se suponía que ella tampoco tenía cerebro ni una meta en la vida, que sólo había venido al mundo para amenizar las fiestas y reuniones sociales con un canapé en una mano y una copa de champán en la otra, y para dar más brillo y esplendor a los éxitos profesionales de su marido.

Pero ella siempre había querido algo más. El problema era que, cuanto más deseaba una cosa, más inalcanzable se volvía.

Como con Nic…

Trató de alejar de sí aquellas ideas y se puso a pensar en las motivaciones de Nic para dar aquel paso. Estaba claro que él sólo

pensaba en ella como un medio para conseguir sus fines. En un mes estarían casados oficialmente y estarían en camino de lograr lo que querían: la herencia. Para Nic, ella era sólo un bonus extra que le venía dado de forma gratuita, una fantasía erótica que provenía de aquel tiempo en que la colegiala estúpida se había enamorado locamente de él. ¿Qué hombre con un mínimo de sangre en las venas no querría revivir aquella experiencia tan excitante y llena de sensualidad? Pero lo que Nic no sabía era que ella, en el fondo, no era esa mujer fatal devorahombres que pintaban las revistas.

–Me gusta mi forma de vida –dijo ella.

–¡Vamos, Jade! Tienes ahora… ¿cuántos?, ¿veintiséis años? Estás en la flor de la vida. ¿No te gustaría hacer algo? ¿No sé…, estudiar o hacer algún tipo de curso?

–Odiaba la escuela. No me veo matriculándome en ningún curso académico –respondió ella–. No tengo la disciplina suficiente para ello. Jon heredó todo el talento de la familia.

–Creo que te estás subestimando –afirmó él–. Sé que Jonathan era muy inteligente, pero tú llevas su misma sangre. Es sólo cuestión de que encuentres una actividad que te guste y puedas desarrollar en ella tus habilidades.

–No te preocupes por mí –dijo ella, con un gesto de indiferencia–. Viviré muy feliz en mi papel de mujer de mundo, asistiendo a actos sociales, mientras tú haces lo que tengas que hacer.

–¿Sabes acaso en qué consiste mi trabajo? ¿Te interesaría saberlo? –le preguntó él.

–Sé que tiene algo que ver con la cadena de hoteles Sabbatini –respondió ella con cierto sentimiento de culpabilidad por su ignorancia–. Eres el director financiero o algo parecido, ¿no?

Nic elevó los ojos al cielo en un gesto de incredulidad o de frustración o tal vez de ambas cosas.

–No, ése es el papel que desempeña mi hermano Giorgio. Yo soy el promotor inmobiliario de la empresa. Me encargo de buscar oportunidades de negocio, encontrar inmuebles bien situados para construir algún nuevo hotel para la cadena o simplemente para mejorar la cartera de inversiones de la familia. Actualmente tengo varios proyectos en distintos países.

Jade pensó en seguida en aquellos hoteles en los que tendría que alojarse con él si finalmente decidía acompañarlo en sus viajes. En los dormitorios y cuartos de baño que tendrían que compartir si querían que dar la imagen de un matrimonio normal y no despertar las sospechas del servicio.

–¿Has pensado en la logística de todo esto? –preguntó ella–. No

podemos dormir en habitaciones separadas en todos los hoteles a los que vayamos. La gente es muy dada a los rumores y las habladurías.

Él sonrió con esa sonrisa tan seductora que hacía bullir su sangre en las venas.

–¿Crees, de verdad, que no vas a querer acostarte conmigo cuando estemos casados, o lo dices sólo para provocarme y abrirme el apetito?

–No, Nic, lo digo en serio. No quiero que me toques.

–¿Por qué será que tengo la impresión de que dices eso para tratar de convencerte a ti misma? –exclamó él, inclinándose hacia ella con un gesto de recelo.

–Lo digo porque te conozco y sé cómo eres –replicó ella con un leve rubor en las mejillas–. Estás acostumbrado a que todas las mujeres caigan rendidas a tus pies.

Nic apoyó los brazos sobre la mesa, y la miró con sus ojos negros de forma desafiante.

–¿Qué te parece si hacemos un pequeño trato, Jade? En público, me mostraré contigo tan afectuoso como suele comportarse cualquier marido con su esposa, pero en privado no te pondré un dedo encima a menos que tú me des tu consentimiento con esos ojos verdes tan seductores que tienes. Ni un dedo, ¿de acuerdo?

Jade lo miró durante unos segundos con aire de sospecha. El corazón le latía como un tambor que estuviese tocando alguien sin mucho sentido del ritmo. ¿Podría confiar en que él mantuviera su palabra? Y quizá lo que era aún más importante: ¿podría confiar en ella misma?

–De… acuer… do –contestó ella al fin, con la voz temblorosa.

–Bien –dijo él echándose hacia atrás de nuevo en el asiento y llenando las copas de champán–. Trato hecho.

Capítulo 4

LOS chicos de la prensa ya se habían marchado cuando salieron del restaurante. Jade suspiró aliviada y se dirigió con Nic de vuelta al hotel. En general, no le importaba hablar con la prensa, pero había ocasiones en que prefería pasar desapercibida. La noticia de su inminente matrimonio aparecería al día siguiente en la primera plana de la mayoría de los periódicos. Eso tenía su lado positivo: le sería más difícil a Nic romper su acuerdo. No le interesaría airear demasiado las condiciones que le había impuesto su abuelo en el testamento. Como todos los Sabbatini, era muy orgulloso, y para un playboy como él, ser arrastrado al altar, contra su voluntad, sería toda una humillación.

Nic le pasó el brazo por la cintura en un gesto protector y se abrieron paso entre la multitud de turistas que llenaban las calles y piazzas aledañas al Gran Canal. Al contacto de su brazo alrededor de su talle, Jade sintió un calor capaz de provocar un incendio forestal. Sintió que le temblaban los muslos cuando entró en el hotel, con Nic pegado a ella. Se montaron en el ascensor. Él no la tocó en ningún momento, pero se colocó lo suficientemente cerca para que sintiera la fuerza y el vigor de sus piernas.

Nic sacó el móvil y se puso a revisar su agenda de contactos mientras el ascensor iba subiendo los pisos.

–¡Qué extraño! No te tengo en mi agenda –dijo él, mirándola de soslayo–. Sólo tengo tu teléfono fijo. ¿Me das tu número de móvil?

Ella apretó la boca un instante.

–Mmm… pues verás… el caso es que… no tengo teléfono móvil.

–¿Qué quieres decir? ¿Lo perdiste? –preguntó él mirándola con cara de extrañeza.

–Bueno… una vez tuve uno, pero se me perdió y luego me dio pereza ponerme a buscar otro parecido.

Él siguió mirándola sorprendido, como si fuera un ser venido del siglo XVIII, a través del túnel de tiempo.

–¡No me lo puedo creer! Estarás bromeando. ¿De verdad no tienes móvil?

Ella negó con la cabeza mientras el ascensor llegaba a la planta del ático y se abrían las puertas.

–Te conseguiré uno mañana –dijo él guardándose el móvil en el bolsillo y echándose a un lado para que ella saliera.

–No, no te molestes –replicó ella, mordiéndose el labio inferior mientras él seguía mirándola con cara de curiosidad–. Me avergüenza reconocerlo, pero soy un poco tecnófoba. Estaba empezando ya a

entender el funcionamiento del móvil que tenía cuando se me perdió. No quiero tener que volver a pasar otra vez por todo aquel tedioso aprendizaje.

–Jade –dijo él mirándola con esa mirada que la hacía sentirse como si fuera una niña en la clase de párvulos–, los nuevos modelos son muy sencillos de manejar. Al final, un móvil no es más que un teclado y una pantalla, igual que un ordenador. Hasta un niño pequeño sabe usarlo. Mi sobrina Eve, que aún no tiene tres años, maneja a la perfección los juegos que tengo instalados en el móvil –ella hizo un gesto vago de asentimiento y salió del ascensor sin decir nada–. Dame entonces tu dirección de correo electrónico –le dijo él mientras entraban ya en la suite.

Jade sintió como si le sonara una alarma en la boca del estómago. Se devanó los sesos pensando una excusa de por qué no tenía una dirección de correo electrónico.

–Mmm… Así, de pronto, no sabría decírtela… Hace poco, he tenido que cambiarla. Estaba recibiendo demasiados correos... basura. El técnico que vino pensó que era mejor que la cambiase. Aún no me he aprendido de memoria la nueva dirección. Es un poco más larga y complicada que la de antes.

–Está bien, mándame un correo cuando puedas y te añadiré a mi lista de contactos –dijo él entregándole una tarjeta de visita donde constaban todos sus datos.

Jade se quedó mirando la tarjeta. Tenía un sello de distinción y originalidad, como el propio Nic. Tenía los bordes dorados y las letras grabadas en relieve. Jade pasó los dedos por la tarjeta, sintiendo cada letra en la piel.

–¿Te la estás aprendiendo de memoria? –exclamó él.

Ella se guardó en seguida la tarjeta en el bolso y puso una expresión de indiferencia.

–No tengo ningún interés en aprender nada que no me sirva de provecho en la vida –respondió ella–. Por desgracia, casarme contigo es la única forma que tengo de conseguir mi independencia.

Nic le dirigió una mirada cargada de desdén y desprecio.

–Veo que eres tan superficial y egoísta como te pinta la prensa. Y ni siquiera te molestas en disimularlo. Lo único que te interesa es el dinero.

Jade le dedicó una sonrisa forzada, de ésas que tienen siempre a mano las mujeres de mundo, ambiciosas y vividoras.

–Vamos en el mismo barco, italiano, no se te olvide. Lo dos queremos el dinero y estamos dispuestos a vender nuestra alma al diablo por conseguirlo.

–Esperemos que al final valga la pena –replicó él con un gesto de amargura.

–Estoy segura de ello. Tú recibirás tu herencia y yo conseguiré finalmente mi independencia. ¿Qué más podemos pedir?

–Eso aún está por ver, ¿no te parece? –dijo él mientras le enseñaba el dormitorio y la cama de matrimonio–. ¿Qué lado prefieres?

Jade sintió un escalofrío, pero se controló rápidamente antes de que él pudiera advertirlo.

–Los dos. Yo dormiré ahí, tú ya puedes ir llamando al servicio del hotel para que te prepare el sofá cama.

–Supongo que estás bromeando, ¿no? Acabamos de anunciar nuestro compromiso. ¿Qué crees que pensaría el personal del hotel si viera que dormimos en camas separadas?

–Pensarían que nos estamos reservando para nuestra noche de bodas.

–Veo que eres como una veleta, *cara*. Tan pronto eres una mujer frívola y promiscua como pudorosa y recatada.

Jade, muy ofendida, se dirigió al cuarto de baño, pero él se acercó a ella por detrás y la agarró por los hombros, aplastando el pecho contra sus omóplatos y la pelvis contra sus nalgas. Ella sintió activarse todas sus terminaciones nerviosas en un erótico frenesí mientras su respiración cobraba el ritmo desacompasado de un motor defectuoso.

Era lo más cerca que había estado de él en muchos años. Podía sentir entre los glúteos la prueba fehaciente de su erección y el latido de su corazón en el hombro.

Sintió que toda su resistencia se desmoronaba. El muro que había levantado para defenderse de él se venía abajo por momentos. No estaba acostumbrada a perder el control de sus emociones, ella era la que ostentaba habitualmente el poder sobre los hombres, no al revés.

Excepto con Nic...

Jade se preguntó qué pasaría si se diese la vuelta y su boca se encontrase con la suya. Introduciría la lengua entre sus labios y le demostraría que podría hacer que él perdiera el control.

Ella deseaba hacerlo. Pero no se atrevió.

–Deberías haberlo previsto, Jade –le susurró él al oído mientras ella sentía la cálida brisa de su aliento sobre la piel como un pincel deslizándose sobre un lienzo–. Viniste precipitadamente a Venecia sin pensar cómo podría terminar la noche, ¿verdad?

Jade se mordió el labio inferior al sentir su creciente erección entre los glúteos. Era tan fuerte que pareció por un momento ser capaz

de separarlos. Era una sensación deliciosamente erótica y sexy. Sintió su cuerpo ardiendo en llamas. Su vientre parecía estremecerse en una vorágine de deseo. Sus pechos inflamados parecían pugnar por evadirse del frágil encaje de su sujetador.

–Dijiste que no me tocarías a menos que estuviéramos en público –dijo ella, tratando de controlarse a duras penas al sentir las caricias de su boca en el lóbulo de la oreja.

–Te dije que no te tocaría a menos que tú quisieras. Y no me negarás que lo estás deseando, ¿eh, *cara*?

Jade se volvió y se apartó un par de pasos de él. Lo miró de manera desafiante.

–Si vas a romper las reglas del juego desde el primer día, entonces yo también puedo hacerlo. Tengo mis contactos. Les diré todo. Les contaré incluso algunas cosas de tus hermanos. No creo que eso le siente muy bien a tu familia, ¿no crees?

Él la miró con los dientes apretados y la mandíbula desencajada.

–Un movimiento en falso, Jade, ¿me oyes?, un movimiento en falso y te verás mendigando por la calle, que es donde debe estar alguien como tú, sin principios ni moral.

–Crees que puedes controlarme, ¿verdad, italiano? –dijo ella, herida por sus crueles palabras.

–Ni siquiera puedes controlarte a ti misma –replicó él con una mirada de indignación–. Eres una niña mimada que debería haberse hecho mujer hace ya mucho tiempo. No es de extrañar que tu padre te cortara la asignación. No eres más que una mujer florero sin clase ni educación.

Jade lanzó instintivamente la mano hacia su rostro para darle una bofetada, pero él la detuvo a mitad de camino, sujetándole la mano con fuerza. Ella sintió una imperiosa necesidad de llorar. Hacía años que no lloraba. Desde el funeral de Jon. Pero no iba a derrumbarse delante de Nic. No, no iba a darle esa satisfacción.

–Tengo que ir al cuarto de baño –dijo ella.

Cuando salió tras unos minutos, después de reparar los desperfectos de su maquillaje, encontró a Nic de pie con una expresión inquietante en el rostro.

–Lo siento –replicó él–. No debí haberte hablado de esa manera.

Ella se encogió de hombros, sin dar importancia a sus palabras. Los de la prensa le habían dicho cosas mucho peores, pero cualquier cosa que viniese de Nic le resultaba más ofensiva. Esperaba que no la hubiera oído lloriqueando como una niña en el cuarto de baño. Había abierto los grifos al máximo para ahogar el sonido de su llanto. Miró a Nic, y creyó ver en su cara un gesto de arrepentimiento por lo

ocurrido.

–¿Quieres que me vaya? –le preguntó ella–. Puedo alojarme en otro hotel. No creo que nadie se dé cuenta.

–No, no hagas eso –respondió él, frotándose el cuello–. Tú vete a la cama. Yo dormiré en uno de los sofás. Hay almohadas y mantas de repuesto en el armario.

Ella se mordió el labio inferior mientras le veía preparándose el sofá. Sin duda, iba a pasar una mala noche. A pesar de lo lujoso del sofá, lo más probable era que no consiguiera pegar ojo.

Nic tenía razón. No había pensado en las consecuencias que traería el haber aceptado casarse con él. Su naturaleza impulsiva le había acarreado ya muchos problemas. ¿Cuándo iba a aprender?

–¿Te apetece tomar algo antes de acostarte? –le preguntó Nic, una vez que se preparó el sofá.

–No, voy a acostarme. Estoy muy cansada. Me siento como si hubiera estado viajando todo el día.

–Me iré para dejar que te prepares para dormir. Voy a bajar con el ordenador a la zona Wi-Fi del hotel a terminar unos trabajos pendientes.

Jade comprendió que él no quería seguir hablando con ella. No podía culparle por eso.

–Bien, buenas noches, entonces –dijo ella.

–Buenas noches, Jade –respondió Nic, mirándola de soslayo.

Ella se dejó caer en la cama tan pronto oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Estaba cansada y abatida. Miró a la maleta que tenía junto al armario. Estaba casi sin deshacer. Se quedó mirándola un largo rato pensando lo que debía hacer.

Saltó de la cama, recogió sus cosas con rapidez, las metió de cualquier manera en la maleta y la cerró.

Nic podría dormir en su cama. Ella estaría a muchos kilómetros de distancia cuando volviese a la suite. No estaba dispuesta a pasar con él ni una sola noche más de las necesarias.

Era demasiado peligroso.

Nic subió a la habitación poco después de la medianoche. Tenía un ligero dolor de cabeza y una cierta molestia en el cuello, y se sentía mal consigo mismo por lo que le había dicho a Jade. Aparentemente, ella se había defendido bien, pero él sabía que se había ido al cuarto de baño para serenarse y ordenar sus ideas. Y había estado a punto de echarse a llorar. Por su culpa.

No recordaba haberla visto llorar desde el funeral de su hermano, e incluso entonces había aguantado hasta el último momento, cuando

bajaron el ataúd con el cuerpo de Jonathan. Le había dado entonces un ataque de ansiedad y habían tenido que administrarle algunos sedantes al regresar a la finca de sus padres. Nic había tratado de ofrecerle su apoyo, pero su presencia, lejos de tranquilizarla, parecía haberla trastornado aún más. Al final, se marchó y estuvo un año sin verla. No se sentía orgulloso de ello. A menudo se preguntaba si no podría haberse evitado su recaída si las personas más allegadas a ella le hubieran prestado un poco más de atención.

La suite estaba totalmente oscura. Encendió la lamparita que tenía más cerca para no molestar a Jade dando la luz del techo. Aunque la luz era muy tenue, fue suficiente para iluminar el dormitorio. Vio que la cama estaba vacía. Dirigió en seguida la mirada al sofá cama, pero también estaba vacío. Resopló con aire de preocupación y se encaminó hacia el cuarto de baño. Pero nada, no había rastro de ella, salvo un leve vestigio de su perfume. Volvió a la sala y se llevó las manos a la cabeza al ver que la maleta había desaparecido. Revisó hasta el último rincón, en busca de alguna pista, pero ella no había tenido la decencia de dejarle siquiera un nota. Maldijo en tres idiomas diferentes y se puso a dar vueltas por la sala como un oso enjaulado.

La muy intrigante se había valido de sus artimañas para que se casase con ella. Ya no había manera de romper el compromiso y ella lo sabía. La prensa estaba al corriente de la noticia. Ya se había difundido por la radio y por Internet. Había recibido incluso una llamada de sus hermanos congratulándose de que hubiera acatado finalmente la voluntad del abuelo. Era una actriz consumada. Su interpretación, haciéndose la víctima, había sido muy convincente. Tanto que él había caído en el anzuelo como un pardillo. ¡Maldita bruja!

Hacía ya veinticuatro horas que Jade había regresado a su apartamento de Londres cuando Nic llamó al portal. Estaba llamando con insistencia, convencido de que acabaría abriéndole antes de que los vecinos se pusieran a protestar por el ruido. Jade pulsó la tecla del portero automático y esperó, con el corazón en un puño, a que subiera al piso.

Nic llamó a la puerta suavemente con un solo toque que sonó como el disparo de una pistola descargada.

Jade le abrió con aire despreocupado y una sonrisa de bienvenida.

–Hola, Nic.

Él pasó adentro con gesto serio.

–¿Has visto los periódicos? –preguntó él, mostrándole media docena de ejemplares que llevaba bajo el brazo.

–No leo casi nada –respondió ella, preguntándose si sería capaz de captar la ironía de sus palabras.

–Estamos oficialmente comprometidos.

–Sí, ya lo sé. ¿No es emocionante? –exclamó ella con una radiante sonrisa.

–Pues ya que estamos oficialmente comprometidos –dijo él con el ceño fruncido sin hacer caso de la frivolidad de su comentario–, espero que te comportes, en todo momento, como es debido. Eso significa que no saldrás del hotel, de la villa, de tu apartamento o de dondequiera que estemos, sin decirme a dónde vas. ¿Lo has entendido?

–Me fui porque no quería que pasaras una mala noche –replicó ella, alzando la barbilla–. No habrías conseguido pegar ojo en aquel sofá.

–¡Vaya! Ahora va a resultar que fuiste a Venecia a hacer obras de caridad –dijo él con una amarga sonrisa–. Te marchaste porque ya habías conseguido lo que buscabas. ¡Fue vergonzoso! No me dejaste ni siquiera una nota. Estuve muy preocupado por ti.

–No te creo –dijo ella moviendo la cabeza–. Sólo estabas furioso porque me marché sin avisarte.

–Sí, tienes toda la razón del mundo. Tuve que soportar el acoso de la prensa en el aeropuerto y tratar de buscar alguna excusa de por qué no venías conmigo.

–¡Tuvo que ser terriblemente agotador para ti! –exclamó ella poniendo los ojos en blanco.

–Eres la novia más insolente que he visto en mi vida –replicó él, fuera de sí.

–Y tú el novio más indeseable que se ha cruzado en mi camino.

Nic clavó sus ojos avellana en ella. Los ojos verdes, con motas marrones, de Jade brillaban de odio.

–He quedado con un abogado para que venga esta tarde a arreglar todos los asuntos legales contigo –dijo Nic–. Espero tu cooperación durante la lectura y firma de los documentos.

Jade se sintió invadida por un pánico instintivo que trató de controlar a duras penas.

–Haré lo que sea necesario para recibir lo que me corresponda de la herencia, pero nada más.

–Estoy seguro de ello –dijo él muy serio–. Tengo que informarte que he decidido adelantar la boda. No quiero tener que estar pendiente de ti un mes entero. Te vendrás a vivir a mi villa de Roma

tan pronto como sea posible. Nos casaremos a principios de la semana que viene. Ya les he informado de todo a mis hermanos y a mi madre.

–¡No… puedo! –exclamó Jade, incapaz de ocultar su pánico–. Tengo cosas que hacer aquí en Londres. No puedo irme hasta que no lo haya arreglado todo.

–En Italia, también tenemos peluquerías y salones de belleza, ¿sabes? –dijo Nic con sarcasmo–. Incluso tenemos diseñadores de moda.

Ella le dirigió una mirada fulminante.

–No se puede tener todo en la vida, Nic. Sé que tú has tenido todos los caprichos desde que eras niño, pero yo no voy a dejar que me mangonees.

–Mandaré una compañía de mudanzas para que venga a recoger tus cosas mañana por la mañana. El abogado estará aquí en menos de una hora. He contratado también los servicios de una organizadora de bodas que se reunirá contigo esta tarde a última hora. Ella se encargará de todos los detalles de la ceremonia. Volaremos juntos a Roma mañana por la tarde. Mi chófer vendrá a recogerte. Si no colaboras y haces todo lo que te he dicho, llamaré a la prensa y les diré que la boda se ha cancelado.

–No serías capaz de hacer una cosa así –dijo Jade no muy segura de lo que decía.

–Prueba a comprobarlo, Jade. Yo haré lo que me dé la gana y tú me obedecerás sin rechistar.

Jade, sin pensárselo dos veces, agarró un cojín del sofá y se lo tiró, pero salió muy desviado y fue a estrellarse contra la pared, cayendo luego sobre la alfombra sin hacer el menor ruido.

–Te odio –dijo ella–. No sabes cuánto te odio.

Nic esbozó una sonrisa cínica, abrió la puerta y se marchó. Por segunda vez en veinticuatro horas, Jade sintió un deseo horrible de echarse a llorar.

Capítulo 5

UNA hora después llegó un abogado con los papeles en mano, tal como Nic le había dicho. Jade cumplió con las formalidades de rigor: le ofreció té o café, le puso una silla junto a la mesa del comedor para que pudiera extender los documentos con más comodidad y puso cara de estar siguiendo atentamente sus explicaciones para que no notara su ignorancia absoluta sobre el tema.

–Y ahora, por favor, firme aquí, aquí… y aquí –dijo el abogado señalando los diferentes apartados, en los que Nic ya había firmando con anterioridad.

Jade garabateó su firma, contemplando avergonzada lo infantil que parecía la suya al lado de la Nic. La confianza y seguridad que él demostraba en la vida parecían plasmadas en aquellos rasgos firmes y precisos.

Poco después de marcharse el abogado, llegó una mujer, que se presentó a sí misma como la organizadora de bodas. Jade, llevada por su entusiasmo, confirmó todas las actividades y citas que tenía programadas en cuanto llegase a Roma: ir al estudio de un diseñador de moda para hacerse un vestido a la medida, acudir a la joyería donde tenía ya encargados el anillo de compromiso y el de boda, y visitar una floristería de lujo para elegir el ramo de novia y las flores para engalanar la iglesia. Tenía que tener todo listo para desplazarse luego, en un jet privado, a la iglesia de Bellagio donde tendría lugar la ceremonia.

Todo estaba programado con la eficacia y la precisión de un reloj suizo, pero lo que de verdad le preocupaba era el año que tenía que pasar con Nic. Podría parecer una novia feliz, pero en el fondo sabía que no era realmente la novia que Nic hubiera deseado.

Los dos se iban a casar en contra de su voluntad. Aquella boda era sólo un trámite para conseguir lo que ambos querían.

Trató de no pensar en las fantasías románticas que había sentido en el pasado. Eso había quedado atrás, pertenecía a otro tiempo que ya no podía volver. Ahora todo era diferente. Se trataba de un negocio puro y duro, una transacción comercial con beneficios económicos. No tenía nada que ver con el amor ni con un proyecto de futuro en común. Estaba en juego la herencia de Nic y ella era sólo un medio para conseguir ese fin, de igual manera que él lo era para ella. Sería un estúpida si creyese otra cosa.

Un mensajero llegó a la mañana siguiente muy temprano a su apartamento y le hizo entrega de un teléfono móvil de alta tecnología y última generación. Le dijo que estaba ya cargado y listo para usar.

Jade firmó el albarán y, tras unos segundos de duda, abrió la caja donde venía. Lo contempló y se sintió sola en el mundo una vez más, sin nadie a su lado que comprendiera lo indefensa y vulnerable que estaba en la vida. Lo guardó en el bolso y continuó preparando el equipaje para su traslado a Roma. Los hombres de la mudanza llegaron poco después y se encargaron de empaquetarlo todo para el transporte. Vigiló atentamente cómo manejaban sus cuadros por si podían estropearlos, pero los hombres parecían muy profesionales y, antes de embalarlos y empaquetarlos, los cubrieron con una gruesa capa de papel de burbuja.

Nic la llamó justo antes del almuerzo para decirle que estaría fuera todo el fin de semana. Tenía que volar de Londres a Río de Janeiro para cerrar un proyecto inmobiliario en la ciudad brasileña y no podría ir con ella a Roma.

–Siento tener que decírtelo con tan poca antelación –dijo él–, pero supongo, en todo caso, que tú también estarás muy ocupada con los preparativos de la boda.

–Me sorprende que no me pidas que te acompañe –replicó ella–. ¿O es que tal vez esos negocios que te llevan a Río tienes que resolverlos en el dormitorio de un hotel en vez de en el consejo de dirección de tu empresa?

–Creí que me dijiste que no leías los rumores de la prensa...

Jade apretó los dientes, imaginándole con la exótica modelo brasileña de piernas largas y torneadas. Seguramente, querría tener una aventura antes de casarse. El problema era que probablemente no sería la última. Un hombre como Nic sería incapaz de permanecer fiel a los votos del matrimonio y menos aún a un matrimonio que era sólo una farsa.

–Creo que me dijiste también que podría hacer lo que quisiera siempre que fuera discreto y no diera que hablar –añadió Nic al ver que ella no le respondía.

–Haz lo que quieras. Yo no puedo hacer nada para impedírtelo. Por lo que me dijo el abogado que me enviaste, te has cubierto bien las espaldas con esos documentos.

–¡Vaya! Veo que te escuece el acuerdo prematrimonial, ¿no? –exclamó él.

–¿De verdad, Nic, crees que quiero la mitad de todos tus bienes? Te equivocas, sólo quiero lo que, según Salvatore, me pertenece.

–Los divorcios suelen ser complicados y desagradables, Jade. Cuando las acciones de la empresa se redistribuyan dentro de un año, no quiero que se venga abajo todo aquello por lo que lucharon, con tanto tesón, mi abuelo y mi padre y ahora mis hermanos mayores. No

te lo tomes como algo personal. Son simplemente cosas de negocios, estrategias para proteger los activos de la empresa.

Jade comprendía que obrara de esa manera, y hasta cierto punto reconocía que ella tenía su parte de culpa por fomentar la opinión que se había forjado sobre ella, como una mujer ambiciosa y vividora y con menos cerebro que un mosquito.

–¿Te llegó el móvil? –preguntó él después de una pausa–. Intenté hablar contigo hace una hora, pero me salía siempre el mensaje de que estaba desconectado o fuera de cobertura. Dije que se aseguraran de que estuviera cargado antes de entregártelo. ¿Lo has apagado o algo así?

Jade tragó saliva y miró al bolso donde había dejado el móvil. –Mmm... la verdad es que no he podido responder, he estado muy ocupada preparando el equipaje.

–¡Pero si he contratado a un equipo de mudanzas para que se encargase de todo! ¿Por qué lo estás haciendo tú?

–No me gusta que personas extrañas toquen mis cosas –dijo ella a modo de excusa.

Se produjo otro breve silencio.

–Probablemente no volvamos a vernos hasta el día de la boda –replicó él– Este negocio me está llevando más tiempo de lo que esperaba. He organizado un jet privado para que te lleve a Roma. Mi chófer te recogerá y te llevará al aeropuerto. Cuando aterrices en el Leonardo de Vinci, un coche te estará esperando para llevarte a mi villa. Allí, Giulia, mi ama de llaves, te ayudará a instalarte y a deshacer el equipaje. La organizadora de bodas se pondrá en contacto contigo para cerrar los detalles de última hora. Tu apartamento quedará todo recogido y se le entregarán las llaves a tu padre. Creo que tiene ya una persona interesada en alquilarlo.

Jade llegó a la villa de Nic en Roma sin ningún contratiempo, tal como él lo había previsto. Había sido un alivio para ella que, por una vez en la vida, alguien se hubiera encargado de todo. Normalmente tenía que ir ella misma a una agencia de viajes y resolver todos los trámites. Envidiaba a los que podían hacer las reservas de sus viajes por Internet. Ellos no tenían que preocuparse de memorizar todos los datos de fechas, horarios y números de vuelos. Visitar un lugar nuevo era una auténtica pesadilla para ella. Se había perdido muchas veces y se había sentido muy estúpida preguntando por una dirección que al final se encontraba sólo una o dos calles más arriba.

Conocía Roma bastante bien, igual que Milán, pero Bellagio era una ciudad desconocida para ella. Llegó a la conclusión de que, si no

se alejaba mucho de la villa de los Sabbatini, no se despistaría. Pero si Nic se empeñase en que le acompañase en sus viajes al extranjero tendría que pensar en alguna manera de hacer frente a su problema. No podía pasear por las calles como una turista normal, consultando mapas y callejeros. Tendría que quedarse en el hotel, matando el tiempo allí, para no correr riesgos. Preferiría morir antes de que Nic se enterase de que era disléxica en un grado severo. Nadie lo sabía. Era su pequeño secreto. Un secreto vergonzoso.

El ama de llaves de la villa de Nic se mostró muy seca y poco amistosa desde el primer momento en que Jade cruzó la puerta de entrada.

–Así que es usted la futura esposa de Nicolo –dijo Giulia Rossetti, mirándola de arriba abajo con un gesto claro de desaprobación–. Creo que no ha estado muy acertado en su elección. Lo he leído todo sobre usted y creo que no es digna de llevar el nombre de los Sabbatini. Estoy segura de que no le traerá más que problemas y deshonra a él y a la familia.

Jade se puso muy derecha y miró fijamente a aquella italiana de pelo negro y ojos oscuros.

–Si quiere seguir trabajando para mi futuro esposo, le aconsejo que se guarde sus opiniones –y luego añadió muy altiva, señalando al equipaje que el chófer había dejado al pie de la escalera–: Puede ir deshaciendo mi equipaje, si es tan amable. Luego me gustaría que me llevara un gin-tonic a la habitación, para cuando salga de la ducha.

Los ojos negros del ama de llaves parecieron brillar como pequeños diamantes, llenos de odio. –Sí, *signorina* –respondió con los labios apretados, inclinándose para recoger las maletas.

Jade se apartó la melena de la cara con un movimiento de la cabeza y entró en la villa.

Era un lugar muy hermoso, decorado primorosamente con oro y mármol. Reflejaba el ambiente de opulencia en que Nic y sus hermanos se habían criado, sin darle probablemente ningún valor, tal como ella misma había hecho hasta que su padre le cortó la asignación. Decidió dejar a un lado esos oscuros pensamientos y miró las obras de arte que había por las paredes. Algunas eran de sus maestros favoritos.

La villa tenía tres pisos y unos jardines de ensueño. Había además una piscina con jacuzzi y una cancha de tenis. Jade abrió unas puertas y se vio de cara al sol primaveral del mes de abril. El agua de la piscina brillaba y una ligera brisa arrugaba su superficie. El césped era una explosión de verdor y exuberancia, y emanaba ese olor característico a hierba recién cortada. Las glicinias blancas trepaban

por un muro de piedra, mientras se escuchaba el zumbido de las abejas libando el polen de las flores, cuyo aroma inundaba el aire. Había rosas por todas partes y en todos los tonos imaginables: rosas y blancos, blancos teñidos de rosa, rojos pasión y sangre, malvas, amarillos y albaricoque. Se respiraba allí una fragancia verdaderamente embriagadora.

Se alejó unos metros y se sentó en un banco de piedra frente a una fuente en la que había una figura de Cupido en mármol que soltaba un chorro de agua que se vertía sobre una superficie en forma de jarra que luego se desbordaba para ir a caer en la pileta, produciendo un sonido plácido y pacífico: el murmullo suave del agua erosionando gota a gota el mármol durante siglos. Sintió un deseo irrefrenable de plasmar aquella escena en un lienzo pero tuvo que reprimirse, pues tenía todos sus bártulos en las cajas aún sin desembalar.

Cuando volvió dentro, se encontró con el ama de llaves que bajaba las escaleras en ese momento. Dirigió a Jade una mirada cáustica.

–He puesto todas sus cosas en el cuarto amarillo –dijo el ama de llaves–. Después de la luna de miel, las llevaré a la habitación del señor Sabbatini, pero no antes.

Jade decidió, de repente, dormir en la cama de Nic, sólo por llevar la contraria al ama de llaves. No tendría mayor importancia, ya que él le había dicho que no estaría de vuelta en Roma hasta el día de la boda y que se verían en la iglesia de Bellagio.

–Me temo que tendrá que hacerlo ahora porque tengo intención de dormir en la cama de mi prometido –dijo ella en un tono que parecía decir «no se atreva a desobedecerme».

El ama de llaves murmuró algo en italiano y se marchó. El eco de sus pasos, resonando de ira, se fue perdiendo en la distancia a través de las losetas de mármol.

Jade dejó escapar un suspiro y subió por la gran escalera central. Apenas se oían sus pisadas, amortiguadas por la mullida alfombra que corría a todo lo alto y ancho de la misma y que estaba sujeta en cada escalón por una reluciente barra metálica dorada.

Encontró la habitación de Nic sin ningún problema. Era tal como se la había imaginado. Enorme, igual que la cama que había en el centro. Predominaban los colores marrón y crema, con el ligero toque negro de las lámparas y las mesillas de noche, que daban al conjunto un sabor típicamente masculino. El cuarto de baño, dentro de la propia habitación, era tan grande como el dormitorio de su apartamento de Londres y seguía el mismo patrón de oro y mármol

del resto de la villa.

La ducha fue reconfortante, pero no pudo evitar pensar en tener a Nic, desnudo allí junto a ella. Se lo imaginó cayéndole el agua por su cuerpo atlético y musculoso, empapando el vello de su pecho, áspero y suave al mismo tiempo, y goteando luego por detrás, entre sus glúteos tersos y duros, y por delante, entre sus muslos y por su miembro viril. Respiró hondo unos segundos para recobrar la calma y cerró el grifo. Salió de la ducha y se puso encima una toalla blanca y esponjosa, que era casi tan grande como las sábanas de la cama.

Cuando pasó a la habitación, vio que el ama de llaves no había hecho nada de lo que ella le había ordenado. Salió, hecha una furia, al rellano de la escalera.

–¿Giulia? –dijo gritando, resonando su voz por toda la villa–. ¿Quiere venir aquí inmediatamente y hacer lo que le he ordenado?

No hubo respuesta.

Jade volvió a entrar en la habitación amarilla, dejó caer la toalla mojada al suelo, y se puso a buscar en el armario algo que ponerse. No se molestó en secarse el pelo, sino que prefirió dejárselo suelto para que se le secara al aire. Tampoco se preocupó en maquillarse. Nunca lo hacía, a menos que esperase a alguien o fuese a salir.

Bajó luego abajo. No había señales de la ama de llaves, pero vio una nota apoyada sobre una cafetera.

La miró, preguntándose si la habría escrito el ama de llaves. Por la letra hubiera dicho que la había escrito alguien que tenía mucha prisa o estaba muy enfadado, pero no sabría precisar si estaba en italiano o en inglés. Estrujó el papel hasta hacerlo una bola y lo dejó en la encimera.

Se pasó el resto de la tarde ordenando sus pinturas y bocetos en una bolsa para llevárselos con ella a Bellagio. Había visto suficientes documentales en la tele para saber lo pintoresca que era aquella región de la Lombardía tan famosa por sus lagos. Ésa era la parte de su luna de miel, si es que podía llamarse así, que estaba esperando con más ilusión.

Después de una cena ligera a base de pollo frío y ensalada que había encontrado en el frigorífico, subió al dormitorio. La villa estaba aterradoramente vacía. No se oía otro sonido que el tictac del reloj de bronce dorado que había en la mesita lacada del segundo rellano de la escalera.

Se quitó los pantalones vaqueros y la blusa, y luego el sujetador y las bragas, y lo dejó todo tirado en el suelo. Las sábanas estaban frías. Se acurrucó dentro, hundiendo la cabeza en la almohada, y en pocos segundos sintió que se le caían los párpados como si fueran de

plomo…

Jade estiró una pierna y creyó tocar algo. Abrió los ojos y se quedó sentada en la cama del sobresalto.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí? –preguntó ella mientras Nic se frotaba los ojos.

–¿Y dónde iba a estar si no? –exclamó él apoyado en un codo–. Ésta es mi cama.

–Ya… ya lo sé, pero se suponía que no debías estar aquí ahora –replicó ella, apartando a un lado las piernas.

Nic se incorporó y se sentó también en la cama. La sábana que le cubría le cayó por el pecho hasta por debajo del ombligo. Jade vio el oscuro vello que bajaba hasta su pubis y sintió una desazón en la boca del estómago. Estaba desnudo igual que ella. Casi podía ver el contorno y el relieve de su miembro.

–Regresé en el avión privado después de recibir una llamada de mi ama de llaves –dijo él–. Giulia se niega a trabajar para mí mientras tú estés aquí. ¿Qué demonios le dijiste?

–Se portó de manera muy grosera conmigo desde que pasé por esa puerta. Se negó a hacer lo que le pedí y me dijo cosas horribles.

Nic apartó la sábana del todo y se levantó de la cama. Jade se quedó sin respiración al ver desnudo aquel cuerpo tan atlético y tan perfecto.

Nic se puso una bata y se anudó el cinturón mientras la miraba detenidamente con gesto serio.

–Esto tiene que terminar, Jade. No puedes seguir así. ¿No lo comprendes? Tienes que ser más responsable de tus actos.

–¿Mis actos? –replicó ella indignada–. ¿Y qué me dices de los suyos? Ella es tu empleada y debe comportarse con más respeto. Y no tiene por qué importarle con quién te casas o te dejas de casar. Debería aceptar a tu futura esposa, sin hacer comentarios irónicos e insultantes.

–Me temo que hay momentos en la vida en que es uno mismo el que tiene que ganarse el respeto de los demás –dijo Nic–. El respeto es algo que no le viene a uno dado de forma automática en razón de con quién esté casado, de cuánto gane o de en qué familia nació.

–No me voy a humillar ante las personas del servicio sólo para caerles simpática –dijo ella con el ceño fruncido–. Haré lo que me plazca.

Nic, al pie de la cama, agarró la sábana que cubría a Jade y tiró de ella con fuerza hasta dejarla completamente desnuda. Sonrió al ver su cara de sorpresa. Parecía una virgen asustada, acosada por un diabólico pretendiente.

–Creo que tengo una prometida algo maleducada, tendré que enseñarle buenos modales antes de que sea mi mujer –dijo Nic mientras tiraba de ella por un tobillo hasta dejarla entre sus muslos.

Jade trató de cubrirse los pechos con las manos. Sus mejillas tenían un delicado tono rosa y sus grandes ojos verdes una expresión de incertidumbre e inquietud. Sus pestañas, largas y oscuras, le daban un aire a Bambi, realmente cautivador.

–¿Qué… vas a hacer? –preguntó ella con voz quebrada.

–He pensado que podría comprobar la mercancía antes de comprarla, aprovechando que la tengo aquí ahora a mano –respondió él, acariciándole la pierna con la mano, desde el tobillo hasta la rodilla–. Ésa era tu intención, ¿verdad? Provocarme y llamar mi atención. Bueno, pues ya lo has conseguido, nena. Aquí me tienes, soy todo tuyo.

Ella trató de darle una patada, pero Nic la agarró del tobillo. Luego trató de hacer lo mismo con la otra pierna y entonces Nic le agarró también el otro tobillo, sujetando los dos con fuerza entre sus manos.

–¡Apártate de mí, malnacido! –exclamó ella, revolviéndose como un gato salvaje.

–¿Qué modales son ésos, Jade? Tienes que aprender a hablarme con más respeto.

Los ojos verdes de Jade brillaban como los de un felino a punto de saltar sobre su presa, y sus dientes blancos e inmaculados parecían estar a punto de morder a alguien.

–Nunca te perdonaré esto –dijo ella–. Si me pones un solo dedo encima, te sacaré los ojos.

–Apuesto a que le dices eso a todos tus amantes –replicó él con una sonrisa burlona.

Ella luchó contra él con una fuerza tal que resultaba difícil creer que pudiera salir de aquel cuerpo tan frágil y delicado. Se revolvió y agitó con tanto ímpetu que él decidió soltarla temiendo que pudiera hacerse daño ella misma. Se alejó de él, arrastrándose cautelosamente hacia atrás, como un cangrejo, recogiendo la sábana que él había tirado al suelo y envolviéndose en ella de los pies a la cabeza, como si fuera un sudario.

–Si crees que puedes hacer lo que quieras cuando te venga en gana, estás muy equivocado –dijo ella con una mirada retadora.

–Lo mismo te digo, *cara* –replicó él–. Ya es hora de que aprendas a comportarte y si es necesario te enseñaré yo mismo.

Jade le sacó la lengua. Nic se echó a reír.

–Vas a ser dinamita en la cama. No es de extrañar que haya

hombres babeando por ti. Pero yo no puedo esperar hasta la noche de bodas para comprobarlo.

–Si quieres acostarte conmigo, tendrás que pagarme por ello –le dijo ella mirándole fijamente.

–Ya te he pagado, Jade –respondió él, mientras abría la puerta para salir–. Te pagué con mi libertad y espero recoger los frutos tan pronto estemos casados oficialmente.

Jade sintió un escalofrío al oír el sonido de la puerta al cerrarse. Seguramente, no hablaba en serio. Él no insistiría en acostarse con ella si ella no quería. Se mordió el labio inferior. El problema era que ella sí quería. Lo estaba deseando.

Cuando Jade bajó a la mañana siguiente, Nic estaba nadando en la piscina. Lo miró desde la ventana de la salita donde se servía el desayuno. Su cuerpo bronceado surcaba el agua como un atleta olímpico. Ella, a duras penas, se mantenía a flote. Ése era otro de sus fracasos en la vida. Nunca había conseguido aprender bien a nadar.

Se dio la vuelta con un suspiro y se fue a la cocina. Los platos y cacharros de la cena de la noche anterior estaban aún en la encimera, donde ella los había dejado. Había también un vaso con restos de zumo de naranja que Nic debía haber usado antes de irse a nadar. Se encogió de hombros y salió de allí.

Nic entró en ese momento por la puerta de la terraza. Estaba desnudo de cintura para arriba, y llevaba una toalla enrollada a la cintura.

–¿Está listo el desayuno? –preguntó él, echándose hacia atrás el pelo que tenía aún empapado de agua.

–¿Perdón? –dijo ella con el ceño fruncido.

–Sí, café y fruta y algunos panecillos recién hechos –respondió él–. Espero que lo tengas todo listo para cuando salga de la ducha.

–¿Esperas que yo haga todo eso para ti? –dijo ella, abriendo los ojos como platos.

–Bueno, mi ama de llaves se marchó de esta casa por un arrebato tuyo –le recordó él–. Parece justo que tú asumas su papel hasta que encuentre a alguien que la sustituya.

–No pienso hacer tal cosa –dijo ella muy indignada–. Hazte tú tu maldito desayuno.

Nic la miró fijamente hasta que ella comenzó a sentir una especie de hormigueo por todo el cuerpo.

–¡El desayuno, Jade! ¡Y date prisa! Tengo una reunión muy importante en mi despacho esta mañana.

Ella apretó los labios y clavó los ojos en él. Había una gran tensión en el ambiente. Era el choque entre dos personas

acostumbradas a hacer siempre su santa voluntad. Ella no estaba dispuesta a convertirse en su esclava, ni a aceptar sus órdenes como si fuera un empleada más del servicio. Sonrió para sus adentros pensando en lo que iba a hacer para demostrárselo.

Nic se acercó a ella y la dirigió una mirada desafiante.

–¿Tengo acaso que repetírtelo? –le preguntó él.

–Estará listo en cinco minutos –respondió ella muy obediente.

–Buena chica –dijo él, acariciándole la mejilla con un dedo antes de salir.

Jade preparó café y cortó unas rodajas de fruta y las puso en un plato. Encontró pan reciente en una bolsa que había en la encimera. Supuso que lo habría llevado alguien de la panadería esa mañana a primer ahora. Llevó una bandeja con todo a la salita y la puso en la mesa que daba a la terraza.

Nic llegó un par de minutos después, ajustándose el nudo de la corbata.

–Buen trabajo –dijo al entrar–. Sabía que podías hacerlo si te lo proponías.

–¿Cómo tomas el café? –le preguntó Jade, esforzándose por mostrarse amable y servicial.

–Con leche y dos terrones de azúcar –respondió él, sentándose a la mesa.

Jade le sirvió una taza de café y echó con mucho cuidado dos cucharadas de azúcar. Luego tomó la jarra de leche caliente.

–Tú dirás –dijo mirándolo a los ojos mientras le derramaba toda la jarra por los pantalones.

Nic saltó de la mesa como un resorte, tratando de limpiarse a duras penas con la servilleta.

–Eres una… –exclamó él, lleno de ira.

–No me dijiste hasta cuándo –respondió ella con una mirada de inocencia.

Nic arrojó la servilleta al suelo y se acercó a ella. Jade no había esperado que reaccionara con tanta rapidez. La agarró por los hombros y la miró con ojos de fuego.

El tiempo pareció detenerse durante unos segundos. Luego, tras soltar una maldición, él murmuró algo, se inclinó hacia ella y la besó.

Jade había perdido ya la cuenta de las veces que la habían besado. Había disfrutado algunas veces y otras había sentido asco. Pero ese beso era distinto de todos. La boca de Nic era como una llama abrasando la suave carne de sus labios y alimentando un incendio forestal dentro de ella, un fuego furioso e incontrolado que se extendía por toda su piel. Su beso le estaba dejando marcas, pero a

ella no le importó. Le encantaba su sabor fresco y varonil.

Nic tomó su cabeza entre las manos y la besó con mayor intensidad, introduciendo la lengua en su boca en un gesto lleno de erotismo y sensualidad.

El beso siguió y siguió.

Ella sintió el sabor de la sangre en su boca, pero no estaba segura de si era suya o de él. Ella le había mordido en los labios con tanto ímpetu como él a ella. Sus dientes se habían enfrentado en un duelo sensual, compitiendo por ganar la supremacía. Sintió como si hubiera estado toda su vida esperando ese momento. Era un gran placer sentir su boca junto a la suya y su miembro, cálido y duro, entre los muslos.

Pero tan repentinamente como había comenzado, terminó.

Nic se apartó de ella, limpiándose la boca con el dorso de la mano, y con la respiración tan entrecortada como la suya.

–Será mejor que te marches de aquí. Estoy tan enfadado que no sé lo que sería capaz de hacer contigo en este momento.

Jade se pasó la lengua por los labios inflamados, haciendo un gesto de dolor al sentir una pequeña herida en el labio. Lo miró entonces a los ojos y creyó ver en ellos un gesto de remordimiento.

–Maldita sea, Jade –dijo él, acercándose a ella y pasándole suavemente la yema del dedo índice por la herida del labio–. ¿Te duele?

–No –respondió ella en un susurro.

–Lo siento –dijo él, acariciándole el cuello con la mano.

–Yo también.

–Me temo que no tengo tiempo para ayudarte a recoger esto –dijo él bajando la mano de su cuello y apartándose unos pasos de ella–. Ya voy con retraso y aún tengo que cambiarme.

–¿A qué hora volverás?

–Te llamaré cuando lo sepa. Quizá tenga que volver a Río de Janeiro. Si es así, nos veremos en Bellagio, tal como habíamos planeado.

–¿Nic?

–¿Sí? –dijo él, desde la puerta.

–Siento que se marchara el ama de llaves.

–Olvídalo –replicó él con una sonrisa–. Estaba pensando en despedirla de todos modos. Creo que me estaba sisando el vino de la bodega.

–¡Oh!

–¿Por qué no echas un vistazo a las demandas de empleo del periódico? –dijo él–. Así podrás entrevistar a todas los candidatas y elegir a la que te parezca mejor.

Jade volvió a sentir esa sensación de pánico que había sentido últimamente varias veces.

–Oh, no, no puedo hacer eso.

–¿Por qué no? Claro que puedes –dijo él algo extrañado–. Sólo tienes que llamarlas y concertar una cita para hablar con ellas.

–Pero no entiendo el italiano.

–Puedes hacerlo también en inglés, por Intenet –dijo–. Hay un ordenador en mi estudio. Hay montones de páginas de agencias de empleo.

–¿Puede esperar hasta que volvamos de Bellagio? –preguntó ella.

Nic se quedó mirándola muy pensativo durante unos segundos.

–Por supuesto que sí –dijo él al fin dirigiéndose a la puerta, pero antes de abrir se quedó muy pensativo con la mano en el picaporte y se volvió hacia ella como si se le hubiera ocurrido algo–. Por cierto, sabes usar un ordenador, ¿verdad?

–¡Qué cosas dices! –respondió Jade, con aparente indignación–. ¿Quién te crees que soy? ¿Una de esas mujeres con menos cerebro que un mosquito con las que acostumbras a salir?

–No, Jade, todo lo contrario. Creo que eres una de las personas más inteligentes que he conocido. Poca gente me ha sorprendido alguna vez con la guardia baja, y tú lo has hecho no una, sino dos y hasta tres veces. Me pregunto cuántas sorpresas más me depararás a lo largo del año.

–Tendrás que esperar a verlo –replicó ella mientras él salía por la puerta.

Capítulo 6

AL final, Nic tuvo que volar a Río de Janeiro. Llamó a Jade al teléfono fijo esa misma tarde para confirmárselo. Ella se preguntó si no estaría distanciándose de ella después del beso de esa mañana. No había sido un beso cualquiera. Sus labios seguían estremecidos varias horas después. Sentía una extraña sensación, mezcla de vacío y de placer que nunca había sentido antes.

Pasó un par de días tranquilos pintando en los jardines de la villa hasta que llegó la víspera de la boda y empezaron los ajetreos de rigor. El viaje resultó mucho más sencillo de lo que se había esperado. La organizadora de bodas se había ocupado de todos los detalles y lo único que ella tuvo que hacer fue ir al salón de belleza, para que la peinasen y maquillaran, y ponerse luego el vestido y los zapatos.

Cuando finalmente llegó a la iglesia de la pintoresca ciudad de Bellagio, a orillas del lago de Como, se sintió como si fuera la protagonista femenina de una película dirigida por Nic. Su padre entró en la iglesia mirando a todos los invitados con una radiante sonrisa como si fuera el hombre más orgulloso del mundo. Jade siguió el juego de la familia unida y puso cara de hija obediente y sumisa, pero cuando llegó a la altura del banco reservado a los familiares, donde estaría su hermano sonriéndole si estuviera vivo, sintió un dolor indescriptible.

Levantó la vista y vio a Nic, esperando de pie en el altar junto al sacerdote. Sus ojos se iluminaron al verla y esbozó una sonrisa de orgullo, que ella interpretó como parte del guión. Pero no pudo evitar sentir un pequeño vuelco en el corazón al ver la forma en que él se fijó en la pequeña herida del labio inferior, ya casi curada. Se puso a su lado y escuchó respetuosamente las primeras palabras del sacerdote.

Jade sabía que en esa iglesia habían bautizado a la hermana pequeña de Nic y también que, en esa misma iglesia, sus padres y sus hermanos se habían despedido de ella sólo tres meses después. La organizadora de bodas le había dicho discretamente que era la primera vez que la madre de Nic volvía a poner los pies en la villa de Bellagio desde la muerte de Chiara, hacía ya más de treinta años. Era, sin duda, un lugar perfecto para pasar una luna de miel, pero ella no acertaba a comprender por qué Nic había insistido tanto en casarse allí. Además, en su caso, no podía hablarse propiamente de luna de miel, se dijo ella. Aquello no era más que una farsa, un espectáculo para la galería, de cara a la prensa y a los invitados. Pero estaba resultando una ceremonia muy brillante, como se esperaba de alguien

de la categoría de Nic y de la suya.

El sacerdote anunció finalmente que había llegado el momento en que Nic podía besar a la novia. Jade sintió una emoción especial. Se le hizo un nudo en la garganta cuando él le puso una mano en la mejilla, con una delicadeza y una ternura como la de cualquier novio realmente enamorado. Contuvo la respiración al ver cómo él inclinaba la cabeza y la bajaba despacio palmo a palmo hasta sentir finalmente el suave contacto de sus labios en los suyos.

Jade se quedó sorprendida de su propia reacción, de su respuesta a aquel beso. Era como si él le hubiera transferido alguna corriente eléctrica muy potente directamente de su boca a la suya. Sus labios se movieron instintivamente al compás de los suyos, suave y tímidamente al principio, pero luego con más deseo y pasión a medida que él hizo el beso más intenso con los movimientos lentos pero incitantes de su lengua. Fue un beso, no tan apasionado y salvaje como el de aquella mañana, pero por alguna razón su ternura y delicadeza lo hizo aún más excitante. Sintió una oleada de calor recorriéndole el cuerpo, su lengua se fundió con la suya, saboreándolo, gozando de la genuina masculinidad de su boca. Sabía a menta fresca y, sin embargo, era caliente y erótica y estaba cargada de sensualidad.

Nic se apartó lentamente y le dijo muy bajo al oído con una sonrisa.

–Resérvate para más tarde, *cara*, para cuando estemos los dos desnudos y solos.

Jade sintió un intenso calor en las mejillas, pero no pudo hacer nada por disimularlo sino devolverle la sonrisa, pues sabía que todo el mundo estaba pendiente de ella. Pero, para sus adentros, estaba que echaba chispas por la arrogancia de Nic. ¿De verdad se creía que iba a acostarse con él sólo porque estuviesen casados? Probablemente se hubiese acostado con su amante el día anterior. Su ira iba en aumento, poco a poco. No era de extrañar que hubiese hecho un vuelo directo a Río de Janeiro. Quería aprovechar, sin duda, sus dos últimos días de libertad, esa libertad que, según él, era el precio que había pagado por ella.

Jade sabía que sería un amante inolvidable por muchas razones. Pero dejar que su relación llegase a ese grado de intimidad podría resultar desastroso para ella a largo plazo. Era algo que sabía muy bien. Aunque no hacía más que repetir lo mucho que le odiaba, sabía que ese odio podía transformarse en algo muy distinto y mucho más peligroso. Tenía que tener presente, en todo momento, que su matrimonio era sólo un acuerdo temporal y que cualquier relación

entre ellos duraría sólo hasta que Nic consiguiese lo que quería: su herencia.

La fiesta se celebró en la villa, donde se había instalado una gran carpa en los jardines. Se sirvió champán y Jade continuó desempeñando su papel de novia feliz, un papel para el que parecía estar dotada de unas cualidades interpretativas sorprendentes. Estuvo charlando animadamente con los hermanos de Nic y sus esposas y con el resto de los invitados, hasta que la cara empezó casi a dolerle de tantas sonrisas forzadas.

En un momento dado, miró a Nic, que tenía en los brazos a su sobrino Matteo, el hijo de Giorgio y Maya. Sonreía al bebé de pelo negro y le decía cosas en italiano, mientras el niño chapurreaba unas palabras en ese lenguaje extraño pero universal de los bebés. La pequeña Eve, la hija mayor de Luca y Bronte, estaba apoyada en las rodillas de Nic, reclamando también su atención. Él se volvió entonces hacia ella y le sonrió afectuosamente, hablándole en su lengua natal, mientras la niña le respondía también en italiano aunque con un marcado acento inglés. Vio cómo Nic la tomaba también en brazos, levantándola por los aires entre las risas y gritos de alegría de la pequeña.

–Va a ser todo un padrazo –dijo Bronte acercándose a Jade–. Se ve que tiene muy buena mano para los niños.

Jade sintió un intenso rubor subiéndole por las mejillas y, antes de contestarle, recorrió la sala con la mirada para comprobar si había aún algún miembro de la prensa merodeando por allí.

–Sabes de sobra que lo nuestro no es un matrimonio normal –dijo Jade en voz baja–. Los dos estamos en esto sólo por dinero.

–Sé que te gusta Nic, aunque no lo quieras reconocer –dijo Bronte mirándola fijamente con sus preciosos ojos de color azul pizarra.

Jade se mordió el labio inferior y desvió la mirada hacia la copa de champán que tenía en la mano y que aún no había probado.

–Te equivocas, Bronte. Lo odio tanto como él a mí.

–No lo creo –replicó Bronte–. Yo también pensé en otro tiempo que odiaba a Luca, pero me di cuenta de que en realidad siempre lo había amado. Nic y tú estáis hechos el uno para el otro. Es algo que salta a la vista. Los dos sois testarudos y orgullosos, y ninguno de los dos queréis ser el primero en dar vuestro brazo a torcer.

–No me puedo imaginar a Nic admitiendo que siente algo por mí –dijo Jade con un suspiro de desaliento–. Nunca le he oído hablar de sus sentimientos. Va con las mujeres que quiere, saltando de cama en cama. Creo que no ha llegado a tener, con ninguna, una relación que haya durado más de un mes.

–Luca me dijo que llegaste a estar loca por Nic –dijo Bronte–. ¿Fue tu primer amor?

Jade se volvió y miró a Bronte detenidamente. Era una mujer adorable. No era de extrañar que Luca hubiera hecho lo indecible por reconciliarse con ella, y conseguir que aceptara al final casarse con él. Por qué había roto con ella al comienzo de su relación era algo que Jade nunca había logrado comprender. Pero ahora eran muy felices y eso era lo único importante. Los envidiaba. Y sentía también envidia de Giorgio y Maya, a los que había visto, unos minutos antes, mirándose a los ojos sentados en una fuente como si estuviesen ellos dos solos en el jardín. ¡Lo que daría por poder tener un amor!

–No es fácil de explicar –respondió Jade–. Ya sabes cómo es Nic. No es de ese tipo de hombres que busca una relación estable. Esto va a ser una especie de calvario para él. Estará deseando quitarse las cadenas en cuanto se cumpla el año.

–¿Es eso lo que te dijo? –preguntó Bronte, con el ceño ligeramente fruncido.

Jade miró a Nic, que tenía ahora en brazos a Marco, el bebé de Luca y Bronte.

–Más o menos –contestó Jade, volviendo la mirada de nuevo hacia su cuñada–. Yo no soy la esposa adecuada para Nic. No sé en lo que Salvatore estaría pensando cuando dispuso esas cláusulas en su testamento. Yo nunca podría hacerle feliz. No creo, de hecho, que pueda ser una buena esposa para nadie, y menos aún para un hombre tan complicado y difícil de complacer como él. Yo no puedo competir con top models y mujeres así.

–Creo que te subestimas –dijo Bronte agarrándola afectuosamente del brazo–. Eres una de las mujeres más maravillosas que he conocido, y no me refiero sólo al aspecto físico. He visto la forma en que has tenido en los brazos a Marco y a Matteo, y vi la forma en que pusiste, después de la boda, un par de flores de tu ramo de novia en el pelo de Eve. La niña te adora. Piensa que eres una princesa. Y verdaderamente lo pareces. No creo haber visto nunca una novia más impresionante.

–Eres muy amable –replicó Jade, con una sonrisa llena de afecto.

–Como sabes, no llegué a conocer mucho a Salvatore –dijo Bronte–, pero sí lo suficiente como para saber que no era tonto. Seguramente pensó que lo mejor que podía hacer era uniros a Nic y a ti, aunque sólo fuera en un matrimonio de conveniencia. No había nada de malo en ello, pensaría que ya vendría luego el amor con el trato. Según Luca me dijo muchas veces, el abuelo te adoraba. Nunca hablaba mal de ti, a pesar de las cosas que se decían en la prensa.

Jade miró las burbujas de champán que giraban dentro de la

copa, igual que sus pensamientos dentro de ella.

–¿Cómo te las arreglas? –preguntó, mirando a Bronte nuevo–. Con la prensa, me refiero. Yo estoy ya bastante acostumbrada a ello, pero aun así, a veces me sacan quicio. Tiene que resultarte difícil, acostumbrada a tu vida tranquila en Melbourne, donde podías salir a la calle como cualquier persona.

Bronte dirigió la mirada hacia su marido y una radiante sonrisa le iluminó la cara. –Después de un tiempo, te olvidas de la prensa –respondió ella–, y acabas centrándote en tu marido y en ti, en construir una familia fuerte y sólida, capaz de resistir cualquier injerencia externa. Comprendo que la gente se sienta fascinada por las celebridades –dijo ahora mirando a Jade–. En cierta medida, yo también lo hacía, pero ahora me doy cuenta de que todos somos sólo personas normales tratando de hacer las cosas lo mejor posible en el poco tiempo de que disponemos en esta vida. Tienes que sacar el máximo provecho de ella. Pero puedo decirte por experiencia que el matrimonio en la familia Sabbatini es una cosa maravillosa. Nunca me he sentido tan amada y aceptada, a pesar de que aún no he conseguido dominar el idioma. ¿Tú hablas italiano?

–Lo entiendo más o menos, pero me cuesta mucho hablarlo –dijo Jade–. Soy bastante inútil para los idiomas, con decirte que aún tengo problemas con el inglés…

–Pues necesitas hablarlo, es lo que los Sabbatini esperan de ti –afirmó Bronte–. Maya me está dando lecciones. Voy bastante mejor de lo que esperaba, pero si te digo la verdad, me avergüenza reconocer que mi hija pequeña lo habla mucho mejor que yo.

Nic se acercó en ese momento y le pasó el brazo por el hombro a Jade con mucha naturalidad.

–¿Cómo lo llevas, *tesoro mio*?

–Me está empezando a doler la cara de tanto sonreír –dijo ella en un arranque de sinceridad.

–No te preocupes –replicó él–. La fiesta está a punto de terminar. La boda de Luca y Bronte se prolongó durante horas y horas, pero luego acabó muy bien, ¿verdad, Bronte?

Bronte sonrió mientras miraba a Giorgio y Maya que seguían abrazados, recordando sin duda la noche loca de amor que habían pasado aquel día de su boda y que había sido el comienzo de su reconciliación, en un momento en que estaban sumidos en un enconado proceso de divorcio.

–Más que bien –respondió ella–. Disculpadme –exclamó al ver a Marco llorando.

Bronte se alejó discretamente apara atender a su hijo, dejando

sola a Jade con Nic.

–Bronte cree que puedes llegar a ser un padre fabuloso –dijo Jade, tanteando el terreno con el valor que le daba el poco champán que había tomado.

–No opino lo mismo –replicó Nic, con el ceño fruncido–. Es cierto que me encantan los niños, pero los de los demás. Yo no quiero tener hijos. Es mucha responsabilidad y dan mucho trabajo. Además suponen una atadura de por vida y yo valoro mucho mi libertad.

–La mayoría de la gente pensaría que eres un egoísta –dijo ella, haciendo girar de nuevo la copa, sólo para hacer algo con las manos.

–¿Tú quieres tener hijos, Jade? –le preguntó él, mirándola fijamente. Jade trató de sostener su mirada, pero no lo consiguió más de dos o tres segundos.

–Por supuesto que no –respondió ella, dejando la copa en la mesita que tenía más cerca–. Tener un hijo trastocaría mi estilo de vida. No se puede ir de fiesta con un bebé, y además, imagínate cómo se me quedaría la figura, después de nueve meses de embarazo y un parto. No, no, ¡qué horror!

–¿Quién es ahora la egoísta, Jade? –exclamó él, alzando las cejas.

–Yo no he dicho que pensase que eso es ser egoísta –respondió ella con una sonrisa irónica–. Sólo dije que la mayoría de la gente lo vería así.

Él continuó mirándola detenidamente como si pensase que sus palabras no encajaban del todo con la expresión que creía leer en sus ojos.

–Por lo que veo, ninguno de los dos queremos tener niños –dijo Nic, balanceándose sobre los talones con las manos en los bolsillos del pantalón–. Al menos tenemos las reglas claras desde el principio. Supongo que estarás tomando la píldora, ¿no?

–Eso no es de tu incumbencia –dijo ella muy arrogante–, y además carece de importancia teniendo en cuenta que lo nuestro no va a ser un matrimonio normal.

–Veo que sigues insistiendo en tu idea de un matrimonio de camas separadas, ¿eh, *cara*? –dijo él inclinándose hacia ella hasta hacerla sentir su aliento en el cuello–. Deberías pensártelo dos veces. Los invitados están a punto de marcharse y nos quedaremos solos. Tú, yo y un documento que dice que estamos legalmente casados.

Jade no pudo reprimir un estremecimiento. Dio un paso atrás y tomó la copa que había dejado en la mesa. Bebió un buen trago tratando de encontrar el valor que le faltaba, pero sólo consiguió darse cuenta una vez más de lo indefensa y vulnerable que era cada vez que se hallaba cerca de Nic.

La fiesta concluyó finalmente.

Nic agarró a Jade por la cintura mientras se iban despidiendo de todos los invitados. Fue una despedida un poco larga y pesada, pues todo el mundo quería felicitarles y expresarles sus mejores deseos de felicidad. Jade estaba ya tan cansada de poner aquella sonrisa forzada toda la noche que pensó que, en cualquier momento, podría rompérsele la cara en dos.

Todo resultó más fácil con la familia de Nic, que iba a salir desde allí hacia Milán. Ellos conocían todas las cláusulas del testamento de Salvatore, pero aun así, Jade se preguntaba si alguien, en especial Maya y Bronte, tendrían alguna idea de lo que ella sentía. Ella también se sentía confusa por la ambigüedad de sus sentimientos. Había aceptado casarse con Nic para conseguir la seguridad e independencia económica que tanto deseaba, pero no había tenido en cuenta cómo podría afectarle estar con él un año entero. Ahora, al mirarlo, empezaba a sentirlo. Era un vacío en el estómago, unas palpitaciones en el corazón, un ahogo en el pecho, una extraña desazón en el punto más íntimo de su feminidad.

Giovanna, su suegra, no pudo evitar las lágrimas. Pero ella sabía que no era por ella, sino por la emoción que sentía de estar en aquel lugar donde había muerto su pequeña Chiara, hacía ya más de treinta años, y donde no había vuelto a estar desde entonces. Giovanna besó a Jade en las mejillas y le dio de nuevo la bienvenida a la familia.

–Ya sé que no es esto lo que ninguno de los dos hubierais querido, pero tratad al menos de llevaros lo mejor posible, Jade. Mi matrimonio tampoco fue fácil al principio, sin embargo luego pasé unos años muy felices con mi Giancarlo.

–Estoy segura de que pondremos todo de nuestra parte para que salgan bien las cosas –afirmó Jade, no muy convencida de sus palabras.

–De todos mis hijos, Nic es el que se parece más a su padre –dijo Giovanna–. Es igual de inquieto y… ¿cómo decís en Inglaterra…? Un espíritu libre, ¿no?

–Sí, eso es exactamente –replicó Jade.

Giovanna le dio un fuerte abrazo.

–Nic y tú tenéis muchas cosas en común –añadió Giovanna–. Salvatore siempre decía de ti que, en el fondo, eras un ángel. Es lo mismo que le pasa a Nic. Tiene un corazón de oro escondido en su alma, lo que tienes que hacer es saber encontrarlo y llegar a él.

Jade sonrió sin ganas mientras la familia acompañaba a Giovanna a la limusina que les estaba esperando fuera. Estaba sorprendida de la

actitud de su suegra. No había muchas madres que hubieran recibido en su familia a una mujer con una reputación como la suya, pero tal vez Giovanna estuviese deseosa de que su hijo sentara de una vez la cabeza, aunque no fuera con la mujer más adecuada.

Se quedó mirando cómo la limusina que llevaba a los Sabbatini al aeropuerto se iba perdiendo en la distancia. Nic se acercó entonces a ella. Sintió un escalofrío a pesar de que la noche era aún cálida. Se dio la vuelta y lo miró a los ojos con una sonrisa forzada.

–Bueno, parece que esto ha salido bastante bien, ¿no crees?

–Todo el mundo estuvo de acuerdo en decir que eras la novia más bella que jamás habían visto –replicó él con un brillo especial en la mirada–. No te lo dije antes, pero me quedé sin respiración cuando te vi entrar en la iglesia del brazo de tu padre.

Jade no se dejó engañar. No creía que estuviera siendo sincero. Sabía lo que quería, lo que andaba buscando: acabar la fiesta en la cama. Era todo un maestro de la seducción y qué mejor manera de conseguir su propósito que regalarle el oído con elogios y cumplidos para minar su voluntad y su decisión de dormir en camas separadas.

–Creo que te pasaste un poco con el beso en la iglesia –dijo ella con tono remilgado–. Un simple beso en la boca habría sido suficiente. Deberías haber mostrado un poco más de respeto.

–Te sientes culpable por desearme, ¿Jade? –dijo él con una sonrisa de complicidad.

–Yo no te deseo –replicó ella, cruzándose de brazos–. Sólo me interesa el dinero que esta unión me va a proporcionar.

–Te pasas todo el tiempo recordándolo, pero a mí no me engañas, tus ojos me dicen otra cosa. Y no sólo tus ojos, sino también tu boca. Aún no he conseguido olvidar nuestro primer beso. Eres un volcán, pura dinamita –ella suspiró con desdén y escepticismo y él añadió, tras mirarla unos segundos con mucha atención–: ¿No has comido nada?

–Oh, por favor, no empieces con eso –replicó ella algo irritada–. Ya tuve bastante con mi padre. ¡Menudo ejemplo! Emborracharse de esa manera y entrando en el coche en ese estado con esa nueva novia suya que finge cuidarle como si realmente le importara algo, cuando hasta el más tonto se da cuenta de que sólo va por su dinero. Pero ya se sabe, no hay nadie más tonto que un viejo tonto, ¿verdad?

–En realidad, no le odias, ¿verdad? –exclamó él, frunciendo el ceño. Ella le lanzó una mirada que podría haber atravesado el mármol.

–No siento nada por él, ni por nadie.

–No te creo –dijo Nic–, Te vi jugando con Eve. ¿A ella también la

odias?

–Crees que me conoces muy bien y que no tengo secretos para ti, ¿verdad? –exclamó ella con los ojos brillando de rabia–. Pues te equivocas. Ya no soy la niña ingenua y mimada que se quedaba prendada de todo lo que decías porque estaba loca por ti. He madurado. Ahora sé cómo protegerme de los tipos como tú. ¿Te crees que puedes llevarme a la cama con unas cuantas palabras bonitas? Pues te equivocas. No soy tan fácil.

–La prensa no opina lo mismo –replicó él con una sonrisa irónica.

–La prensa no siempre dice la verdad. Tratan de dar una versión de los hechos que les permita vender el mayor número posible de ejemplares. Me presentan como una vividora, una ninfómana que se arrima a todo lo que tenga pantalones. Pero tengo mis principios. No me interesan en absoluto los maridos de otras mujeres. Sería incapaz de traicionar a mi mejor amiga acostándome con su marido.

Nic la miró durante un instante. Sus pensamientos parecían revolotear alrededor de su cabeza como insectos tratando de evitar ser rociados por un spray venenoso.

–¿Estás tratando de decirme que la aventura entre Richard McCormack y tú no era verdad?

Jade sostuvo su mirada como si fuera un desafío consigo misma.

–¿Tú qué crees? ¿Piensas de verdad que soy de esa clase de mujeres capaz de acostarse con el marido de su mejor amiga, mientras ella está en las primeras semanas de su embarazo? Un embarazo que, por cierto, se malogró.

Nic arqueó las cejas, sorprendido. No había leído nada referente a aquel bebé en la prensa. No conocía realmente demasiado a McCormack, había coincidido con él en algunos actos, pues se movían en los mismos círculos. Nic había visto a Richard varias veces y daba la impresión de ser un hombre de negocios serio y responsable. No parecía, en modo alguno, capaz de engañar a su mujer, pero había que reconocer que Jade era una tentación para cualquier hombre. Él podía decirlo con conocimiento de causa. Jade ejercía un gran poder sensual sobre él, con aquellos ojos verdes y profundos como el mar que lo arrastraban a uno al abismo para luego traicionarle. Le gustaba jugar al gato y al ratón, era una actriz consumada en ese juego. Pero si ella era inocente, ¿por qué no se había defendido, demandando a la revista? Tenía abogados de prestigio a su disposición. No era precisamente una indigente, aunque hubiera tenido que depender de la generosidad de su padre hasta ahora.

–Si no eras tú la que estaba al lado de McCormack, entonces, ¿quién era? –preguntó él.

–No tengo ni idea –respondió ella tan impasible como un jugador de póquer profesional.

Nic se preguntó si estaba mintiendo para protegerse a sí misma o a alguna otra persona, o si realmente no lo sabía. Empezaba a tener la impresión de que, cuanto más pasaba el tiempo, menos la conocía. Se había comportado, durante toda la fiesta, como una auténtica esposa. Había estado realmente convincente. La forma en que había respondido a su beso, tanto en la iglesia como en su villa de Roma, había revelado que, bajo aquella capa de aparente frialdad y frivolidad, había una mujer apasionada y con sentimientos. Ella no era más inmune a él de lo que él lo era a ella, aunque se empeñase en negarlo. ¿Era orgullo o formaba parte de su estrategia? No sabía decirlo, pero estaba decidido a hacer que su matrimonio fuera tan verdadero como el que más, aunque le llevara la mayor parte del año conseguirlo.

Sí, conseguiría que ella viniera a él por su propia voluntad. Sería sólo cuestión de tiempo. Sintió un deseo indescriptible pensando en tenerla entre sus brazos, escalando la cima del placer.

–¿Qué te parece si echamos un trago para celebrar nuestro matrimonio temporal? –dijo él.

–Ya he agotado mi cupo de bebida por esta noche –replicó ella–. Me voy a la cama.

Una hora después, Nic daba vueltas por el *salone*, preguntándose por qué estaba tan inquieto y nervioso. Realmente, él sabía por qué, pero no quería admitirlo. Se había hecho a la idea de acostarse con Jade esa noche pero, sin embargo, ella le había rechazado tajantemente. Apuró de un solo trago su copa, a sabiendas de que probablemente se estaba excediendo en la bebida. ¿Qué demonios estaba haciendo allí él solo con una botella de brandy en su noche de bodas?

Se pasó la mano por el pelo. Aquello era ridículo. Pero tenía que controlarse. Jade no era la mujer con la que deseaba pasar el resto de su vida. No estaba dispuesto a pasar el resto de su vida con ninguna mujer. Él no era como sus hermanos, que habían sentado la cabeza y tenían esposa e hijos, y estaban contentos y felices con su suerte. Él siempre había aspirado a algo más. Más dinero, más emociones, más retos.

Se disponía a servirse otra copa cuando creyó oír unas pisadas por la escalera. Dejó la botella en el mostrador de las bebidas y se dirigió al pasillo. Jade bajaba los escalones muy despacio, peldaño a peldaño. Miró a un punto lejano y misterioso como si fuera ciega o

tuviera la mirada perdida, y se apoyó en la barandilla de la escalera como si tuviera miedo a caerse.

–¿Jade?

Ella pareció no oírle y continuó bajando paso a paso con aquel rostro inexpresivo. Nic parpadeó un par de veces, preguntándose si lo que estaba viendo no sería producto del brandy que había tomado. Pero no, ella seguía allí, bajando suavemente los escalones hasta llegar abajo, al vestíbulo. Llevaba un camisón muy ligero, bajo el que se transparentaba su cuerpo desnudo, sus pechos turgentes y firmes y sus pezones rosados tan incitantes. Y más abajo, entre los muslos, se vislumbraba su punto más femenino. Se imaginó haciendo que le sintiera dentro de ella. Estaba a punto de acercarse para estrecharla entre sus brazos cuando de pronto ella miró a su alrededor con la mirada de un ciego, suspiró profundamente y dio la vuelta disponiéndose a subir la escalera.

Nic la contempló y contuvo la respiración al darse cuenta de que estaba viendo a una sonámbula. Tuvo la intención de despertarla, pero recordó haber leído en algún sitio que eso era lo último que había que hacer. Que lo más indicado era seguir a esa persona a la cama para asegurarse de que estuviera a salvo.

La siguió pues por la escalera, manteniéndose a unos pasos por detrás, para no asustarla. Jade se dirigió a la habitación que parecía haber elegido para dormir. Era la que estaba más alejada del dormitorio principal, una de las habitaciones que se había utilizado en el pasado como cuarto de invitados. La mitad de sus cosas seguían aún en las maletas y bolsas del viaje, desparramadas por la habitación. Jade cruzó la habitación y se metió en la cama. Se tapó con la sábana y cerró los ojos mientras apoyaba la cabeza dulcemente sobre la almohada.

Él se quedó allí mirándola largo rato, a la luz que se filtraba del rellano de la escalera, hasta casi perder la noción del tiempo. De pronto, ella soltó un suspiro y hundió la cabeza en la almohada.

Nic respiró hondo y se acercó a la cama. Extendió la mano y le apartó de la cara un mechón de pelo. Ella murmuró entonces algo ininteligible, pero que, de alguna manera, parecía dar a entender que se sentía a gusto teniéndole allí cerca, que confiaba instintivamente en él. Nic sintió una sensación muy extraña. Él era la última persona en la que ella confiaría.

–Dulces sueños, *cara*.

Y antes de que pudiera arrepentirse, se inclinó hacia ella y depositó en su mejilla un beso lleno de ternura. Sintió un temblor en los labios al verla sonreír.

Se alejó de la cama y, tras una última y larga mirada, se volvió y salió de la habitación, cerrando la puerta suavemente.

Capítulo 7

JADE se despertó al oír un pequeño golpe en la puerta. Se incorporó en la cama, se tapó con la sábana y preguntó quién era.

–Soy yo, Nic.

–Espera, no estoy vestida –dijo ella sobresaltada.

–No te preocupes, Jade, ya lo he visto todo –replicó él en tono de burla–. No has hecho otra cosa que exhibirte delante de mí en las últimas semanas.

Ella miró hacia la puerta con el ceño fruncido al ver entrar a Nic tan tranquilo.

–¿Qué crees que estás haciendo? –exclamó ella muy seria.

Él se acercó llevando una bandeja con té humeante, panecillos recientes y una selección de mermeladas caseras.

–Pensé que te gustaría desayunar en la cama, después de la noche tan movida que has tenido. Jade frunció el ceño e inclinó la cabeza mirándolo con recelo.

–No entiendo... ¿A qué te refieres?

Él asintió con la cabeza con indulgencia y puso la bandeja sobre la cama encima de su regazo.

–Te encontré paseando sonámbula por la casa a las dos de la mañana –replicó él–. ¿Sueles hacerlo muy a menudo?

–¿Cómo voy a saberlo? –exclamó ella ruborizada.

–¿No has tenido ningún amante que te haya visto vagando como un fantasma por la noche?

Jade apretó los labios y desvió la vista hacia la tetera que seguía humeando en la bandeja que tenía entre los muslos, preguntándose si Nic, al igual que su padre, pensaría que había algo anormal en ella y que tenía algún tipo de deficiencia mental. Sabía que había andado sonámbula por su casa en los primeros meses que siguieron a la muerte de su madre. Se lo dijo su hermano Jon que la había encontrado andando dormida por los pasillos y la había llevado de nuevo a la cama. Aquella extraña costumbre parecía haber remitido, pero volvió a reaparecer a la muerte de Jon. Su padre le aconsejó que fuera a ver a un médico. Ella había visto la decepción reflejada en su mirada, al entender que la única hija que le quedaba podía tener un problema mental.

–¿Jade? –exclamó Nic, alzándole la barbilla con el dedo índice para hacerla volver de sus pensamientos.

Jade sintió el calor del dedo atravesándole la piel.

–No –dijo ella al fin, pasándose la punta de la lengua por sus labios resecos–. Nadie me dijo nunca nada. Solía caminar dormida

cuando era niña. Pensé que había dejado todo eso atrás después de tantos años, pero ha debido de ser el viaje y luego el estrés de la boda y todo este ajetreo…

Nic cambió el dedo índice por el pulgar y le acarició la barbilla por debajo del labio inferior.

–A veces tengo la sensación de que no eres como todo el mundo piensa –dijo él.

–¿Qué… quieres decir con eso? –preguntó ella con un nudo en la garganta.

Sus ojos parecían más marrones que verdes esa mañana, como las sombras profundas del interior de un bosque.

–Procuras siempre mantener una postura fría distante, pero yo sé que dentro de ti hay una mujer que está reclamando a gritos un poco de atención. Tratas de alejarte de los demás, pero lo que realmente deseas es tener a alguien cerca de ti que te comprenda y te acepte tal como eres.

Jade se sintió atrapada. La bandeja del desayuno le impedía bajarse por un lado de la cama y calculó que, si intentaba hacerlo por el otro, acabaría derramando el té encima de Nic.

–No tengo ni idea de lo que me estás diciendo –dijo ella con una expresión de indiferencia.

Nic esbozó una sonrisa y se puso a acariciarle ahora el labio inferior con el dedo pulgar. Ella sintió una sensación electrizante ante aquellas suaves caricias. Sintió deseos de sacar la lengua y saborear las zonas por donde él iba pasando el dedo, pero hizo un esfuerzo por controlarse.

–Sabes hacer muy bien tu papel de mujer de mundo, llena de glamour y seducción, pero hay algo en ti que no encaja del todo.

Jade trató de levantar la barbilla con gesto desafiante, pero él se anticipó a ella, sujetándola entre sus dedos índice y pulgar, como si hubiera previsto de antemano su reacción.

–No hagas eso –dijo ella.

–¿No te gusta cuando te toco así? –dijo él, acariciándole lentamente la mejilla con un dedo. Jade sintió una agitación en la zona baja del vientre. –Umm… no…

–¿Y así? –le preguntó, inclinándose hacia ella y poniendo los labios suavemente en su sien izquierda.

–No… no… –replicó ella con la voz entrecortada mientras él la besaba ahora en la otra sien.

–¿Y aquí? –dijo él acercando los labios a la comisura de su boca, sin llegar a besarla, pero lo suficientemente cerca como para que sintiera la aspereza de su cara aún sin afeitar.

Jade sintió un calor abrasador por dentro que parecía amenazar con derretir su voluntad y su resistencia.

–No me hagas eso, Nic –dijo ella con una voz tan apagada que ni siquiera parecía la suya–. Sólo conseguirás complicar aún más las cosas.

Nic la miró fijamente a los ojos, buceando dentro de ellos, como si tratara de desentrañar los secretos más profundos de su alma. Se produjo un silencio que pareció hacerse eterno.

–Tienes razón –dijo él finalmente, recolocando la bandeja que estaba a punto ya de caerse de la cama–. Tómate el desayuno tranquilamente, yo bajaré al estudio, tengo algunos asuntos pendientes.

Jade se quedó perpleja. No sabía bien si se sentía aliviada o decepcionada con su marcha. ¿Cómo podía él cambiar tan alegremente de actitud como si tal cosa, cuando ella estaba aún consumiéndose en el fuego del deseo? ¿Habría tomado aquello sólo como un juego para ver hasta dónde podría llegar con ella? Sintió la sangre hirviéndole en las venas al verle salir tranquilamente de la habitación. Sin duda, los asuntos que tenía que tratar guardaban alguna relación con su amante. Probablemente le enviaría un correo electrónico o un mensaje de texto en unos minutos, riéndose de su matrimonio sin amor y felicitándose por el dinero que conseguiría al acabar el año. Un año atado a una mujer por la que no sentía ningún respeto ni afecto.

Jade apartó el desayuno a un lado, sin haberlo probado, y se levantó de la cama. Tenía que resignarse y tomarse las cosas como eran. Ella necesitaba el dinero mucho más que Nic. No podía sobrevivir sin él y tampoco podía salir a la calle a conseguir un trabajo. No tenía ningún título, ni profesión, ni experiencia laboral.

La única cosa que sabía hacer era pintar, ¿pero quién iba a pagar por sus obras cuando había, literalmente hablando, miles de estudiantes de Arte vendiendo sus cuadros por las calles de toda Europa? Los había visto en Milán la última vez que había ido a visitar a Salvatore, poco antes de su muerte. Un joven le había vendido una hermosa acuarela del Castillo. Ella había sido generosa con él, pero ¿cuánta gente lo sería con ella? Había pasado horas y horas en los museos y galerías de arte en los últimos años, estudiando a los grandes maestros y analizando sus obras en DVD, pero nada de eso le daba la cualificación ni la confianza necesarias para sentirse una artista de verdad. Se sentía como una pequeña intrusa tratando de introducirse en aquel mundo de genios y aspirando a llegar a ser algún día uno de ellos. Ni siquiera tenía un estudio en condiciones. No tenía ningún

sitio para poner sus cosas de forma estable sin tener que estar recogiéndolo todo cada dos por tres.

Se mordió el labio inferior mientras miraba la villa a través de la ventana. El lago brillaba con la luz del sol que parecía bailar sobre su superficie. Era una vista impresionante. Ya se había fijado en ella el día anterior durante la fiesta, mientras se suponía que escuchaba con mucha atención a los invitados que se habían acercado a ella a felicitarla. Había sentido el deseo de tener allí mismo sus pinturas y sus pinceles para captar el reflejo de la luz sobre el agua a esa hora de la tarde o la forma en que las buganvillas se descolgaban de la terraza como un tapiz perfumado. Y estaba la villa en sí, tan antigua y señorial, con sus cinco plantas y aquella posición privilegiada sobre el lago. Debía de tener más de cuarenta habitaciones. Seguramente, alguna de ellas podría servirle muy bien para montar su estudio de pintura mientras estuvieran allí.

Se duchó y se vistió rápidamente, se recogió la melena en una cola de caballo y se fue a inspeccionar la villa. Se sintió impresionada por los cuadros y esculturas de valor incalculable que había por todas partes. La dureza de los suelos de mármol se suavizaba con las alfombras persas, y los muebles de época daban a las habitaciones un toque clásico que resultaba, de alguna manera, majestuoso y acogedor al mismo tiempo.

Las personas del servicio de la casa debían de ser muy discretas, porque no se cruzó con nadie en todo su recorrido por las diversas estancias.

Llegó a una habitación en la tercera planta que debía de haber sido habilitada en otro tiempo como cuarto de los niños. Le pareció retroceder en el tiempo al atravesar el umbral de la puerta. Sintió un escalofrío por la espalda al entrar en la habitación.

Había una cuna y un osito de peluche dentro de ella. En la repisa de la chimenea había una cajita de música. Estaba abierta y asomaba un muñeco que parecía un payaso. Sin duda llevaba así muchos años y a nadie se le había ocurrido cerrarla para que volviera a sonar cuando se abriera de nuevo. Cerca de la caja, había una muñeca con los ojos muy grandes y vidriosos. Llevaba un vestido de color rosa, tan desvaído por el paso del tiempo que casi parecía ya blanco.

Más de treinta años atrás, habían dejado en aquella cuna, bajo la ventana, a una niña llamada Chiara y, a la mañana siguiente, Giorgio, su hermano mayor, había entrado en el cuarto y la había hallado sin vida.

Jade podía sentir una sensación de dolor en el ambiente. Era como una presencia invisible en la habitación. Le recordó lo que ella

había experimentado en el cuarto de su madre cuando le dijeron que no volvería. Había vuelto allí muchas veces sólo para comprobar si era verdad lo que le habían dicho. Miraba entonces su lápiz de labios, convencida de que su madre volvería otra vez a casa para pintarse como hacía habitualmente. Había sentido la presencia de su madre como si no hubiera muerto realmente, como si estuviera esperando la ocasión propicia para regresar. Solía ponerse los vestidos de su madre siempre que podía, hasta el día en que su padre ordenó que los llevaran a una institución benéfica. Le había llevado muchos años tener que aceptar que nunca más volvería a ver a su madre. Años de callada desesperación hasta que acabó perdiendo finalmente toda esperanza.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas al acercarse a la cuna. Había una manta de color rosa bordada con motivos florales. Pasó un dedo por la tela, preguntándose cómo sería ahora la niña si no se hubiera muerto a aquella edad tan temprana. Quizá se habría casado y tendría uno o dos hijos. Seguramente le habría dado la bienvenida a la familia como habían hecho su madre y sus hermanos, a pesar de su mala reputación.

–¿Qué estás haciendo? –dijo Nic desde la puerta.

Jade se giró, sobresaltada, con el corazón en un puño.

–Estaba… echando un vistazo –contestó ella sin demasiada convicción.

Los ojos de Nic recorrieron la habitación. Su cara carecía de expresión. Parecía una máscara, la cara de un ciego asomado a una ventana.

–Este lugar necesita una limpieza y un arreglo. Llevo años diciéndoselo a mi madre.

–¿Por eso insististe en casarte aquí? –preguntó Jade–. ¿Para obligarla a enfrentarse a su dolor?

–Treinta y un años es mucho tiempo –replicó él mirando al osito de peluche–. Mi madre nunca llegó a recuperarse del todo de su pérdida. Yo lo comprendo. Ningún padre debería perder a un hijo, es algo que va en contra de la naturaleza. Por eso comprendo lo que tu padre tuvo que pasar. Pero creo que ya es hora de mirar hacia adelante. Solíamos venir aquí de vacaciones. Yo era demasiado pequeño para recordarlo, pero Giorgio y Luca me dijeron que pasábamos aquí todos los veranos. Pero ahora no tiene sentido mantener la villa todo el año sin hacer uso de ella.

–¿Por qué no la habéis vendido?

–Ha pertenecido a nuestra familia durante generaciones. Cuando Giorgio y Maya estaban en proceso de divorcio, ella quería la villa,

pero Giorgio se opuso rotundamente. Bajo ninguna circunstancia nos desharíamos de ella.

Ahora que había visto la mayoría de las habitaciones y se había asomado a casi todas las ventanas para ver las vistas, Jade comprendía al fin por qué. Y además estaba el hecho de que la villa fuese el último lugar en que habían visto a la pequeña sonreír. Les sería muy penoso venderla y dejarla, después de aquella experiencia. Se preguntó entonces si, tras la aparente superficialidad con que Nic se tomaba la vida, no se escondía quizá un alma más profunda. Él procuraba vivir el momento, pero había un lado de él mucho más sensible de lo que la mayoría de la gente pensaba. Se preguntó si la muerte de su hermana no le habría afectado más de lo que él creía. Era sólo un niño por entonces, pero sus padres habían quedado desolados. Tal vez Nic había sido abandonado a su suerte durante aquellos tristes años. Los niños pequeños son muy sensibles a cualquier cambio en el seno familiar y mucho más tras la muerte de una hermana. Pueden verse afectados de una manera que ni siquiera los expertos han llegado a descubrir totalmente. La sensación de abandono a tan tierna edad podía producir un trauma psicológico irreparable. ¿Sería ésa la razón por la que Nic no quería exteriorizar sus sentimientos, porque no había tenido entonces a nadie a su lado para escucharle y consolarle? Nic era por entonces más pequeño que Eve ahora. Resultaba triste pensar en él, vagando solo por aquella villa tan enorme sin nadie que se ocupara de él, aparte de las niñeras y los sirvientes.

–¿Por qué te gusta tanto este lugar si eras demasiado pequeño para recordar nada? –preguntó ella.

–Yo no soy tan sentimental como mis hermanos, pero creo que no debería permanecer vacía la mayor parte del año.

–¿Cómo crees que tu madre afrontó el hecho de volver aquí después de tanto tiempo?

–Estuvo muy emotiva, como pudiste ver, pero mi madre siempre ha sido así. Creo que, a pesar de todo, se lo tomó bastante bien. Estuvo incluso aquí en este cuarto con Maya. Mi cuñada dijo que quizá había sido un punto de inflexión para ella, como una catarsis. Tenía que volver a este sitio para despedirse de manera adecuada. La otra vez, no tuvo la oportunidad. Todo sucedió muy de prisa. Entonces era todo muy diferente. No se sabía gran cosa sobre el síndrome de muerte súbita del lactante. Durante años, mi madre se sintió culpable de su muerte. Creo que pensaba que todos le echábamos también la culpa.

–¿Por eso no quieres tener hijos? –preguntó ella.

Él se puso muy tenso, como si le hubieran estirado por dentro con

unas cuerdas invisibles.

–No, Jade, es sólo por egoísmo, como dijiste. Valoro demasiado mi libertad. Este matrimonio es sólo un medio para conseguir un fin. No te hagas ilusiones de que pueda ser otra cosa diferente.

Jade abrió la boca para responder, pero, antes de que pudiera salir una sola palabra de su boca, él se dio media vuelta y la dejó sola con los mudos fantasmas del pasado…

Cuando Jade bajó luego por la tarde al salón, se encontró a Nic sirviéndose una copa. Él se volvió al oírla entrar, levantando la botella que tenía en la mano.

–¿Te apetece tomar una copa conmigo?

Jade aceptó tomar un poco de vino blanco con soda y se sentó en uno de los suntuosos sofás, con su copa de cristal tallado en la mano.

–Pues aquí estamos –dijo él con una sonrisa burlona–. A punto de terminar nuestro segundo día de matrimonio. Ya sólo nos quedan trecientos sesenta y tres.

–No eres tú el único que cuenta los días, Nic –replicó ella con arrogancia.

–Conozco, en todo caso, una forma mejor de pasar el rato –dijo él con un brillo especial en la mirada.

Jade sintió un escalofrío repentino, pero trató de mantener la calma. Durante todo el día había tenido la esperanza de que pudiera cruzarse con él por algún rincón de la casa. Cada vez que abría la puerta de una habitación o atravesaba un pasillo, había tenido la sensación de que iba a verle aparecer.

–Estoy segura de que eres un todo un experto en ese tipo de prácticas –replicó ella–. A propósito, ¿cómo se ha tomando tu amante la noticia de tu matrimonio?

Él echó un buen trago antes de responder.

–No muy bien, pero me da igual. Ya estaba a punto de romper con ella. Las mujeres posesivas me descomponen. Me aburren.

Jade sintió, al oír esas palabras, como si un espada le hubiera atravesado el cuerpo, desde el corazón hasta la espalda. No tendría ninguna oportunidad con él si se enteraba de sus miedos e inseguridades. El simple hecho de que pensase en querer tener una oportunidad con él demostraba ya lo vulnerable e indefensa que se sentía a su lado. Hacía sólo unos días, pensaba que lo único que sentía por él era odio y deseos de venganza. Ahora ya no estaba tan segura.

–Supongo que no estarás pensando en mí para sustituirla –dijo ella esforzándose por mantener un tono de voz sereno.

–Creo que sabes muy bien lo que deseo, Jade –afirmó él con una cínica sonrisa–. Y tú también lo deseas, pero creo que, por alguna

razón, me estás ocultando algo. ¿Qué quieres? ¿Más dinero?

–¿Es así como acostumbras a conseguir que las mujeres se vayan a la cama contigo? ¿Ofreciéndoles dinero?

Él se acercó a ella y le quitó la copa que tenía en la mano antes de que ella pudiera hacer nada por impedirlo. La puso de pie, y se quedó frente a ella lo suficientemente cerca como para que hacerle sentir el calor de su cuerpo.

–Creo que sería mejor enseñarte cómo lo hago –respondió él, acercando suavemente la boca a la comisura de sus labios.

Jade sintió que su cuerpo se iba hacia él, como atraído por un imán. Trató de contrarrestar ese impulso, pero parecía como si su cuerpo funcionase de manera independiente de su cerebro, sin conexión alguna con él. Sintió un cosquilleo por la espalda al tiempo que notaba la inflamación de sus pechos y sus pezones, aplastados contra su pecho duro y musculoso. Percibió en seguida su erección firme y poderosa y sintió, por un instante, la tentación de apartarse de él. No estaba delante de uno de esos hombres anónimos con los que había estado coqueteando sólo para demostrar a todo al mundo lo dura que era. Estaba con Nic, el único hombre al que había deseado toda la vida.

Sí, era Nic Sabbatini, su marido durante los próximos doce meses.

Nic le puso una mano en la parte baja de la espalda y la apretó contra su pecho, haciéndole sentir en la boca la calidez de su aliento y despertando su deseo.

–Me estás volviendo loco con esas miradas. ¿Lo haces deliberadamente para provocarme?

Jade se pasó la punta de la lengua por los labios, mientras miraba la boca de Nic.

–Estoy tratando de poner un poco de sensatez en esta…

–Olvídate de la sensatez –dijo él refunfuñando–. No hay nada sensato en todo este asunto nuestro.

Jade no se dio cuenta de si fue él quién bajó su boca o si fue ella la que se puso de puntillas para alcanzar la suya. Eso era lo de menos. El hecho fue que sus bocas se juntaron de repente en un ardiente beso y su cuerpo pareció incendiarse al entrar sus labios en contacto. Luego, él trató de abrirse paso con la lengua de forma seductora y ella dejó escapar un pequeño grito ahogado de deseo al sentir el contacto con la suya. Fue al principio un beso suave y tierno, pero poco a poco se fue tornando más firme y atrevido. Jade sintió un fuego corriéndole por las venas cuando él se puso a acariciarle el labio inferior, primero con los labios y la lengua y luego con los dientes. Eran pequeños mordiscos que despertaban el deseo en el lugar más profundo e íntimo

de su ser.

Nic fue deslizando los labios hacia la zona más sensible del cuello y del nacimiento de sus pechos, en un viaje lento y sensual. Ella comenzó a sentir la miel líquida del deseo fluyendo entre los muslos y una inquietante desazón en los pezones, cada vez más tensos y duros. Nic bajó entonces un poco más la mano derecha hasta agarrarle con audacia y decisión uno de los glúteos, mientras le acariciaba con la otra el pecho derecho. Ella no podía dar crédito a la forma en que su cuerpo respondía a sus caricias, a pesar de que el vestido se interponía, como una odiosa barrera, a un contacto más directo. Sintió un deseo irrefrenable de estar desnuda con él, para sentir su piel contra la suya. Le puso los brazos alrededor del cuello, enredando los dedos entre la espesura de su pelo, para disfrutar mejor del abrazo.

–*Dio*, ¡cómo te deseo! –le susurró él junto a su boca–. Eres una hechicera que hace de los hombres lo que quiere. Una pequeña bruja seductora con una boca de fuego.

Jade no hizo el menor caso de sus comentarios, concentrada, como estaba, en disfrutar de aquel mágico momento. Sintió el calor de su mano bajo la blusa, abriéndose paso por entre el sujetador, y luego el contacto de toda la palma alrededor del pecho mientras con el dedo pulgar le estimulaba el pezón. Estaba tardando mucho en llevarla a la cama, pensó ella con un escalofrío al sentir su lengua lamiéndole el pezón derecho a través de la tela del sujetador.

Ella echó la cabeza hacia atrás para facilitarle las cosas y disfrutar mejor de sus caricias. Su cuerpo temblaba por dentro y por fuera mientras él la recorría con los labios y la lengua desde el pecho a la boca, explorando todos sus lugares más recónditos, saboreándola, tentándola a participar en una vorágine de deseo que los dos sabían sólo podía acabar de una forma. Comenzó a sentir las primeras oleadas del clímax en lo más profundo e íntimo de ella. Era una agitación tan intensa que no le dejaba pensar en nada, como si tuviera la mente en blanco.

Nic, jadeante, apartó la boca de la suya y la miró fijamente con sus ojos avellana.

–No, aquí no –dijo él, levantándola como una pluma y subiendo la escalera con ella en brazos en dirección al dormitorio–. Quiero tenerte en la cama conmigo.

Jade sabía que debía poner fin a aquello en ese momento. Era la ocasión de romper el hechizo para reorientarse y recordar el motivo por el que estaban juntos. Y también para que ella tuviera presente su vergonzoso secreto. Pero por alguna razón no podía hacerlo. Quería sentir sus brazos alrededor de ella, para sentir todo lo que se puede

sentir cuando se desea realmente a una persona y esa persona te desea también a ti, porque sintoniza físicamente contigo.

El dormitorio principal era una suite de enormes proporciones. Jade apenas tuvo ocasión de verla, pues Nic la dejó en la cama, nada más entrar, y se echó a su lado. La besó de nuevo de forma tierna y delicada como si ella fuera la persona más frágil a la que hubiera besado nunca y temiera hacerle daño. Sabía tan bien… No a tabaco y a alcohol, sino a un sabor que siempre asociaría con él: esencia masculina pura.

Nic siguió colmándola de caricias con la boca, tratando a la vez de quitarle la ropa. Ella levantó solícita los brazos por encima de la cabeza y él le quitó la blusa. Luego levantó un poco las caderas para ayudarle a que le sacara los pantalones vaqueros, mientras oía el ruido sordo de los zapatos cayendo al suelo. Ella se había desnudado delante de algunos hombres, pero nunca había sentido el menor deseo de verlos desnudos como ahora deseaba ver a Nic. Le desabrochó la camisa y se la sacó por los brazos. Luego le quitó el cinturón de los pantalones y le bajó la cremallera. Se quedó casi sin respiración al ver la forma de tienda de campaña que tenía el calzoncillo por delante. Nunca había visto una erección así. Deslizó suavemente, a modo de prueba, un dedo por encima de la tela y vio cómo se estremecía su miembro.

–Ten cuidado, *cara* –dijo Nic en un hilo de voz–. Quiero durar lo suficiente para hacerte gozar.

Gozar con un hombre no había sido nunca su prioridad principal. Ella había fingido siempre con sus amantes porque pensaba que a ellos les gustaba más así. Le había resultado fácil hacerlo y nunca había sentido ningún remordimiento por ello. Pero ahora era distinto. Ella quería dar y recibir placer, porque sabía que con Nic todo sería diferente, algo especial, algo para recordar el resto de su vida, una vez que se separasen.

Jade le quitó los calzoncillos y le acarició de nuevo. Le tomó el miembro con la mano, como si empuñase el mango de una espada, y vio como se tensaban los músculos de su estómago cuando comenzó a mover la mano acompasadamente de arriba abajo.

Nic la apartó después de unos segundos y la empujó suavemente para dejarla tendida en la cama boca arriba.

–Espera un poco –dijo él, alargando la mano hacia la mesilla de noche para sacar un preservativo de uno de los cajones.

Ella contempló cómo se lo ponía y sintió un nudo en la garganta al pensar que lo tendría en breve dentro de ella. Una sensación de nerviosismo pareció, sin embargo apoderase de su ánimo. ¿Y si no era

capaz de hacerle gozar? Nunca había tenido queja con ningún hombre. Les había dado siempre lo que querían mientras ella tenía la mente puesta en otra parte. Pero, ¿y si Nic se daba cuenta de que estaba fingiendo?

Parecía ridículo admitirlo, pero se sintió como si fuera su primera vez. Cada caricia suya era una experiencia nueva que no tenía nada que ver con su miserable y sórdido pasado. Era como si le hubiese sucedido a otra persona distinta de ella. Sus caricias con los dedos eran tan delicadas como si aquello fuese un acto de adoración. Se vio en seguida sumergida en un torbellino de sensaciones que jamás había experimentado. Sintió su cuerpo ascendiendo a la cima de una montaña tan alta y espectacular que casi le cortó el aliento.

–Eres tan hermosa y femenina… –dijo él con la voz apagada.

Nadie la había tocado nunca con tanto respeto y consideración, con tanta ternura. Sintió el movimiento de sus labios en su punto más íntimo y sensible y luego el roce suave y húmedo de su lengua, una, dos, tres veces, como si fuera un pincel sobre un lienzo. Luego fue aumentando poco a poco el ritmo. Era una sensación tan fuerte, tan íntima y tan profundamente erótica que tuvo la sensación de que toda la energía de su cuerpo se había concentrado en aquel punto. Comenzó a sentir una oleada de placer, como si una ola gigantesca la llevase montada sobre su cresta y en cualquier momento pudiera arrojarla violentamente a la orilla de la playa.

–Quiero verte gozar hasta hacerte perder el sentido –dijo él. Jade se sintió confusa con sus emociones. Estaba desconcertada por la forma en que su cuerpo estaba reaccionando a sus caricias. Pero entonces, antes de que pudiera encontrar la explicación a sus dudas, se vio subida, por sorpresa, en la cima del placer. Una vorágine de sensaciones cada vez más intensas se adueñó de ella, dejando su mente en blanco hasta llegar al clímax final.

Cuando remitieron las oleadas de placer, rompió a llorar con lágrimas ardientes y amargas. Se tapó los ojos con la mano para ocultarlas y que no la delataran, pero ya era demasiado tarde.

Nic se había incorporado ligeramente y, apoyado en un codo, la miraba fijamente con el ceño fruncido.

–¿Qué te ocurre, *cara*?

Jade se mordió los labios para intentar dejar de lloriquear como un niño.

–Nada… perdona… –contestó ella restregándose los ojos con el dorso de la mano–. No suelo ser tan emocional cuando… Quiero decir durante…

Nic le quitó las lágrimas con la yema del pulgar.

–¿Qué es lo que ha sido tan diferente esta vez? –preguntó él suavemente.

Jade apretó los labios temblorosa, pero sin poder controlar aquellos sollozos que parecían venir de algún lugar muy profundo de su alma. Se cubrió la cara con las dos manos y dejó escapar un último sollozo ahogado.

–Disculpa... Estaré bien en un minuto… Sólo necesito un minuto.

Nic le apartó las manos de la cara y la miró con gesto preocupado.

–*Cara*, ¿he hecho algo que no te gustó?

Ella negó con la cabeza y se volvió a morder los labios para tratar de dominar sus emociones.

–No, claro que no. Es sólo que… nunca había sentido antes… una cosa así.

–¿Quieres decir que nunca habías tenido un orgasmo practicando sexo oral?

Jade desvió los ojos, incapaz de sostener su penetrante mirada, y respiró profundamente para tratar de recobrar la calma.

–Quiero decir que nunca había tenido hasta ahora un orgasmo. Punto.

La nuez de la garganta de Nic se movió repetidamente arriba y abajo como el pistón de un motor. Pasaron algunos segundos, tal vez sólo dos o tres, pero que a ella se le hicieron una eternidad.

–No sé si te he entendido bien –dijo él alzándole la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos–. No serás virgen, ¿verdad?

–No, Nic, no lo soy –respondió ella con tristeza.

Él hizo un par de gestos con los labios, como si estuviera buscando las palabras más adecuadas.

–Creo que lo que tratas de decirme es que no has disfrutado hasta ahora con las experiencias sexuales que has tenido, ¿no es eso?

Jade dejó escapar un profundo suspiro y asintió con la cabeza mientras se recostaba en la almohada y él le apartaba, con la mano, un mechón de la cara. Sintió aflorar a la superficie una nueva oleada de emociones ante la suavidad y delicadeza de sus dedos.

–¿Quieres hablarme de ello? –le preguntó él.

Jade contempló aquellos ojos color de avellana que la miraban con gesto serio y preocupado. La mayoría de los hombres que había conocido habrían seguido hasta el final para su satisfacer su propio placer, pero él no.

–¿No quieres terminar…?

Nic frunció el ceño más aún y se levantó de la cama, se quitó el preservativo y lo tiró a un lado. Luego se puso los pantalones y se

subió la cremallera.

–No sé que clase de hombre te crees tú que soy, Jade, pero no pienso hacer el amor contigo hasta que no me lo cuentes todo. ¿Me entiendes?, todo.

Jade tiró de la sábana y se cubrió con ella. No solía mostrarse tímida con los hombres, se había acostumbrado a desconectar la mente de su cuerpo, pero con Nic todo era diferente.

–¿Por qué no empiezas por el principio? –sugirió él, al ver su mutismo.

Ella lo miró con recelo, abrazándose a las rodillas.

–No tengo nada que decirte. ¡Ojalá no te hubiera dicho nada! Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena.

–Maldita sea, Jade, esto es importante. No puedes dejar caer una bomba como ésa cuando estamos haciendo el amor y esperar que todo siga como si nada hubiera pasado.

Ella no pudo sostener su mirada y apoyó la barbilla sobre las rodillas. Había intentado ser fuerte. Con cualquier otro hombre lo habría logrado, pero no con Nic.

–Jade –dijo él en voz baja–, hay una cosa que no consigo entender, ¿por qué con la reputación que tienes no has disfrutado hasta ahora plenamente del sexo?

Jade levantó lentamente la cabeza de las rodillas. Se sentía avergonzada, pero sostuvo su mirada.

–¿Te acuerdas de aquella noche de la fiesta? Tenía dieciséis años e intenté deducirte.

–No es algo que me guste recordar demasiado –él asintió tristemente con la cabeza–. Hice lo que creí más correcto. Sé que fue un poco duro para ti. Muchas veces he pensado que, si me hubiera comportado de otra forma, quizá no te habrías ido con Riccardo.

Jade se levantó de la cama, arrastrando la sábana con ella. Quería ponerse la ropa, pero de ningún modo vestirse delante de él.

–Aquí tienes –dijo Nic, dándole su albornoz, que estaba colgado detrás de la puerta del cuarto de baño–. Ponte esto.

Jade se lo puso y se ató el cinturón. Era demasiado grande para ella.

–Te pareces a Eve cuando se pone a jugar con los vestidos de su madre.

–Me gustaría poder volver a su edad para empezar de nuevo –dijo ella con una sonrisa triste y melancólica–. Quizá no cometería los mismos errores.

–Todos cometemos errores, Jade. La vida es así: vivir y aprender de nuestras equivocaciones.

–Debería haberte hecho caso aquella noche –dijo ella–. Debería tenido en cuenta todo lo que me dijiste. Pero no, hice todo lo contrario. Era tan rebelde entonces… Estaba tan dispuesta a demostrar a todo el mundo que podía hacer lo que quisiera. Pero estaba equivocada, terriblemente equivocada.

Nic sintió un malestar por dentro. Aquél era un lado de Jade que nunca había visto antes: su lado vulnerable. Atrás quedaba la mujer dura y segura de sí y en su lugar aparecía una joven que se lamentaba de que el mundo la había tratado mal. Guardó silencio para que ella continuara, sintiendo un nudo en la garganta como si una mano le estuviera apretando el cuello impidiéndole respirar.

–Acostarme con tu amigo fue algo de lo que siempre me he arrepentido –dijo Jade, mirándolo con sus ojos verde bosque impregnados de dolor–. No resultó como había pensado. Quería vengarme de ti por haberme rechazado y, sin embargo, yo fui la única víctima.

Aquella mano invisible que tenía Nic alrededor del cuello pareció apretarle un poco más.

–¿Te hizo daño aquel malnacido? –preguntó él.

–No, al menos no fue esa su intención. Tú tenías razón, Nic. Yo era demasiado joven para tener relaciones sexuales. No estaba preparada emocionalmente. Dejé que alguien, al que apenas conocía, jugara con mi cuerpo. Me quedé tan avergonzada cuando terminó todo… Estuve llorando durante horas. Pero luego, en vez de aprender de mi error, volví a reincidir en él, y de repente, cuando sólo unos días antes nadie quería saber nada de mí, me convertí en la chica más popular de la ciudad. Supongo que era una manera de llamar la atención.

Nic cerró los ojos durante unos segundos y los abrió después como si volviera del pasado después de haber estado viajando a través del tiempo.

–Jade… –dijo él, avanzado un paso hacia ella, pero deteniéndose al verle levantar la mano.

–No –dijo ella. Déjame desahogarme. Ya es hora –dijo ella con una amarga sonrisa–. Durante todos estos años, he estado fingiendo ser una mujer frívola y dejé incluso que la prensa me retratara de ese modo.

Yo misma me busqué esa reputación acudiendo a todos los lugares de moda, vistiendo de forma provocadora, coqueteando con todos, actuando como si fuera de verdad la reina de corazones de la ciudad. Supongo que es la forma en que me veía a mí misma: una mujer de mundo a la que le importaba un bledo lo que los demás

pudieran pensar de ella.

–Pero sí que te importaba lo que la gente pensase de ti, ¿verdad? Tu padre, por ejemplo. Durante todos estos años has estado haciendo todas esas cosas para llamar su atención, pero no te ha dado resultado, ¿no es así, Jade?

–Él nunca me ha perdonado que no fuese con mi hermano aquel fin de semana. Si yo hubiera estado con Jon, él no habría ido aquella pista de esquí. Jon era el favorito de mi padre. Jon lo sabía y trató de compensarme siendo el mejor hermano que una podría imaginar. Sin él, yo habría sido como un barco a la deriva. Habría estado dándome continuamente golpes contra las rocas, como si quisiera autodestruirme.

–Tú no tuviste la culpa de la muerte de tu hermano –dijo Nic–. Nadie puede echarte la culpa de eso y menos aún tu padre.

–No puedo hacer retroceder las manillas del reloj –dijo Jade con tristeza–. Me gustaría, pero no puedo. Y no sólo por aquel fin de semana, sino por toda mi vida en general. Me gustaría haber estado más tiempo con mi madre. Creo que todo habría ido mejor entre las dos si no se hubiera muerto tan pronto. Ella me habría ayudado con mis… –se detuvo a tiempo y se mordió el labio de nuevo.

–¿Te habría ayudado con qué, Jade? –preguntó él apremiante.

–Mmm... con mis cuadros.

–¿Con tus cuadros? –exclamó él sorprendido.

–Sí, unas acuarelas, en realidad. Nada del otro mundo. No tengo ninguna formación académica, es sólo un hobby. Supongo que no valen nada. Nunca se las he enseñado a nadie. Lo hago sólo para pasar el rato. Pero es algo que me gusta, lo encuentro creativo.

–Creo que tienes talento, estás siendo demasiado crítica contigo misma.

–No tengo ninguna cualificación –repitió ella–. A menos que consideres como tal todo el tiempo que me he pasado deambulando por los museos, galerías y exposiciones de arte. Sólo sé que me gusta pintar. Eso es todo. Pero ni siquiera tengo un estudio donde tener mis obras.

Él la miró muy pensativo durante un buen rato.

–¿Te gustaría tener tu propio estudio?

Jade sintió un escalofrío de emoción a la vez que un sentimiento de gratitud. Nic no se había reído de ella ni había ridiculizado su pintura, sino que le estaba ofreciendo su apoyo.

–¿Crees que podría utilizar como estudio una de las habitaciones de tu villa de Roma? –preguntó ella tímidamente–. He traído algunas cosas conmigo, pero no creo que vayamos a estar aquí el tiempo

suficiente para montarlo todo de manera adecuada.

–Puedes utilizar la habitación que creas conveniente, tanto aquí como en Roma. ¿Necesitas algo? ¿Materiales, pinturas, un caballete…?

–No, tengo todo lo que necesito –contestó ella–. Me lo traje de Londres.

Él la miró en silencio durante unos segundos.

–Eres un pozo de sorpresas, *cara* –dijo Nic.

Jade sintió un rubor en las mejillas y bajó la mirada.

–Supongo que todos tenemos nuestros secretos.

–Yo no. Yo soy tal como me ves –dijo él con una sonrisa irónica–. Superficial y egoísta. Es lo que la prensa dice de mí, ¿no? Y, déjame decirte, que no andan muy desencaminados.

–No lo creo –replicó ella mirándolo ahora a los ojos–. Eres es mucho más sensible y profundo de lo que quieres hacer creer a la gente.

–¿Qué te hace decir eso?

–Tú no eres como los demás hombres que conozco o he conocido en el pasado. Siempre he pensado eso de ti.

–Escucha, Jade. No quiero que saques falsas conclusiones de todo esto. No pienso tener una relación estable y menos aún desempeñar el papel de esposo feliz que vuelve a casa después del trabajo para dar un beso a su fiel esposa. Ya te lo dije, yo soy así de egoísta y aprecio mucho mi libertad. Este matrimonio es únicamente una forma de conseguir mi parte de la herencia. No se trata de construir un futuro juntos, ni de enamorarnos. Creo que dejamos eso bien claro, ¿no?

Jade puso cara de indiferencia, pero por dentro volvió a sentir aquella misma sensación dolorosa de rechazo de cuando tenía dieciséis años. Sólo que ahora era aún peor. Ella no era lo suficientemente buena para él y nunca lo sería. El haberle abierto el corazón no había contribuido a mejorar las cosas. Todo lo contrario. Él se había mostrado comprensivo y le había brindado su apoyo y ayuda. Le estaba agradecida por eso, pero se engañaría a sí misma si pensase que aquella confesión sincera podía haber despertado su amor. Él no estaba interesado en una relación estable con ninguna mujer y menos aún con alguien como ella que había llevado una vida tan indecorosa.

–¿Jade? –dijo el, poniéndole una mano en la barbilla.

Ella apartó la cara y se puso de pie.

–¿Por quién me tomas, Nic? –exclamó ella muy indignada–. Te lo dije antes. Ya no soy la colegiala ingenua que pierde la cabeza fácilmente por un flechazo. Hemos pasado un buen rato…, al menos

yo, pero ha sido sexo, nada más. Por cierto, tengo que darte las gracias. Fue maravilloso, algo memorable, pero no significa que sienta nada por ti.

Él se quedó mirándola durante un instante antes de contestar.

–Sólo trato de decirte que procures controlarte, Jade. Sé lo que sucede cuando una mujer encuentra a un amante que colma todas sus aspiraciones. La línea divisoria entre la pasión y los sentimientos se vuelve borrosa. El sexo para mí es una necesidad fisiológica. Me gusta el sexo, pero eso no quiere decir que necesite amar a la persona con la que lo practico.

–No me voy a enamorar de ti, Nic –replicó ella, cruzándose de brazos.

«Porque ya lo estoy. Loca y apasionadamente», se dijo ella para sí.

Nic se dirigió hacia la puerta del dormitorio, pero se detuvo antes de salir y se giró para mirarla.

–El asunto del dinero de la herencia no es sólo cuestión de egoísmo personal –dijo él muy serio–. Si yo perdiera mi parte de la empresa Sabbatini, podría entrar un nuevo accionista mayoritario que se hiciese con el control de la compañía en detrimento de mis hermanos. Estos últimos años han sido muy difíciles financieramente hablando. Hay que controlar muy bien el negocio, no puede uno bajar la guardia ni por un momento. Mi abuelo lo sabía y utilizaba eso para conseguir que yo hiciera siempre lo que él quería. Tenía una especie de fantasía contigo y conmigo. Pensaba que podríamos entendernos. Pero era sólo eso: una fantasía. Nada de esto es real, Jade. Es como interpretar un papel en una obra de teatro. Nuestro objetivo primordial es conseguir que pase este año de la mejor forma posible y recoger al final nuestras ganancias.

–¿Significa eso que no requerirás ya mis servicios en la cama? –preguntó ella arqueando las cejas–Yo también puedo separar el sexo de los sentimientos. He estado haciéndolo todos estos años. Estaría encantada de poder hacerte un favor. Después de todo, te debo una, italiano.

–No te hagas la frívola conmigo, Jade. No te va –replicó él muy molesto por sus palabras.

Ella le dirigió una mirada de desdén mientras Nic salía del cuarto.

Capítulo 8

JADE prefirió quedarse en la cama de Nic, a pesar de que no tenía nada claro lo que podría pasar a continuación. Su relación había entrado en una nueva fase, aunque no sabía si para bien o para mal. Compartir un dormitorio y una cama no era suficiente para ella. Sabía que Nic acabaría rompiéndole el corazón, pero tenía que aprovechar el presente. Se acurrucó entre las sábanas que seguían oliendo a él. Apretó los muslos y sintió un hormigueo, reminiscencia de sus caricias.

Estaba medio dormida cuando oyó abrirse de repente la puerta del dormitorio y vio a Nic entrar con una expresión irónica en el rostro.

–Pensé que te habrías ido a la habitación del fondo del pasillo y te habrías encerrado allí.

–La verdad es que estuve pensando seriamente en ello –replicó ella, incorporándose en la cama.

–Pero ya ves, estás aquí, esperándome –dijo él con una sonrisa.

–No te estaba esperando, me quedé adormecida.

Él se acercó a la cama y la miró con sus ojos avellana tan sombríos como una cueva en una noche sin luna.

–Hazme sitio, *cara*.

Los ojos de Jade ardieron de deseo. Era como si una flor exótica se abriese dentro de ella y sus pétalos se desplegasen contra las paredes de su feminidad, produciéndole un cosquilleo y recordándole lo que sentiría si lo tuviese allí dentro, moviéndose íntimamente en su interior.

–¿Desde cuándo se supone que recibo órdenes tuyas? –preguntó ella haciendo uso de su desparpajo habitual, aunque en esa ocasión estaba fuera de lugar.

Nic sonrió, se quitó la bata y la dejó caer al suelo.

–Si no te apartas, tendré que apartarte yo y entonces, ¿quién sabe lo que podría ocurrir?

Jade se puso a alisar las sábanas para hacer algo con las manos, en lugar de ponerlas donde ella verdaderamente deseaba. No quería dar la imagen de una mujer desesperada y necesitada, pero, ¡cielo santo!, ¡qué bendición era verlo desnudo! Olía a dioses. Su fragancia masculina envuelta en esencia de limón era un aroma delicioso, más irresistible que una droga. Vio su cuerpo excitado. Intentó no mirarlo, pero ¿cómo iba a evitarlo? Una picazón en lo más íntimo de su ser le vino a recordar lo mucho que le había echado de menos durante todo ese tiempo.

Nic le acarició la mejilla con la mano y la miró a los ojos.

–Ya estás otra vez mirándome de esa forma. He estado abajo en mi estudio las dos últimas horas, diciéndome que debía tomarme las cosas con calma y dejarte reflexionar sobre tus sentimientos hacia mí. Pero, ¿qué se supone que puedo hacer cuando me miras de esa manera?

–¿Cómo te miro, Nic? –preguntó ella, pasándose la lengua por los labios. Él se metió en la cama junto a ella y la besó. Sus lenguas se juntaron de inmediato para entablar un duelo sensual, caliente, húmedo y apasionado. Jade sintió todo su cuerpo ardiendo conforme los besos se iban haciendo más intensos y procaces. Su vientre era un pozo profundo, casi sin fondo, de deseo. Y sus brazos y sus piernas eran lianas que se envolvían alrededor de él para retenerlo junta a ella y no dejarle escapar, mientras sus caderas soportaban el peso, ¡bendito peso!, de su cuerpo sobre ella.

Nic apartó la boca y, sin perder contacto con su piel en ningún momento, deslizó los labios por su cuello hasta sus pechos. Muy despacio y suavemente. La primera caricia de su lengua en el pezón le hizo arquear la espalda de placer. Él siguió lamiéndole los pezones hacia arriba y hacia abajo y luego en círculos continuos hasta que ella sintió su cuerpo como si estuviera hecho de cera fundida.

–Sabes divinamente –dijo él–, a azahar y madreselva, con un toque de vainilla.

–Tú también sabes muy bien –replicó ella, sorprendida de que su garganta fuera aún capaz de articular palabra, cuando tenía todos los sentidos saturados.

Se besaron apasionadamente. Ella decidió entonces explorar su cuerpo con las manos. Él gimió de placer ante los atrevidos toques de sus manos por los más recónditos lugares de su cuerpo. Luego, ella cerró la mano alrededor de su miembro para sentir su dureza y su magnitud, y sus convulsiones al ritmo de sus movimientos cadenciosos y sensuales. Y mientras seguía estimulándole, inició un itinerario sensual con la boca a lo largo de todo su cuerpo. Le volvió a besar en los labios y luego en el pecho, bajando luego hasta meterle la punta de la lengua en el pequeño hoyo del ombligo. Vio satisfecha cómo se le contraían los músculos abdominales anticipándose a los placeres que estaban por llegar.

Él la agarró suavemente por detrás de la cabeza para detenerla.

Jade sintió el poder que, como mujer, tenía sobre él. Era algo que nunca había sentido antes. No se trataba ya de reírse de la falta control que tenían algunos hombres, sino del efecto que ella era capaz de producir en Nic. Él no era de esa clase de hombres que pierde el

control con facilidad. Era un playboy que había tenido numerosas amantes, pero, sin embargo, ahora con ella, estaba teniendo algunos problemas para controlarse. Ella se detuvo, lo miró a los ojos y le dejó que recuperara la respiración, disfrutando de cada destello de emoción que pasaba por su rostro.

Él la besó entonces con pasión, deslizando simultáneamente las manos por todo su cuerpo. Ella no tenía ahora la mente ausente como cuando había estado con otros hombres, sino concentrada en cada una de sus caricias. Se apretó contra su pelvis, buscando su erección. Sintió un vacío en lo más íntimo de su ser que deseaba verse llenado por él.

Nic la tocó con dos dedos, jugando con ella, aumentando su deseo gradualmente hasta que comenzó a retorcerse debajo de él, pidiéndole entre jadeos que la llevara de nuevo al paraíso.

–Por favor, Nic, no me hagas esperar más, por favor. Él alargó la mano por encima de ella y tomó un preservativo. Jade se lo quitó y se lo puso ella misma muy lentamente, desenrollándolo alrededor de su miembro viril con las dos manos mientras lo miraba a los ojos con una expresión y una sonrisa llenas de sensualidad.

–Me lo estás poniendo muy difícil, *cara* –dijo él junto a su boca–. No me gustan las prisas. Quiero que esto sea algo muy especial para ti.

Jade le puso las manos en la cara, aún sin afeitar, y sintió todas las terminaciones nerviosas de la palma de la mano respondiendo al unísono a su aspereza.

–Te deseo, Nic. Te deseo como nunca he deseado a nadie. Me siento como si hubiera estado esperando toda mi vida este momento.

–Yo también te deseo –dijo él, en un tono de voz tan bajo que ella casi no pudo oírle mientras se introducía lentamente en el umbral de su estrecha entrada.

Jade sintió un torrente de placer corriendo por su cuerpo. Era una sensación de felicidad sentir la fuerza y la dureza de su cuerpo contra su carne suave y tierna. Ella empujó con las caderas y él fue entrando cada vez más profundamente dentro de ella. Nic volvió a gemir al verse catapultado en una vorágine de pasión que ya le había arrastrado a ella en su marea incontenible. La tensión provocada por el placer fue en aumento en ambos. Se vieron sumidos en una carrera ascendente y desenfrenada por hacer cada uno que el otro alcanzase primero la cumbre del placer. De repente, ella se vio llorando de forma incontrolada como si una ola inmensa estuviese a punto de romper contra ella. Se vio zarandeada y sacudida por su fuerza, dando vueltas y más vueltas, como una muñeca de trapo. Pero lo suficientemente consciente para sentir, segundos después, en su

interior, el fuego del orgasmo de Nic. Deslizó las manos por su espalda y sintió su piel resbaladiza y sudorosa.

A Jade nunca le habían gustado esos diálogos de rutina que tienen lugar entre una pareja después de haber hecho el amor. Ella nunca había sabido qué decir en esas circunstancias y por eso había preferido quedarse callada. Pero ahora era diferente. Muy diferente.

Quería seguir abrazada a él, acurrucada a su lado para sentir el latido de su corazón junto al suyo. Quería respirar su aroma para conservarlo en la memoria cuando ya no estuviese con él. Deseaba tenerlo dentro de ella hasta que se endureciese de nuevo. No quería que aquello terminase nunca.

Nunca.

Nic se apartó y se quitó el preservativo con gesto de preocupación.

–¿Ocurre algo, Nic? –preguntó ella incorporándose en la cama, algo alarmada.

–El preservativo debía de tener algún defecto. Está roto…

–¡Oh! –exclamó ella con los ojos como platos.

–Bueno, si no recuerdo mal, me dijiste que tomas la píldora, ¿no? –dijo Nic, pasándose la mano por el pelo con gesto preocupado–. No debería haber entonces ningún problema. Yo no tengo nada, me hago dos reconocimientos médicos al año, estoy sano. ¿Y tú?

Ella no dijo nada. Por su mente corría la imagen de un bebé, una hermosa niña de pelo negro. Se sintió desconcertada. Volvía a ser una ingenua. Tener un bebé con Nic no haría que él la amase más ni que su matrimonio fuese más sólido. Y además, ¿qué clase de madre podría ser ella?

–¿Jade?

Ella desvió la mirada para que él no adivinase la expresión de deseo en sus ojos.

–Sí, yo también –respondió ella–. He estado tomando la píldora desde que tenía dieciséis años.

–Muy bien –dijo él, ahora ya más tranquilo–. Creo que podríamos prescindir en adelante de los preservativos si vamos a mantener una relación exclusiva entre nosotros.

¿Exclusiva?, se dijo Jade. ¿Estaba dispuesto a acostarse sólo con ella durante los meses siguientes? Un rayo de esperanza pareció iluminar su corazón, pero se apagó en seguida.

–¿Puedo confiar en ti? –preguntó ella mirándolo a la cara.

–Cuando yo doy mi palabra, la cumplo. Mi palabra es sagrada. Deberías saberlo, Jade –dijo Nic y luego añadió, con un brillo especial en la mirada–: Ven conmigo, *cara*.

El aire parecía impregnado por la esencia del deseo.

–¿Tú… me deseas?

Nic le puso las manos en los hombros y se acercó un poco más a ella.

–Siempre te he deseado, Jade –dijo él, besándola con pasión.

Pasaron la semana siguiente casi sin salir de la villa, pero Nic se encargó de llevarla a un viaje más emocionante del que podría haberle llevado una agencia de turismo. Un viaje por el sexo y la sensualidad. Le abrió un nuevo mundo de placer que ella nunca había sospechado. Hicieron el amor en la ducha, a la luz de la luna, al borde de la piscina y en los jardines bajo el perfume de las rosas. Nic había estado muy apasionado y generoso, asegurándose de que ella gozara antes de satisfacer él su propio deseo. Le había hecho comprender lo distinto que podía ser el sexo en una relación de pareja. Jade daba por sentado, sin embargo, que todo aquel afecto que demostraba sólo era físico. Le gustaba el sexo, eso era todo. Nic era un hombre joven y sano, en una forma física extraordinaria y en la flor de la vida. Tenía energía para quemar, y ella se prestaba a colaborar en esa tarea, en sesiones maratonianas que le dejaban un temblor y un cosquilleo hasta varias horas después. No podía evitar pensar en todas las mujeres que le habrían dado placer antes que ella. Tampoco ella había sido una santa, después de todo. Se preguntaba, a menudo, si Nic pensaría también en los hombres con los que ella se había acostado y se sentiría celoso.

Una de las cosas que más le había emocionado, durante esa semana había sido el interés que Nic había demostrado por ver algunas de sus obras. Sabía que él no aceptaba un no por respuesta, y así se vio una mañana, después de haber hecho el amor, abriéndole la puerta de la habitación en la que había instalado su estudio de pintura. Estaba en la planta más alta de la villa y había puesto allí los pocos materiales que se había llevado con ella. Había montado una especie de caballete improvisado, apilando una buena torre de libros sobre el escritorio para sacar mejor partido de la luz. La acuarela en la que estaba trabajando en ese momento era una vista de los jardines de la villa. Había una fuente rodeada de setos artísticamente podados en primer plano y al fondo el azul brillante del lago entre el ocre de las montañas. No era su mejor trabajo y ella se sintió algo incómoda por tener que enseñárselo a medio terminar, pero él parecía extasiado mirándolo.

–¿Lo hiciste tú? –dijo él, apartando unos segundos la vista del cuadro para mirarla.

Jade asintió tímidamente con la cabeza.

–Ya sé que me falta técnica. No tengo ninguna titulación ni he asistido a ningún curso de una escuela de arte. Soy sólo una aficionada, como ya te he dicho.

–¿Puedo? –preguntó Nic señalando la carpeta donde estaban los lienzos sin enmarcar que ella se había llevado consigo de su apartamento de Londres.

Jade sintió cierta vergüenza y pidió al cielo que no se riera al verlos.

–Claro –dijo ella–. Pero no valen nada. Ni siquiera me he molestado en enmarcarlos.

Nic fue mirándolos todos, uno por uno, analizando en detalle las pinceladas y los matices de luz y color.

Jade se quedó expectante de pie junto a él, cambiando de vez en cuando el peso del cuerpo de una pierna a otra. Le recordaba la sensación que sentía de pequeña cuando su padre miraba muy serio la hoja con las notas del colegio.

–¡Jade, son increíbles! –exclamó Nic–. Tienes mucho talento. ¿Por qué no has estudiado Arte? Tienes un don especial para la pintura. Nunca he visto un dominio mayor de la perspectiva y del uso de la luz y el color.

Jade se quedó sorprendida por su reacción. Ella había tratado siempre de ser objetiva con su trabajo, pero siempre había sentido que podía haberlo hecho mejor, que no era lo suficientemente buena y que nunca llegaría a serlo. No tenía ninguna formación, no había estudiado historia del Arte ni trabajado con un artista que le sirviera de maestro y mentor. No había leído un solo libro sobre las técnicas o estilos pictóricos, sencillamente porque no podía. Había visto muchos cuadros en los museos y exposiciones, pero eso no contaba. Ella había tratado de llamar siempre la atención durante su infancia, debido a la frustración que sentía por no ser capaz de entender lo que los maestros trataban de enseñarle. La habían rechazado en varias escuelas, sin darse cuenta de que su conducta irregular era sólo un síntoma y no la causa. Conforme fueron pasando los años, llegó a sentirse realmente avergonzada de tener que confesar no ser capaz de leer más allá de unas pocas palabras. No le gustaba tener que depender económicamente de su padre, pero ¿cómo podía esperar encontrar un empleo con la escasa formación que tenía?

Nic dejó los cuadros a un lado y le puso las manos en los hombros.

–¿Por qué tratas de ocultar tu talento? ¿Por qué dejas que todo el mundo crea que no eres más que una mujer frívola y vividora cuando

tienes ese don para pintar?

–Eres muy amable y generoso. Te lo agradezco, pero no es verdad. Carezco de técnica, sólo hago lo que siento en cada momento. A veces funciona y otras, la mayoría, no.

–*Cara*, te subestimas –dijo Nic–. En todo caso, hay una cosa que no entiendo. Has tenido el dinero y las oportunidades para ir a la escuela de Arte que hubieras querido, y sin embargo lo has mantenido en secreto como si fuera algo vergonzoso. ¿Por qué?

Jade se apartó un par de pasos de él, cruzó los brazos y miró la fuente del jardín por la ventana.

–Lo prefiero así –replicó ella–. Cuando te has pasado toda la vida sujeta a las críticas de los demás, resulta reconfortante saber que tienes al menos una parcela de intimidad donde refugiarte y sentirte tú misma.

Nic la miró detenidamente con el ceño fruncido. Parecía haber vuelto a esa expresión fría y distante que había abandonado en los últimos días. Él había disfrutado viéndola sonreír. Y en cierta ocasión, en que ella se rió abiertamente de algo que él había dicho, había llegado a sentir una sensación como si se le derritiese un tarro de miel caliente dentro del pecho. Cada día, parecía descubrir algo nuevo sobre ella: el sabor de su piel, caliente y suave, después de haber estado tomando el sol, el tono sombrío de sus maravillosos ojos verdes cuando iba a besarla, la forma en que le acariciaba con la mano hasta hacerle perder el control…

También estaba descubriendo cosas nuevas sobre sí mismo. En el pasado, siempre había preferido a las rubias, pero ahora le gustaba sentir el cosquilleo de su melena negra y sedosa sobre su pecho desnudo cuando ella se acurrucaba a su lado después de hacer el amor. Le gustaba la forma en que ella se apretaba contra su cuerpo, como si él fuera su primer y único amante.

Últimamente, le habían aburrido mucho las mujeres con las que salía. Eran muy guapas y tenían muy buena figura, pero no se podía tener una conversación mínimamente interesante con ninguna.

Jade tenía aspectos de su carácter aún por descubrir. Era una mujer inteligente y sensible que, por alguna extraña razón, estaba tratando de ocultar esa faceta de sí misma como si fuera algo de lo que tuviera que avergonzarse.

Pero él estaba decidido a averiguarlo todo sobre ella. Después de todo, era su esposa.

Casi soltó una carcajada al pensar en su abuelo. El anciano lo había hecho todo por su bien, convencido de que como mejor estaría sería sujeto a las cadenas del matrimonio. Pero había pasado ya una

semana y se preguntaba cómo se sentiría al cabo de un año. No había pensado mucho en ello cuando llegó a aquel acuerdo con Jade. Sólo se había preocupado de asegurarse su parte de la herencia. Ésa había sido su prioridad, igual que la de ella.

¿Podría acostumbrarse tanto a ella que luego la echara de menos?

Estuvo a punto de reírse de nuevo. ¡Qué tontería! ¡Por supuesto que no! Él no era de ese tipo de hombres que se enamoran fácilmente. Siempre había vivido al límite. No entraba en sus planes una vida hogareña y apacible, con la esposa esperándolo al llegar del trabajo, con las zapatillas y la cena puesta. Él era un amante de la libertad. Le gustaba poder ir y venir a su antojo, sin tener que dar explicaciones a nadie. No podía imaginarse la vida de ninguna otra manera.

Sin embargo, mirándola ahora, sintió un deseo incontrolable. Era como una fuerza magnética que le atrajera poderosamente. Había hecho el amor con ella esa misma mañana y, sin embargo, sentía una fuerte excitación por el solo hecho de pensar en tenerla de nuevo.

Jade se apartó de la ventana y lo miró. Se pasó la punta de la lengua por los labios.

–Ven aquí –le ordenó él.

–¿Por qué no vienes tú aquí? –replicó ella, alzando la barbilla con aparente arrogancia. En esa ocasión se veía claramente que era sólo un gesto de coquetería y provocación.

–Te deseo aquí.

Ella se dirigió lentamente hacia él, moviendo las caderas con una sonrisa provocativa.

–Siempre consigues lo que quieres, ¿verdad, italiano? –dijo ella en un susurro, poniendo las palmas de las manos sobre su pecho.

Nic sonrió mientras ella iba deslizando las manos hacia abajo, por su estómago y su vientre, hasta rozar su erección.

–¡Ohh, para un momento, *cara*! –dijo él besándola en la boca.

Ella se apretó a su cuerpo, agarrándole del cuello con las manos y frotando la pelvis contra su miembro duro y erecto, mientras sus lenguas entablaban una especie de combate erótico.

Era evidente que había un entendimiento, una compenetración, una química entre los dos.

Pero, ¿la amaba?

No, aquello no era amor, era sólo sexo. Él deseaba su cuerpo y nada más.

Él le acarició los pechos con las manos y ella respondió con un gemido de placer. Luego le quitó la blusa y la besó en el cuello, mientras le sacaba el sujetador para poder acariciarle los pezones con los labios y la lengua. Ella, anhelante de placer, hundió los dedos en

su pelo y arqueó la espalda como una gata para incitarle aún más. Nic la deseaba tanto que sintió que la ropa era un obstáculo para poder gozar plenamente de ella. Jade, como adivinándolo, le quitó el cinturón y le desabrochó la cremallera del pantalón.

Nic trató de no perder el control cuando ella comenzó a acariciarle con la mano, lentamente, arriba y abajo, frotándole el miembro con los cinco dedos cerrados como una presa alrededor de él. Se puso tenso al verla luego arrodillarse frente a él y acercar sus labios cálidos y húmedos cada vez más.

–No tienes por qué hacerlo –dijo él casi jadeando.

–Quiero hacerlo –dijo ella mirándole con sus ojos verdes llenos de sensualidad.

Nic sintió un nudo en la garganta cuando ella rozó su miembro con la lengua y se puso luego a lamerlo como hace un gatito para probar su plato de leche. Todos sus músculos, además de ése, se pusieron tensos y todas sus terminaciones nerviosas se activaron como dispuestas a recibir alguna sensación especial. No podía hablar, ni siquiera podía pensar más allá de lo que estaba sintiendo en ese momento. Ella siguió jugando con su lengua. Luego abrió la boca y la acercó poco a poco, hasta introducirlo todo dentro. Parecía acompañar el ritmo de una música de compás binario, entrando y saliendo, uno, dos, entrando y saliendo, uno, dos. Una y otra vez. Él trató de moderar la velocidad tomándole la cabeza entre las manos, pero ella interpretó el gesto como un deseo de ir más allá y aumentó el ritmo y la presión de su boca, hasta que Nic comprendió que había llegado a un punto sin retorno. Iba en un tren del que ya no podía bajarse en marcha porque iba demasiado rápido. Explotó como la ráfaga de fuego de un cañón. Sintió todo su cuerpo estremecerse y dobló parcialmente las rodillas mientras ella apuraba hasta la última gota de su esencia masculina.

En el pasado, Nic nunca había experimentado nada parecido a lo que sentía ahora. Era algo primitivo y casi sagrado.

No quiso pensar en ello. Prefirió ayudarla a ponerse de pie. La abrazó y se puso a acariciarla con las manos por todo el cuerpo hasta llegar a su punto femenino, deliciosamente húmedo y caliente. La tumbó en el suelo, se arrodilló junto a ella y le fue quitando la ropa hasta dejarla completamente desnuda. La contempló de arriba abajo, recreándose en la perfección de su cuerpo y en las suaves, pero rotundas líneas de sus curvas. Sus pechos parecían, ahora que estaba tumbada boca arriba, más plenos. Tenía las piernas ligeramente separadas, como invitándole a entrar por aquella pequeña rendija secreta que estaba lubricada especialmente para él.

No se hizo mucho de esperar. Sintió una nueva erección que prometía ser aún más poderosa que la anterior.

–Nunca me sacio de ti –dijo él, besándola en el pecho–. Te sigo deseando incluso después de haberte tenido.

–Yo también te deseo –replicó ella, soltando un gemido al sentir un dedo dentro de ella.

–¡Qué húmeda estás! Quiero que estés así de húmeda siempre para mí.

Jade exteriorizó sin ningún pudor el placer que le proporcionaban sus caricias. Nic la veía gemir y jadear y siguió acariciándola lentamente como si quisiera prolongar su goce el mayor tiempo posible. Pero ella no ya podía aguantar más. Deseaba la liberación que sólo su cuerpo podía darle y se lo pidió con urgencia.

–Por favor, ahora, Nic. Ahora.

Nic se quitó el resto de la ropa y se puso encima de ella, abriéndola un poco más las piernas con sus muslos. La penetró de una forma más contundente e impetuosa de lo que lo había hecho en las otras ocasiones. Jade sintió una oleada de placer recorriéndole el cuerpo. Se abrazó a él con los brazos y las piernas para sentirle dentro de forma más íntima y completa. Creyó ver, entre gemidos y gritos de placer, cómo las puertas del paraíso se abrían ante ella, mientras los dos alcanzaban el orgasmo casi de forma simultánea.

Se quedaron así juntos sin moverse durante unos minutos, casi tan agradables como los anteriores.

–¿Sabes una cosa? –dijo Nic, apoyándose en un codo para mirarla a los ojos.

–¿Qué? –exclamó ella tímidamente

Nic le pasó un dedo por la mejilla.

–Si hacemos el amor en todas las habitaciones de esta casa y en las de mi villa de Roma, se pasará volando este primer año de nuestro matrimonio. ¿Quería él que su matrimonio se pasase volando?, se preguntó Jade.

–¿Cuántas habitaciones hay aquí? –dijo ella, tratando de ocultar su angustia.

–Unas cincuenta, creo –respondió él, pasándole ahora el dedo dulcemente por el labio superior.

–¿Y en la de Roma? –preguntó de nuevo ella, mientras él comenzaba a mordisquearle una oreja.

–Treinta, más o menos –contestó él–. Tengo pensada una que puede ser perfecta para tu estudio.

Ella lo miró con cara de sorpresa.

–¿Quieres decir que puedo tener otro estudio también en Roma?

–Puedes tener todo lo que quieras –dijo él con una radiante sonrisa.

No, no era verdad, pensó ella con tristeza. Lo que de verdad más quería estaba fuera de su alcance y siempre lo había estado. Nic la deseaba ahora. Pero era sólo por cuestión de conveniencia. Igual que su matrimonio. Pero no para siempre.

–Deberíamos salir a cenar esta noche –le dijo Nic besándola suavemente en los labios–. La prensa estará esperando que nos dejemos ver. ¿Qué te parece? ¿Te apetece salir?

Jade hubiera preferido quedarse, pero comprendía que Nic quisiera salir y ver a otras personas. Se había pasado casi encerrado una semana entera allí en la villa.

–Claro –dijo ella con una sonrisa forzada. ¿Por qué no?

Él la besó otra vez y se puso de pie. Luego le alargó la mano para ayudarla a levantarse.

–Puedes ir duchándote tú primero mientras yo termino de resolver un par de asuntos pendientes –dijo él–. Reservaré por teléfono una mesa en algún restaurante. Ponte algo sexy para que me vaya haciendo la idea de lo que puedo hacerte cuando volvamos.

Jade se duchó y se puso muy elegante y glamurosa, invirtiendo algo más tiempo de lo habitual en peinarse y maquillarse. Llevaba un vestido de diseño de color negro, de corte clásico que realzaba su figura.

Se había recogido el pelo en un moño muy elegante y se había puesto su perfume favorito. Iba a ponerse los pendientes cuando vio, por el espejo, entrar a Nic en el cuarto. Se dio la vuelta. Él la miró fijamente y le puso en la mano un estuche rectangular.

–¿Qué tal si te pones esto? –dijo él.

Ella abrió el estuche con mucho cuidado. En su interior había un colgante de diamantes y unos pendientes lágrima también de brillantes. Eran tan preciosos que casi se quedó sin aliento. Estaba acostumbrada a llevar joyas caras, pero nunca había visto nada igual. Era como si le hubieran arrancado al firmamento sus tres estrellas más rutilantes y las hubieran metido para ella en aquel estuche de terciopelo negro.

–No sé qué decir… ¿Son para mí o las has alquilado?

–¿Alquilado…? ¿Crees que soy tan mezquino? Las he comprado para ti, *cara mia*.

–¡Pero falta mucho aún para mi cumpleaños! –dijo ella, mirando entusiasmada los diamantes.

–¿Tiene que ser acaso un día especial para que te haga un regalo? –exclamó él, tomándole la barbilla con dos dedos para que l0 mirara a

los ojos.

Jade sintió de inmediato la atracción magnética de su mirada y se puso a temblar de emoción.

–¿Les compras estas joyas tan caras a todas tus amantes?

–Tú eres mi esposa, Jade, y es natural que te compre cosas –replicó él con cierta gravedad.

–No, no soy tu esposa de verdad. O, al menos, no por mucho tiempo.

–Entonces, con más razón para que te lleves de este matrimonio todo lo que puedas –respondió él–. Dinero, joyas y sexo del mejor. No es mal negocio, ¿no?

Jade hubiera querido contestarle, reprochándole su cinismo, pero, después de todo, tenía razón. Ella iba a sacar de aquel matrimonio de conveniencia eso y mucho más. Le dirigió una sonrisa de circunstancias y se levantó del tocador.

–¿Me ayudas a ponérmelos? –dijo ella, volviéndose de espaldas.

Nic le abrochó el colgante deslizando delicadamente las manos por el cuello. A ella se le puso la carne de gallina al contacto de sus dedos y sintió que el corazón empezaba a latirle más deprisa de lo normal, pensando en que, cuando regresasen de cenar, él volvería a quitárselo junto con todo lo que llevaba puesto.

–Hueles a diosa –le dijo Nic en voz baja al oído–. Si tuviéramos un poco más de tiempo, podríamos…

Ella inclinó la cabeza a un lado y cerró los ojos al sentir su aliento en el cuello y sus labios trazando un sendero de besos por sus hombros desnudos.

–¿Necesitas que te ayude también con los pendientes?

–No, gracias…, me valgo sola –respondió ella en un hilo de voz–. ¿No… tienes que… ducharte y cambiarte?

–Sí, *cara*. No tardaré nada. Espérame abajo, si no me entrará la tentación de meterte conmigo en la ducha.

Jade se puso los pendientes y salió de la habitación. No confiaba en sí misma. Saber que tener a Nic allí, a escasos metros de ella, desnudo y mojado, era superior a sus fuerzas.

Capítulo 9

NIC había reservado una mesa en la Terrazza Serbelloni del Grand Hotel Villa Serbelloni, uno de los hoteles más lujosos de las orillas del lago Como. Tenía unas vistas magníficas al lago y, como hacia una noche templada y serena, el agua estaba en reposo, parecía una balsa de aceite.

Les habían llevado a su mesa y, después de haber pedido la bebida, los camareros se habían echado a un lado discretamente para que eligieran el menú.

No parecía que la prensa estuviera por allí.

Jade miró la carta y se mordió el labio inferior. Como de costumbre, las palabras no significaban nada para ella.

–¿Qué piensas tomar tú? –preguntó ella después de un rato.

–Creo que aquí hacen muy bien el rodaballo, pero el solomillo de cordero también está muy bien –respondió Nic–. ¿Qué opinas tú?

–Creo que tomaré el pescado –dijo ella, cerrando la carta del menú.

–¿No quieres algo más? –replicó él inclinándose hacia ella–. Tienen muchas especialidades para elegir. Este restaurante ha recibido muchos premios por su cocina

–No, así está bien. Me gusta el pescado. Es bueno para el cerebro, según dicen.

Nic cerró también su carta y un camarero se acercó en seguida a la mesa para tomarles nota.

–¿No has pensado en remodelar la villa para hacer un hotel que le hiciera la competencia al Serbelloni? –preguntó Jade en cuanto el camarero se retiró.

–Sí, he pensado en ello, pero Giorgio me daría una buena si lo hiciera –dijo Nic–. La villa se quedará como está hasta que los tres hermanos lleguemos a un acuerdo sobre lo que se debe hacer con ella. Creo que Luca y Bronte tienen pensado venir de vez en cuando. Es un buen lugar para estar alejado de la prensa.

–No me puedo creer que haya estado vacía tanto tiempo –dijo ella, pensativa–. Es un lugar tan hermoso... Podría pasarme horas y horas mirando sus jardines. Su mantenimiento debe de resultar muy caro, aunque no esté ocupada habitualmente.

–Lo es. Ésa es la razón por la que he procurado hacer más uso de ella –dijo él con su copa de vino en la mano–. Me alegra que te guste. Durante nuestro año de matrimonio vendremos muy a menudo.

Jade tomó un sorbo de su agua mineral sin gas y luego dejó el vaso en la mesa, despacio y con mucho cuidado para que no se le

notase el ligero temblor de la mano.

–¿Crees que se molestará tu familia cuando nos divorciemos? –preguntó ella.

Nic frunció el ceño como si la pregunta le pareciera inoportuna.

–Ellos no tienen nada que ver en esto. Lo que ocurra después de este año será sólo decisión nuestra.

Jade ya sabía lo que él quería, el problema era que no era lo mismo que lo que ella quería.

–En la boda, tu madre parecía bastante entusiasmada con la idea de que consiguiéramos sacar adelante nuestro matrimonio. No me gustaría desilusionarla. Ella piensa que, con el tiempo, acabaremos enamorándonos, como le pasó a tu padre con ella.

–Mi madre es una romántica incorregible –dijo Nic aún con el ceño fruncido–. Piensa que ningún hombre está completo hasta que está casado y con una familia. Cuando llegue el momento, tendrá que aceptar la realidad como los demás.

«Incluida yo misma», pensó Jade con tristeza.

Nic pareció ver su expresión de desilusión.

–Tiene que ser así, Jade. A riesgo de repetirme, tienes que comprender que esto no puede durar toda la vida.

–¿Cuánto tiempo ha durado la relación más larga que has tenido? –preguntó ella.

–¿Qué tiene eso que ver con lo nuestro? –replicó él aún más irritado.

–¿Qué pasaría si aún me deseases cuando acabase el año?

–Podemos continuar nuestra aventura todo el tiempo que queramos, pero, desde luego, el matrimonio no entra dentro de mis cálculos. No es que yo tenga nada en contra del matrimonio. Mis hermanos están casados y los dos parecen muy felices, pero no está hecho para mí.

Jade continuó haciendo su papel de abogado del diablo.

–¿Y si te cansases de mí antes de terminar el año?

–No es posible que tal cosa suceda –respondió Nic, con una radiante sonrisa–. Tú tienes la virtud de excitarme, *cara*, como ninguna otra mujer lo había hecho antes.

Jade se sintió halagada.

–¿Has estado alguna vez enamorado?

–No, ¿y tú?

Ella bajó los ojos, prefiriendo mirar a su copa de agua en lugar de sostener su mirada penetrante.

–Pensé que lo había estado una vez, pero ahora me doy cuenta de que fue sólo un flechazo. El verdadero amor, ése que dura toda la

vida, sospecho que debe ser algo completamente distinto.

–¿Así que crees en el amor eterno? –preguntó él tomando un sorbo de su copa de vino.

–Sí, creo que es algo que puede suceder –respondió ella, mirándolo ahora a los ojos–. Supongo que es cuestión de tener la suerte de conocer a la persona adecuada en el momento adecuado. Sé que la convivencia entre dos personas no es nada fácil, pero si las dos ponen todo de su parte para llegar a comprenderse, creo que la relación podría resultar muy satisfactoria para ambos.

–Por lo que veo, en cuanto se seque la tinta de nuestro divorcio, vas a salir corriendo a cazar a ese hombre que quiera ser tu marido y el padre de tus hijos, ¿no?

–Te lo dije: no quiero tener niños –dijo ella con gesto adusto.

–Eso es lo que dices ahora que tienes veintiséis años, pero, ¿que dirás dentro de cinco o diez?

–Yo podría hacerte también la misma pregunta, ¿no? –replicó ella.

–Claro que sí, pero yo, como hombre, no tengo un reloj biológico en el cuerpo. No tengo que preocuparme por eso. Puedo ser padre a cualquier edad.

A Jade no le gustaba que le recordaran eso del reloj biológico. A veces creía escuchar su tictac por la noche cuando no podía dormir. Le preocupaba poder perderse una experiencia tan maravillosa como la de traer al mundo a tu propio hijo, pero ¿qué clase de madre podría ser ella? Sería tan incompetente como lo había sido hasta ahora en tantas otras cosas. No sería justo para el niño tener una madre así. Su hijo terminaría avergonzándose de ella, incluso antes de que fuera al colegio. Hay cosas que uno puede ocultar a los adultos, pero no a los niños. Ellos son mucho más perspicaces. Ella había tenido ya un par de contactos con los hijos de Julianne McCormack, y ellos se habían dado cuenta de que ella no estaba dispuesta a hacer ciertas cosas a las que ellos estaban acostumbrados, como por ejemplo leerles un cuento por la noche para que se durmieran.

–Te has quedado muy callada, Jade –afirmó Nic–. ¿Te preocupa algo? ¿Te he tocado alguna fibra sensible?

–No, en absoluto –respondió ella, alzando la barbilla–. Supongo que no todas las mujeres están hechas para ser madres.

Nic la miró fijamente mientras tamborileaba con los dedos en el borde de la copa. –¿Esa reticencia tuya a ser madre tiene algo que ver los problemas que tuvieron tus padres?

–No, ¿por qué iba a tenerlo? –replicó ella, a la defensiva–. Hay muchas personas que provienen de hogares rotos o con problemas de

convivencia y sin embargo deciden tener hijos.

–Perdiste a tu madre cuando eras muy joven –dijo él– ¿No crees que ésa podría ser la causa de que no quieras tener hijos, para que no les pueda ocurrir a ellos lo mismo que te pasó a ti?

–Creo que esta conversación no tiene ningún sentido. Ni tú ni yo queremos tener niños. No veo entonces por qué tienes que interrogarme de esta manera.

–No es mi intención molestarte, *cara*, simplemente estoy tratando de comprenderte. Eres para mí como un rompecabezas. Hay piezas que pareces ocultarme de forma intencionada.

–Por lo que veo, me conoces mucho mejor que nadie –dijo ella con cierto despecho–. Pero no veo la necesidad de convertirnos en amigos del alma, además de ser amigos en el sexo.

–¿Es así como nos ves, sólo como compañeros de relaciones sexuales?

–Es la verdad, ¿no? Eso, al menos, parece que lo hacemos muy bien.

–Sí, en eso tienes razón –dijo él con una sonrisa.

Jade se limpió las comisuras de los labios con la servilleta.

–¿Me disculpas? –dijo ella, empujando la silla hacia atrás–. Tengo que ir al baño.

–Por supuesto –dijo él, levantándose educadamente de la mesa.

Jade respiró aliviada cuando llegó al servicio de señoras. Estaba un poco alterada. Se tomó unos minutos para recobrar la calma. No entendía qué motivos podía tener Nic para acuciarla con aquellas preguntas tan personales. Él ya había dejado suficientemente claro que no estaba dispuesto a prolongar aquella relación de forma indefinida. ¿A qué venía entonces ese interrogatorio sobre cosas tan íntimas? No quería seguir respondiendo a sus preguntas, en cualquier momento podría traicionarse a sí misma, confesándole su amor. Ya había estado a punto de hacerlo más de una vez. Pero eso no haría sino empeorar las cosas. Lo único que conseguiría sería echarle en los brazos de otra mujer.

Jade salió del servicio de señoras. Se dirigía a la mesa donde Nic estaba esperándola cuando una mano la agarró del brazo. Se detuvo en seco y miró al hombre que la sujetaba. El corazón le dio un vuelco al reconocerlo y se quedó completamente pálida.

–Jade –dijo Tim Renshaw-Heath con una sórdida sonrisa–. ¡Cuánto tiempo sin verte! Lo menos… un año, ¿no? ¿Cómo estás? ¿Has venido con alguien?

–Sí –dijo ella, retirando el brazo–. Estoy aquí con mi marido.

–¡Vaya! Así que te has casado, ¿eh? –dijo Tim, arqueando las

cejas–. ¿Quién lo iba a decir?

Jade miró a su mesa de reojo, como en busca de ayuda, pero Nic estaba consultando los mensajes de texto en su móvil. Trató de marcharse, pero Tim le cortó el paso interponiéndose en su camino.

–¡No salgas pitando! –exclamó él, metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta y entregándole su tarjeta de visita–. Llámame si te cansas de tu marido o si se va de viaje por algún tiempo. Yo podría llenar su ausencia, ya sabes a lo que me refiero. Sigo en el mismo apartamento de Londres, ya lo conoces. Espero que esta vez no me dejes plantado, ¿eh?

Jade sintió ganas de vomitar al oír aquellas groserías. Le dirigió una mirada fría como el hielo, sin hacer el menor caso de la tarjeta.

–No tengo la menor intención de traicionar a mi marido.

–Creo que podría hacerte cambiar de opinión –dijo el hombre con una mirada soez, abriendo su billetera y poniéndosela a Jade delante de la cara–. Tal vez esto es lo que debería haberte ofrecido la primera vez, ¿eh? ¿Cuánto, Jade? ¿Cuánto cuesta poder disfrutar de ese cuerpo de pecado?

Jade no había oído llegar a Nic, pero vio a Tim dar un paso atrás y meterse la cartera a toda prisa en el bolsillo.

–Si vuelve a insultar otra vez a mi esposa, me encargaré personalmente de que no vuelva a pisar este lugar ni ningún otro hotel en toda Europa –dijo Nic con los dientes apretados–. ¿Lo entiende bien o necesito decírselo de otra manera?

Jade puso la mano en el brazo de Nic para tranquilizarle.

–Nic, no, por favor. No vale la pena.

El hombre pareció arrugarse ante la imponente presencia de Nic, que se había plantado delante de él de forma intimidatoria. Tim se retiró. O salió huyendo, sería quizá más propio decir.

–Nos vamos –dijo Nic, agarrándola de la mano con fuerza.

Jade no se atrevió a contestarle. Vio las miradas curiosas que les dirigían muchas personas. Se sintió muy avergonzada de su pasado y sintió deseos de poder olvidarlo y dejarlo todo atrás. ¿Cómo podía haber caído tan bajo como para flirtear con un hombre tan grosero como Tim Renshaw-Heath? No importaba que no se hubiera acostado nunca con él, ni con la mitad de los hombres que la prensa le había adjudicado. La forma en que Tim y los hombres de su calaña la trataban la hacía sentirse como si fuera mucho peor de lo que realmente era.

Nic no dijo una palabra en el trayecto hasta la villa. Jade lo miró un par de veces de reojo, pero vio su boca cerrada, sus ojos llenos de furia y los puños apretados con fuerza como si estuviera golpeando

mentalmente a aquel hombre.

Entraron en la casa y Nic cerró la puerta de un portazo que resonó por toda la villa.

–No deberías haberle dirigido la palabra –dijo él casi sin despegar los labios–. Deberías haberle ignorado como si no supieses quién demonios era y haber venido derecha a la mesa conmigo.

Jade se aclaró la garganta antes de responder.

–Lo siento, no le vi llegar hasta que me puso la mano en el brazo. No era mi intención montar aquella escena en mitad del restaurante.

–¡Maldita sea, Jade! ¿Es así como va a ser todo el año?

–¿No estás siendo un poco hipócrita, Nic? –dijo ella ahora algo indignada–. Después de todo, tú también has tenido muchas amantes y es muy probable que nos encontremos con más de una durante este tiempo, especialmente si insistes en llevarme contigo en tus viajes.

–No tiene nada que ver una cosa con otra –replicó él furioso–. Mis relaciones tenían alguna base, algún significado, aunque no fuesen duraderas.

–¿Qué es lo que quieres decir exactamente? –exclamó ella con arrogancia.

–Creo que lo sabes muy bien –dijo él mirándola de forma con sus ojos avellana.

–Te equivocas –replicó ella, desafiante, sosteniéndole la mirada–. ¿Por qué no pruebas a explicármelo?

–No me gusta la idea de verte hablando con hombres como ése –dijo Nic pasándose la mano por el pelo con gesto nervioso–. No me gusta que hombres como ése te traten como si fueras una cualquiera. Eso es algo que no eres ni has sido nunca.

Jade sintió que las lágrimas afluían a sus ojos. Nic le estaba demostrando su respeto y su deseo de protegerla. Era algo que nunca había esperado de ningún hombre, ni siquiera de él.

–¿Por qué estás llorando, *cara*? –le preguntó él, con el ceño fruncido.

–Porque… ¿Crees tú que yo soy una…? –respondió ella entre sollozos

Nic se acercó a ella y la rodeó con los brazos, apoyando la cabeza sobre la suya.

—¡Qué tonterías dices! –dijo él dulcemente–. Claro que no. ¿Cómo ibas a ser tú tal cosa?

Ella alzó la vista para mirarlo a los ojos, pero siguió abrazada a su cintura.

–No es lo que te crees, Nic. No me acostado nunca ni con Tim ni con la mayoría de los hombres con que han tratado de relacionarme

las revistas. Dejé que todo el mundo creyera que yo era una cualquiera, pero en el fondo odiaba esa etiqueta. Daría algo por poder quitármela de encima.

Él sacó el pañuelo del bolsillo y le enjugó tiernamente las lágrimas que corrían por sus mejillas.

–Hay también cosas en mi pasado que me gustaría olvidar. Supongo que todo el mundo las tiene. Lo que hay que hacer es ser fuerte y afrontar la vida con entereza. Si alguna vez te encuentras con alguien de ese pasado, pasa de largo sin hacerle caso, no le dirijas la palabra. No te rebajes a su nivel, eso es lo que ellos quieren. Ve con la cabeza bien alta, *tesoro mio*. Hazte respetar. Eres una mujer hermosa e inteligente y muy cariñosa y comprensiva.

Jade le pasó la mano por las mejillas recién afeitadas.

–El mundo sería maravilloso si hubiera más hombres como tú.

–No dirías eso si supieras lo que estoy pensando ahora –replicó él con un sonrisa.

–¿En qué estás pensando? –preguntó ella tímidamente

Él la apretó contra su cuerpo para que percibiese, entre los muslos, la firmeza de su erección.

–¿Te da esto una pista? –exclamó él, con una sonrisa sensual.

–Más o menos –dijo ella, frotando su cuerpo contra el suyo y viendo con satisfacción el efecto que producía.

Nic la besó en la boca con pasión. Jade sintió sus labios como llamas de fuego. Sus lenguas entablaron un duelo sexual lleno de ardor y fogosidad. Sintió todo su cuerpo estallando en llamas y deseó ardientemente poder llenar el vacío de su feminidad con la dureza de su virilidad.

Él la levantó en brazos como si fuera una pluma y la llevó, escaleras arriba, hasta el dormitorio principal. La dejó en la cama y luego se quitó la ropa sin despegar los ojos de ella un solo segundo.

Jade sintió la sangre corriendo por sus venas como un torrente de primavera al ver su cuerpo desnudo y su fabulosa erección. Se pasó la lengua por los labios, se puso de rodillas sobre la cama y se quitó la ropa, el sujetador y las bragas y lo echó todo a un lado de la cama. Iba a quitarse también el colgante del cuello cuando la detuvo la mano de Nic.

–No, quiero hacerte el amor sólo con ese diamante –dijo él besándole el valle que se abría entre sus pechos, donde brillaba resplandeciente la preciosa joya.

Se sintió por primera vez como una princesa, y no como la mujerzuela que había fingido ser en el pasado.

Nic cerró la boca sobre uno de sus pechos y se puso a acariciar el

pezón con la lengua hasta que ella echó la cabeza atrás, arqueando la espalda de placer. Fue alternando luego la lengua con los dientes, mordisqueándolo suavemente hasta ir despertando en ella el deseo de la posesión final.

Deslizó después la lengua y los labios por su vientre, jugando unos instantes con el ombligo para bajar en seguida hasta sus tiernos pliegues vaginales. Los lamió lentamente con la lengua, como la abeja saborea el néctar de una flor. Ella sintió como si una corriente eléctrica le recorriera todo el cuerpo. Con la respiración entrecortada y el corazón desbocado, sentía aquellos continuos y benditos lengüetazos que la acercaban cada vez más al borde de aquel clímax liberador que tanto anhelaba. Hundió los dedos en la espesura de su pelo con la intención de mantenerse a flote en aquel mar de sensaciones desenfrenadas que amenazaba con zarandearla hasta hacerla naufragar.

Jade no pudo evitar que un pequeño grito saliera de su garganta al sentir las convulsiones del orgasmo, dejando su mente en blanco como si hubiera sido víctima de una amnesia transitoria. Él se incorporó para gozar de la vista de su cuerpo y entonces ella observando su excitación le agarró el miembro con la mano y se puso a estimularlo hasta sentir el latido del músculo entre los dedos. Nic lanzó un gemido cuando ella comenzó a mover la mano con más fuerza y velocidad. Entonces se apartó y buscó a tientas aquella rendija húmeda y caliente, entrando finalmente en ella con tal empuje y fortaleza que ella creyó ver una lluvia de fuegos artificiales en su cerebro.

Nic empezó despacio, pero poco a poco fue imponiendo un ritmo más rápido. Ella le siguió, moviendo la pelvis al compás y sintiendo íntimamente con gran placer cada una de sus firmes y profundas acometidas cada vez más desenfrenadas conforme él se iba acercando al punto de no retorno. Le oyó gemir de forma incontrolada y sintió en seguida una explosión de calor y vida derramándose dentro de ella entre convulsiones de placer. Se quedó temblando debajo de su cuerpo mientras se iban apagando poco a poco sus últimos espasmos.

–¿Te peso demasiado? –preguntó él.

–No –dijo ella sonriendo sintiendo el peso de su cuerpo aplastándola materialmente contra el colchón de la cama.

Le encantaba sentirse así, sintiendo todo el peso de su cuerpo encima de ella y con su miembro viril encerrado en la bóveda secreta de su cuerpo.

Nic se apoyó en los codos y le dio un beso suave en la boca.

–Eres muy hermosa, ¿lo sabías?

A Jade no le gustaba frivolizar sobre esas cosas. Sabía que había heredado de su madre unos pómulos altos, una nariz recta, ligeramente respingona, un pelo fuerte y sedoso y unos ojos increíblemente verdes. Pero su aspecto físico era algo en lo que nunca había pensado demasiado. Había otras cosas más importantes para ella. Tal vez la belleza y la inteligencia no iban nunca de la mano, pensó ella. Habría cambiado gustosa la primera por la segunda.

–Jade –dijo Nic, tomándole la barbilla entre los dedos índice y pulgar–. ¿Por qué me miras así tan seria?

Jade trató de sonreír, pero no lo consiguió.

–Estaba pensando que voy a echarte mucho de menos cuando todo esto haya terminado.

Nic respiró profundamente, se separó de ella y se quedó boca arriba mirando al techo.

–Lo sé –dijo finalmente con voz apagada.

Jade esperó unos segundos y se acurrucó a su lado.

–¿Y tú? ¿Me vas a echar de menos cuando nos separemos? –dijo ella mirándolo fijamente–. Yo me iré a vivir probablemente a Londres o tal vez a Australia. Siempre he querido ir allí. ¿Has estado alguna vez?

Nic se bajó de la cama, se puso los pantalones y la miró a los ojos.

–Sí, es un lugar muy bonito. Ojalá hubiera tenido más tiempo para verlo cuando estuve allí. Es un buen sitio para vivir. Allí la prensa no te molestaría y tendrías la oportunidad de rehacer tu vida.

La cara de Nic era inexpresiva, como una máscara, y su voz era neutra y carente de emociones. Parecía como si no quisiera seguir con aquella conversación por más tiempo.

–¿Nic?

–¿Qué?

Jade se mordió el labio, molesta por su forma tan cortante de responderle.

–Nada –replicó ella.

–Mira, Jade –dijo él acariciándole el pelo con la mano–. Ya sabes lo que pienso. He sido muy sincero contigo sobre mis intenciones y no pienso cambiar las reglas. ¿De acuerdo?

–No pretendo cambiar las reglas –replicó ella, bajando la mirada–. Sólo te estaba diciendo que te voy a echar mucho de menos cuando nos separemos.

–¡Por el amor de Dios! ¿Qué quieres que te diga? –exclamó él con cierta acritud–. ¿Que yo también te voy a echarte mucho de menos?

–¿De veras? ¿Me echarás de menos? –dijo ella mirándolo de nuevo a los ojos.

–No he pensado aún en ello –dijo él.

Y sin más palabras, salió de la habitación, dando por concluida la conversación.

Capítulo 10

A LA mañana siguiente, durante el desayuno, Nic le dijo a Jade que debían volver a Roma. Ella interpretó esa decisión como el final de su luna de miel. Comenzaba a sospechar que Nic estaba tratando de levantar un muro entre ellos. Una sospecha que se confirmó en cuanto llegaron a Roma, a la villa que tenía Nic cerca de Villa Borghese.

Aunque él se acostó esa noche con ella e hicieron el amor con la misma pasión de siempre, estuvo muy callado y no quiso hablar de nada que tuviera que ver con ellos dos como pareja.

Se pasaba la mayor parte del día trabajando. Cuando no estaba en su despacho, estaba en su estudio hablando por teléfono y llevando sus negocios.

Nic había contratado a una nueva ama de llaves, sin consultar con ella. Era una mujer muy amable y servicial, que incluso alababa efusivamente los bocetos que Jade traía cada tarde después de haber estado recorriendo todo el día la ciudad en busca de un buen paisaje.

Jade perdía la noción del tiempo vagando por las calles empedradas y los callejones, así como por los sitios más turísticos y famosos. Se pasaba las horas muertas en El Vaticano, admirando el techo de la Capilla Sixtina hasta que la avisaban de que tenían que cerrar. Hizo bocetos de El Vaticano, de la basílica de San Pablo y de un parterre de Villa Borghese, así como de algunos rincones típicos de la ciudad, tratando de captar la esencia de la Ciudad Eterna.

El viernes pasó la mañana en el Coliseo y luego por la tarde volvió de nuevo al Vaticano. Al salir, decidió darse un capricho, y se fue de compras por la ciudad. Se detuvo frente a una tienda de ropa de bebés, mirando emocionada aquellas prendas diminutas en el escaparate. Su deseo de ser madre iba en aumento conforme pasaban los días. Sabía que era algo que no entraba en los planes de Nic, aunque no lograba entender por qué era tan reacio a tener niños cuando se mostraba, en cambio, tan cariñoso con sus sobrinos. Habían ido a visitar a Luca y a Bronte en un par de ocasiones y había podido ver cómo Nic jugaba con la pequeña Eve entusiasmado. Había visto cómo la subía por los aires y le daba vueltas. Había contemplado aquella escena familiar llena de ternura, pero con la triste sensación de estar al margen, de ser una mera espectadora.

Entró en la tienda y tomó un pijamita rosa con lunares blancos de una estantería. Acarició su suave textura, imaginando esperanzada poder ser ella también algún día como Maya y Bronte. Ellas estaban muy enamoradas de sus maridos, y ellos, Giorgio y Luca, les correspondían.

No supo lo que le hizo levantar la vista de pronto. Quizá fue su sexto sentido. Vio a un paparazi apuntándola directamente con su cámara a través del escaparate. Dejó en seguida el pijamita en la estantería y salió de la tienda, mirando hacia otro lado y sin hacer caso de la avalancha de preguntas que le hacía.

–*Signora*, ¿está esperando al nuevo heredero de los Sabbatini? ¿Está contento su marido con la idea de tener pronto un hijo?

Se abrió paso entre un par de parejas y un grupo de turistas que se habían parado allí, atraídos por la curiosidad, y se metió por una bocacalle lateral, tratando de esquivar al reportero, pero sin conseguirlo.

–¿Podemos hablar de un bebé fruto de la luna de miel?

Jade se las arregló finalmente para darle esquinazo mezclándose en el grupo de una visita guiada. Cuando se cercioró de que había despistado al paparazi, se dirigió a la villa de Nic. Estaba a mitad de camino cuando oyó el móvil que llevaba dentro del bolso. Lo sacó apresuradamente.

–¿Sí?

–Jade, ¿dónde estás? –dijo la voz de Nic–. Acabo de llegar a casa. Son más de las seis. ¿Por qué no me dejaste una nota para decirme donde ibas?

–He estado tomando unos bocetos y luego me he ido de compras –respondió ella.

–Podrías haberme mandado al menos un mensaje.

–No quería molestarte. Pareces muy ocupado últimamente.

–¿Te has sentido abandonada, *cara*?

–No –mintió ella secamente–. Sé que tienes muchas cosas que hacer. Y yo también.

–No he estado ocupado sólo en mis negocios. Te he conseguido una entrevista con el dueño de una famosa galería de arte. Va a venir a las siete para ver tus trabajos.

Jade sintió un sudor frío por todo el cuerpo.

–¿Por qué lo has hecho? Ya te dije que no tienen ningún valor. No quiero que los vea nadie, y menos aún el dueño de una galería. Puedo imaginarme lo que va a decir. Va a resultar humillante.

–Se limitará a darte una opinión imparcial –dijo Nic–. No tienes por qué tomártelo como algo personal. Una opinión constructiva es siempre útil.

–No me gusta que se inmiscuyan en mi vida privada –respondió ella muy agitada, cruzando de prisa una calle.

–Jade, te estás comportando de una manera un poco infantil. Y no me digas que no tengo derecho a inmiscuirme en tu vida privada.

No olvides que soy tu marido.

–Sólo hasta dentro de once meses –replicó ella con cierta aspereza.

Hubo un silencio que duró sólo unos segundos, pero que se hicieron angustiosos.

–Te veré cuando llegues –dijo él secamente–. El dueño de la galería estará aquí en menos de una hora. No te retrases.

–No me digas lo que tengo que hacer –dijo Jade muy indignada, cuando él ya había colgado.

Jade estuvo dejando pasar el tiempo. Entró en un café y se sentó tranquilamente. Luego salió y volvió andando despacio. Cuando llegó a la villa, Nic estaba que echaba chispas.

–¿Te das cuenta de la oportunidad que acabas de desperdiciar? Clyde Prentham estuvo esperándote más de una hora. Es un hombre muy ocupado e hizo un gran esfuerzo por venir a verte. Acaba de marcharse hace sólo unos minutos.

Jade movió la cabeza con indiferencia y pasó junto a él sin decir nada, pero Nic la agarró del brazo y la miró de frente.

–Déjame –dijo ella.

–Jade –dijo Nic, ahora más sereno, tratando de recobrar la calma–. Parece como si quisieras deliberadamente echar por tierra cualquier oportunidad que se presente en tu carrera.

Ella trató de soltarse, pero la mano de Nic parecía una tenaza de acero alrededor de su brazo.

–¿No lo entiendes? –exclamó ella a punto de echarse a llorar–. No quiero que nadie se ría de mi trabajo.

Nic aflojó la mano lentamente y se puso a acariciarle el brazo.

–No entiendo cómo puede preocuparte tanto lo que la gente piense de tus cuadros cuando no le das ninguna importancia a lo que piense de ti como persona. Parece que tienes los conceptos cambiados, *cara*. Dejas que la prensa diga cosas horribles de ti sin defenderte y, sin embargo, tratas de ocultar el talento que tienes como si te avergonzaras de él.

–Seguro que tu amigo de la galería no vería por ninguna parte ese talento del que tanto hablas –dijo ella secándose las lágrimas con la mano que tenía libre–. Apuesto a que pensaría que había sido una pérdida de tiempo venir hasta aquí a ver la pintura de una principiante.

–En realidad, se quedó muy impresionado –dijo Nic, acariciándole la muñeca con el pulgar.

–¿Me estás diciendo que…? –comenzó diciendo ella con cara de sorpresa.

–¿Por qué tienes tan poca confianza en ti? Sí, se quedó realmente impresionado. Dijo que tienes una rara habilidad para plasmar la luz y los colores. No podía creer que carecieras de formación académica. Tienes un talento natural, Jade. Clyde quiere exponer tus obras en una exposición general para ver la acogida que recibe del mercado. Si resulta como él supone, piensa que podría montar muy pronto una exposición monográfica con toda tu obra.

Jade se quedó pensando en lo que eso podría significar. Podría ser su perdición definitiva. Quedaría en ridículo delante de todo el mundo. ¿Qué dirían de ella? Una artista que no era capaz de leer un contrato ni de escribir un extracto de su propia biografía para el programa de promoción. Sería el hazmerreír de la prensa. Una artista analfabeta que podía pintar, pero que no sabía escribir siquiera su propia dirección.

–¿Por qué te muerdes tanto el labio de esa manera? –le preguntó Nic, pasándole el dedo.

–No puedo hacerlo, Nic. Por favor, no me obligues a hacerlo.

–*Cara*, nadie te está obligando a hacer nada que tú no quieras. Tú eres la que decides. Sólo pensé que te interesaría tener un trabajo con el que podrías conseguir tu independencia en el futuro.

–Te refieres a cuando acabe nuestro matrimonio y me haya gastado todo el dinero de la herencia, ¿verdad? ¿Es eso lo que piensas?

–Lo que pienso es simplemente que no creo que puedas disfrutar de ese dinero si no tienes un objetivo, una meta en la vida. El arte está concebido para ser contemplado y apreciado por la gente. No consigo entender por qué no aprovechas esta oportunidad para demostrar que no eres esa mujer frívola que todo el mundo cree.

Jade se apartó unos pasos y se dio la vuelta. No estaba segura de poder poner en orden sus sentimientos mientras él estuviese mirándola.

–Déjame pensarlo –dijo ella, aún a sabiendas de cuál iba a ser su decisión.

–No vas a dar tu brazo a torcer, ¿verdad? –dijo él, después de un breve silencio.

Ella dejó escapar un suave suspiro y se dio la vuelta muy despacio para mirarlo.

–Mi arte es la única cosa que puedo considerar únicamente mía de verdad –dijo ella–. Al igual que tu familia, he vivido siempre expuesta a los ojos de la gente. La pintura es algo que me pertenece a mí sola y no me veo obligada a compartir con nadie. Es una válvula de escape. Lo hago porque me gusta, no porque tenga una fecha de

entrega o un contrato que cumplir o una exposición inminente.

–No dejas nunca de sorprenderme, *cara* –dijo Nic con una sonrisa.

–Aprecio lo que estás haciendo por mí, de verdad. Pero creo que no estoy preparada para dar ese paso.

Nic asintió lentamente con la cabeza como si se resignase finalmente a aceptar su decisión.

–Está bien. Bueno, háblame entonces de tus andanzas por ahí. ¿Compraste algo?

Jade sintió un calor intenso en las mejillas como si se hubiera asomado a la boca de un horno.

–Mmm… no… no puede comprar nada.

–¿Te estuvo acechando algún paparazi?

–No pude evitarlo –dijo ella mirando por la ventana a los jardines–. Ya sabes como son.

–Sí –replicó el, acercándose a ella por detrás y poniéndole las manos en los hombros.

Jade sintió un estremecimiento al notar su aliento en la nuca. Dio un paso atrás hacia él, buscando instintivamente su erección. Él la besó en el cuello, mientras le acariciaba el pelo con las manos.

–Sabes a gloria –le susurró él al oído–. No consigo apartar de ti mis manos y mi boca.

–Tal vez no pienses igual después de once meses –dijo Jade.

Nic la agarró por los hombros obligándola a darse la vuelta y a mirarle a los ojos.

–¿Por qué tienes que estar siempre con eso? Conoces de sobra nuestro acuerdo. Nos embarcamos en este matrimonio para conseguir lo que los dos queríamos. Ése fue el trato. Tú leíste el contrato y lo firmaste. Allí está tu firma a pie de página.

Jade se apartó de él y cruzó los brazos, sujetándose los codos con las manos.

–No piensas más que en el dinero –dijo ella–. Te pasas el día dedicado a tus negocios, pero ¿para qué? ¿A quién se lo vas a dejar todo cuando te vayas de este mundo?

Él la miró durante unos segundos. Había una gran tensión en su mirada.

–Con un poco de suerte, pienso vivir más de noventa años.

–No puedes saber lo que la vida puede depararte –replicó ella–. Nadie puede saberlo.

–Tienes razón, Jade. Pero tienes que ser comprensiva y aceptar lo que acordamos. Cuando esto termine, quiero volver a mi estilo de vida de antes.

–¿Qué pasaría si eso no fuera posible? ¿Si ocurriera algo que

cambiase nuestra situación?

–¿Qué quieres decir? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Creo que lo mismo que quería hacerte ver tu abuelo con su testamento. Uno no puede llevar siempre la vida que quiere, Nic. A veces ocurren cosas que lo cambian todo y uno no puede hacer nada por evitarlo.

–¿De qué clase de cosas estamos hablando? –preguntó él inclinando a un lado la cabeza con gesto receloso.

–De nada en concreto –respondió ella mordiéndose los labios y desviando la mirada.

–¿Jade? –dijo él alzándole la barbilla para que le mirara a la cara–. ¿Me puedes decir qué está pasando?

Sus ojos verdes se iluminaron unos segundos, pero luego bajó la mirada.

–Déjame, estoy cansada.

–Sí, me doy cuenta –dijo él pasándole dulcemente un dedo por la mejilla–. Estás pálida y tienes ojeras. ¿Por qué no te vas a la cama? Yo dormiré esta noche en uno de los cuartos de invitados.

–No tienes por qué hacer eso… –dijo ella con un gesto nervioso en la mirada.

–Claro que sí, *cara mia* –dijo él suavemente, dándole un beso en la frente–. Si no, no te dejaría dormir en toda la noche, ya sabes que cuando estoy a tu lado no me puedo controlar.

–Está bien, buenas noches, entonces –dijo ella con una sonrisa apenas perceptible.

Nic le tomó la mano al pasar y sintió el calor de sus dedos que se entrelazaron por un instante con los suyos. Luego, ella se soltó y se alejó lentamente hacia la habitación.

Nic se quedó mirando fijamente el lugar donde ella había estado. Frunció el ceño al pensar en su despedida dentro de once meses. Sintió como si tuviera un alambre de espino dentro del estómago al imaginarse la escena del adiós: la entrega final del dinero, las palabras amables de rigor…

Parecía estar escuchándolas: «Lo he pasado muy bien contigo, me llevo un recuerdo muy grato de este tiempo que hemos pasado juntos. Nunca podré olvidarlo».

Tonterías.

¿Por qué su abuelo se había empeñado en juntarlos por un tiempo cuando sabía que eso sólo iba a traer dolor y sufrimientos cuando todo terminase?

Pero… ¿Por qué tenía que terminar?

Nic sacudió la cabeza como si quisiera desembarazarse de un

pensamiento absurdo que se le hubiera pasado por la mente. Por supuesto que aquello tenía que terminar. Jade tenía derecho a vivir su propia vida y encontrar a alguien que le diera todo lo que ella deseaba. Ella creía en el amor eterno y se lo merecía. Nadie se lo merecía más. Le había dicho que no quería tener hijos, pero estaba seguro de que no había sido sincera. Había visto cómo se le había iluminado el rostro mientras jugaba con sus sobrinos.

Pensó en lo vulnerable que era. Fingía hacerse la dura, pero se la veía asustada como una niña. ¿Quién iba protegerla cuando él no estuviera a su lado? Si se divorciaban como habían planeado, quedaría aún más indefensa. Sería un blanco fácil para los vividores y desaprensivos que fueran en busca de su dinero. Tenía una ingenuidad innata que, a pesar de su oscuro pasado, había conservado intacta.

No iba a resultarle fácil dejarla marchar. No había sospechado que llegara a sentir por ella algo que, aunque no sabía bien lo que era, le producía un nudo en la garganta con sólo pensar en tener que separarse de ella.

Quizá no fuera necesario…

Frunció el ceño de nuevo, tratando de olvidar esos locos pensamientos. Desaparecerían en seguida, se dijo para tranquilizarse. Siempre le había ocurrido así. Nunca se había enamorado. El amor era un sentimiento en el que no confiaba. Amaba a su familia y daría su vida por cualquiera de ellos, pero el amor romántico era otra cosa, algo que se iba con igual facilidad con que venía. Era inconstante, efímero. No estaba dispuesto a dejarse llevar por esas falsas fantasías y espejismos de felicidad, aunque tenía que admitir que en algunos casos, como en el de sus hermanos, esa fantasía podía hacerse realidad.

Sonrió de forma cínica, pero sintió algo en lo más profundo del pecho.

Tal vez aún no estaba todo perdido para él.

Capítulo 11

CUANDO Jade se despertó a la mañana siguiente, encontró a Nic de pie junto a la cama con un periódico en la mano.

–¿Qué significa esto? –le preguntó, poniéndole el periódico delante.

Jade frunció el ceño mientras se apartaba un mechón de la cara. Observó durante unos segundos el periódico y luego dirigió la mirada a Nic, que esperaba su respuesta con impaciencia.

–Ya sabes que no entiendo bien el italiano –dijo ella–. ¿Por qué no me lo lees tú?

–Aquí tienes otro en inglés –replicó él, acercándole otro periódico–. Sólo dice más de lo mismo.

Jade pudo ver una fotografía suya en la tienda de ropa para bebés donde había estado el día anterior. No podía leer los titulares, pero la foto lo decía todo: sostenía en la mano un pijamita de niño de color rosa con lunares blancos y lo contemplaba con una mirada soñadora.

–¿Y bien?

–No es lo que piensas.

–Entonces, ¿por qué no me dices lo que es? –dijo él con un tono de voz duro como el acero.

–Nic, no puedo aguantar ya por más tiempo. Tengo que ser sincera contigo.

–¿Es éste otro de tus trucos para llamar la atención? –exclamó él señalando la foto con el dedo–. ¿Decirle a la prensa que estás embarazada antes de contármelo a mí?

–¿Es eso lo que dice? –preguntó ella con cara de sorpresa.

–¿Quieres decirme acaso que no lo estás? –dijo él con una sonrisa de desprecio.

–No, no estoy embarazada, claro que no. ¿Cómo se te puede ocurrir una cosa así? Ya te dije que estaba tomando la píldora. Nunca te haría algo así.

Nic dejó caer el periódico y se pasó la mano por la cara aún sin afeitar.

–Lo siento, Jade. A veces me pasa como a la mayoría de la gente y tiendo a sacar conclusiones precipitadas.

–No pasa nada.

–No –dijo él–. Creo que te conozco bien y no debería haberte juzgado tan a la ligera.

–Tú no me conoces realmente, Nic –dijo ella muy serena–. No me conoces en absoluto.

–¿Cómo puedes decir eso? Claro que te conozco.

–¿Sabes acaso lo que más deseo en este mundo?

Su expresión se tambaleó por un momento.

–Ser amada –contestó él tras pensárselo unos segundos–. Quieres a un hombre que te ame y te acepte tal como eres.

–¿Y tú me amas y me aceptas tal como soy?

Nic sintió un nudo en la garganta como si no le salieran las palabras o no supiera qué decir.

–Me preocupo por ti, Jade –respondió él con cierta aspereza– Reconozco que al principio quizá no me porté bien contigo. Me sentía molesto por verme obligado a casarme en contra de mi voluntad. Pero con el tiempo me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. Eres una mujer muy especial. Eres tan inteligente, tan hermosa, tan sensual…

«Se preocupa por mí», se dijo Jade con una sonrisa de amargura. ¡Qué palabra tan patética! ¡Preocuparse! ¡Por el amor de Dios! Las personas se preocupan por su perro, por sus peces de colores o por sus plantas. Pero eso no significa que estén dispuestos a darlo todo por ellos. No significa que sientan un vacío en lo más profundo del alma cuando están lejos de ellos. Que no puedan imaginarse la vida sin ellos. Ella sí sentía todo eso, y mucho más, por Nic. Ella quería ser amada, no sólo que se preocupasen por ella.

–¿*Cara?* –dijo Nic pasándole el pulgar por la mejilla–. Estamos bien juntos. Tú lo sabes. Nos entendemos bien, ¿no es verdad?

–¿Cómo sabes lo que siento por ti? Quizá podría odiarte.

–Pues, si es así, tienes una forma deliciosa de demostrarlo –dijo él pasándole el dedo por el labio inferior.

Ella apartó suavemente la cara para no tener que resistirse a aquella caricia tan tentadora.

–Nic, necesito tiempo para pensar…

–¿Pensar? ¿En qué?

Ella se mordió el labio por donde él había pasado el dedo.

–En la noticia… en la falsa noticia del embarazo. Creo que he cambiado de opinión sobre lo de tener o no tener un hijo…

–¿Me estás diciendo que ahora quieres tener un hijo? –preguntó él.

Jade contuvo la respiración por un instante antes de contestar.

–Ya sé que eso es algo que no entra dentro de tus planes. Por eso no quiero seguir hablando de esto contigo. Me gustaría poder reflexionar tranquilamente sobre cómo quedará nuestra situación dentro de once meses. Necesito tiempo, Nic. Por favor, déjame volver a Londres por unos días. No puedo pensar cuando estoy contigo.

–*Cara*, yo tampoco puedo pensar cuando estás a mi lado, pero,

¿realmente tienes que ir a Londres? Debe de hacer ahora un tiempo muy húmedo y frío por allí.

–Sólo unos días, ¿de acuerdo? Hasta mi cumpleaños. Quiero ver a Julianne McCormack. Quiero que sepa que nunca traicioné su amistad. Necesito hablar con ella cara a cara. Es algo que debería haber hecho hace tiempo. Ahora que sabe que estamos casados, quizá quiera escucharme.

–Te reservaré una habitación en nuestro hotel de Londres –dijo Nic pasándose la mano por el pelo–. Pero iré a verte en un par de días, ¿entendido? No puedo estar más tiempo sin verte.

–¿Por qué? ¿No te fías de mí?

Nic la miró fijamente y le pasó el dorso de la mano por la mejilla.

–Porque voy a echarte mucho de menos.

Londres estaba tan frío y húmedo como Nic había predicho, pero Jade tenía otras cosas en que preocuparse. Fue a ver a Julianne a su casa. Supuso que no querría recibirla, pero se equivocó. Fue un encuentro muy emotivo. Julianne había descubierto hacia sólo unos días que su marido estaba teniendo una aventura con una compañera del trabajo. Un mensaje de texto comprometedor en el teléfono móvil de Richard había sido el desencadenante. Tras una conversación con su marido, había resultado que él había utilizado a Jade como chivo expiatorio para escudarse de sus correrías amorosas.

Jade le explicó por qué no se había defendido de aquellas calumnias, confesando por primera vez a alguien el problema de su dislexia. Julianne se mostró muy amable y comprensiva, lo que le hizo preguntarse a Jade si no debería tener el mismo valor para contárselo también a Nic. Sabía que su relación no tendría ninguna posibilidad de salir adelante si no era sincera con él.

Nic la llamaba por teléfono varias veces al día y le enviaba una docena de rosas rojas, junto con algún regalo distinto cada día. El primer día fue un collar de perlas con unos pendientes a juego, el siguiente, un vestido de uno de sus diseñadores favoritos, y el tercero, un brazalete con incrustaciones de brillantes. Había una tarjeta con el brazalete, pero Jade sólo pudo distinguir su nombre. Pasó los dedos por la tarjeta una y otra vez, preguntándose si él la echaría de menos tanto como había dicho. Ella sí le echaba en falta. Sentía la cama vacía todas las noches, sin tener el calor y la seguridad de su cuerpo junto a ella.

Nic llamó ese día, poco después de que Jade hubiera recibido el brazalete y ella le dio las gracias.

–Es muy hermoso, Nic. Pero no tenías que haberte gastado tanto

dinero en mí.

–¿Recibiste mi tarjeta? –le preguntó él.

Ella hizo un gesto con los labios y miró a donde estaba la tarjeta, apoyada en el florero con el último ramo de rosas.

–Sí…

–¿La has leído? –preguntó tras una breve pausa.

Jade hubiera querido decírselo todo en ese momento, pero no le pareció bien hacerlo por teléfono. Quería tenerle enfrente y verle la cara, para estar segura de que no se burlaba de ella.

–Estaba demasiado ensimismada con los diamantes –replicó ella a modo de disculpa.

–Iré a verte al hotel a eso de las seis. Tengo una reunión después de comer, pero no creo que se prolongue mucho.

–Muy bien –dijo ella–. Hasta luego.

Unos minutos antes de las seis, se presentó el padre de Jade en el hotel para felicitarla por su cumpleaños, por adelantado. No podía haber llegado en peor momento, pero no podía esperar otra cosa de su padre. Keith Sommerville llevaba ya dos copas e iba por la tercera cuando llegó Nic a la suite. Jade se levantó del sofá y salió a saludarle.

–Hola –dijo ella, hecha un manojo de nervios–. Mi padre ha venido a verme al enterarse de que estaba en Londres. Espero que no te importe.

Nic le rozó la boca con los labios, una, dos veces, y a la tercera la besó apasionadamente. Fue un beso prolongado que hizo despertar su deseo aletargado durante aquellos días.

–Claro que no, *cara* –dijo Nic, con una sonrisa cordial–. ¿Cómo está, señor Sommerville?

–Venga Nic, déjate de tanto señor, eres mi yerno. A partir de ahora, será mejor que me llames Keith –dijo el hombre muy jovial, levantando su vaso de whisky–. ¡Salud! ¡Por vosotros!

Nic le pasó a Jade el brazo por la cintura y la llevó de nuevo al sofá. Él se sentó en una silla, a su lado. La notó algo nerviosa. Confió en que fuera por la presencia de su padre y no por la suya. Él había pasado unos días horribles sin ella. No había podido casi conciliar el sueño por la noche pensando en que ella quisiera poner fin a su matrimonio y marcharse a Australia a empezar una nueva vida. No podía soportar la idea de estar sin ella. Había sido un estúpido todo ese tiempo por no haberse dado cuenta. Pero él era así, estaba acostumbrado a no reconocer sus emociones y sus sentimientos, era algo que hacía de ya forma casi mecánica. Había vivido cerrado a los demás hasta que Jade había entrado en su vida y le había abierto el candado de su corazón.

–Bueno, Nic –dijo Keith, sirviéndose otra copa de whisky–. ¿Cuándo me vas a dar un nieto de verdad, no de esos que se inventa la prensa? Estoy deseando que me hagáis abuelo. Y será mejor que te pongas a ello cuanto antes, Jade ya no es ninguna niña.

–Todo a su tiempo, Keith –replicó Nic–. Todavía estamos en nuestra luna de miel.

–Espero que el primero sea niño –dijo Keith. A los hombres nos gusta tener un hijo para que no se pierda el apellido y se haga además cargo del negocio.

Nic le tomó la mano a Jade y se la apretó suavemente.

–Me sentiré feliz de tener un hijo, sea niño o niña –respondió Nic–. Y, en cuanto a lo de hacerse cargo del negocio, ésa será una decisión que le corresponderá a él o a ella.

El padre de Jade carraspeó, apuró su vaso de whisky y se puso de pie.

–Bueno, chicos, gracias por la bebida, pero siento tener que dejaros.

–Ha sido muy amable viniendo a ver a su hija –dijo Nic sin soltar la mano de Jade, que seguía un poco tensa.

–Bueno, es lo menos que podía hacer teniendo en cuenta que no podré venir a felicitarla el día de su cumpleaños. Tengo un partido de golf con mi empresa. Pero sé que a Jade no le importa, ¿verdad, Jade? Mientras tenga su regalo… Eso es lo que importa, ¿no?

–Gracias por el bono-libro, papá –dijo ella–. Me será muy útil.

Nic esperó a que el señor Sommerville saliera por la puerta para darle a Jade un abrazo.

–¿Estás bien, *cara*?

Ella le miró como diciendo: «Ya estoy más que acostumbrada a estas salidas de mi padre».

–Por lo menos, esta vez, no me ha puesto en vergüenza emborrachándose, aunque creo que iba ya bien servido.

Nic frunció el ceño y se llevó la mano de ella al pecho.

–No se merece una hija tan guapa y tan inteligente como tú.

–Gracias por decir eso –replicó ella bajando la mirada.

–Lo digo en serio, *cara*. Eres una de las personas más especiales que he conocido. Cada día descubro más cosas nuevas de ti.

–Nic, hay algo quede deberías saber de mí –dijo ella poniéndose a jugar con los botones de su camisa–. Algo que debería haberte dicho desde el principio.

–Si te refieres a tus problemas con la lectura, ya estoy al tanto de ello –replicó él, estrechándole las manos entre las suyas.

–¿De… veras? –exclamó ella con gesto sorprendido.

Nic asintió con la cabeza.

–Al principio, no me di cuenta. Me costó tiempo comprender por qué no respondías nunca a mis mensajes o por qué, cuando estábamos en un restaurante, me preguntabas siempre lo que yo iba a pedir, antes de elegir tú los platos. Ya me habías dicho que no leías nunca los periódicos, pero me desconcertó el que te mostrases tan sorprendida sobre lo que se había escrito sobre tu falso embarazo en aquel artículo que te enseñé. Lo atribuí simplemente al hecho de que quizá no habías tenido tiempo de leerlo. Pero no llegué a comprender verdaderamente por qué no lo habías podido leer hasta esta tarde cuando venía hacia acá.

–¿Qué te hizo averiguarlo? –preguntó Jade pasándose la punta de la lengua por los labios.

–Me dijiste que no habías leído la tarjeta que te había enviado con el brazalete porque estabas entusiasmada con los brillantes –dijo Nic con una sonrisa indulgente–. Pero no era cierto, ¿verdad?

–No… –dijo ella, más colorada que un tomate.

–¿No quieres saber lo que ponía la tarjeta? –preguntó él acariciándole las mejillas entre sus manos.

–Me da un poco de miedo… –dijo ella titubeante con las lágrimas a flor de piel.

–Te decía que te amaba, que te he amado desde el primer día que te conocí cuando sólo tenías dieciséis años, que no concibo la vida sin estar a tu lado amándote y protegiéndote. Es un sentimiento que he tenido siempre dentro de mí, pero que he tratado de ocultar. Es algo que he venido haciendo desde que era niño, supongo que porque no me gusta estar a merced de las emociones de otras personas y menos aún de las mías. Me hace sentir demasiado vulnerable.

–¡Me amas! –exclamó Jade ahogando un sollozo–. No me lo puedo creer, con lo poco que valgo…

–No vuelvas a decir eso de ti nunca más, ¿me oyes? –dijo Nic con el ceño fruncido, apretándole las manos.

–Yo fui la culpable de la muerte de Jon –dijo ella tratando de reprimir las lágrimas–. Olvidé los datos del vuelo y no sabía leer las instrucciones que me había dado mi padre. Lo que sabía muy bien era fingir mi deficiencia. Estaba muy orgullosa de ello. Demasiado orgullosa como para pedir ayuda. No sabes la vergüenza que me da...

Nic la abrazó, con el corazón compungido pensando en todo lo que debía haber sufrido.

–*Cara*, tú no tuviste la culpa de nada. Las personas que tenías a tu lado debían haberse preocupado de ayudarte y no lo hicieron. Ojalá yo lo hubiera sabido antes. Me quedé muy sorprendido cuando te

llamé esta tarde y te comportaste como si no hubiera cambiado nada. No podía entender por qué no habías leído la tarjeta. Lo comprendí finalmente al ver tu mirada irónica cuando le dabas las gracias a tu padre por el bono-libro. Él todavía no lo sabe, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–Siempre me ha dado miedo decírselo. Mi padre daba tanto valor a las notas que sacaba en el colegio… Nunca le parecían bastante buenas. Por eso me regala todos los años un bono para comprar libros, aunque nunca he leído un libro en mi vida.

–Por eso nunca has tenido un empleo, ¿verdad? Por eso no querías mostrar al mundo tus cuadros. Por eso te casaste conmigo, contra tu voluntad, porque necesitabas desesperadamente el dinero, ¿no es eso?

Jade tuvo que morderse la mejilla por dentro para no echarse a llorar.

–Me avergüenza tener que confesar que sólo quería casarme contigo por el dinero. Estaba decidida a no enamorarme de ti otra vez, como cuando tenía dieciséis años. Pero todo fue inútil. Cada una de tus palabras, de tus caricias y de tus besos me hacían comprender lo mucho que te amaba.

–*Tesoro mio* –dijo él con la voz entrecortada–. Yo te ayudaré a aprender a leer si tú me ayudas a mí a ser mejor persona. Me avergüenza lo superficial que he sido en la vida. He tratado de conseguir mis propias metas y objetivos sin pensar nunca en los demás. Pero, a partir de ahora, en lo único en lo que quiero pensar es en ti y en nuestro futuro. Tú has conseguido hacerme cambiar, Jade. Por eso mi abuelo planteó así el testamento. El muy zorro sabía que lo conseguirías.

Ella sonrió feliz mientras se abrazaba a él llena de amor. –¿Crees de verdad que él sabía que iba a pasar todo esto? ¿Que acabaríamos enamorándonos?

–Estoy seguro –dijo Nic–. Tú y yo siempre estábamos discutiendo en las reuniones familiares, ¿te acuerdas? La línea divisoria entre el odio y el amor es muy sutil y fácil de cruzar.

–La noche de aquella fiesta de mi cumpleaños, me habría gustado mucho más haber estado contigo que con tu amigo. Me he arrepentido todos los días de mi vida. No tienes idea de cuánto.

Él le acarició la cabeza y la abrazó contra su pecho.

–Olvídate ahora de eso, *cara*. Yo tuve la culpa por tratarte con tan poca delicadeza. Tal vez si hubiera llevado las cosas de otra manera, nada de aquello habría ocurrido. Debería haberte protegido, pero estaba demasiado ofuscado en mantenerme a distancia para no caer en

la tentación de cruzar la raya. Eras tan joven, tan inocente…

–Cuando estoy a tu lado, me siento otra vez como si fuera aquella jovencita de entonces. Me haces sentir como si el pasado no hubiera existido y todo hubiera sido sólo un sueño.

–A mí me pasa lo mismo, *cara* –dijo él estrechándola entre sus brazos–. Pero ahora en lo único en lo que debemos pensar es en el futuro. Vamos a ser muy felices, ¿verdad?

–Sí, amor mío –dijo ella echando la cabeza atrás para recibir el beso de su esposo.

Seis meses después de aquel feliz día en que Jade y Nic se confesaron su amor, tuvo lugar una exposición, en una prestigiosa galería de arte, con un éxito impresionante. Todos los cuadros tenían pegados el punto rojo indicativo de que estaban vendidos. Nic lucía una sonrisa de oreja a oreja viendo cómo todas las miradas, así como las cámaras de los reporteros que habían acudido al evento, apuntaban a una hermosa mujer embarazada que departía animadamente con todos los asistentes. Jade estaba más radiante que nunca y Nic aún no podía creer que fuera a ser padre en tres meses. Todas las noches ponía la mano sobre el vientre de Jade para sentir los latidos del aquel niño al que pronto tendría entre sus brazos.

Giorgio y Maya se acercaron a él. Iban agarrados de la mano. Maya parecía muy feliz. Estaba embarazada, aunque aún no se había comunicado nada oficialmente.

–Debes de estar muy orgulloso de ella, ¿eh, Nic? –le dijo su hermano, sonriendo.

–Es para estarlo, ¿no crees? –replicó Nic con el pecho henchido de satisfacción, sin dejar de mirar a su esposa.

Luca y Bronte estaban abrazando a Jade en ese momento, felicitándole por su éxito. Nic contemplaba la escena orgulloso de ver cómo Jade se había integrado plenamente en el seno de la familia. Su madre no dejaba de hacer alarde a todas horas de cómo Jade había conseguido hacer de su hijo un devoto de la vida familiar, como lo eran sus hermanos.

Jade lo miró desde el otro lado de la galería, con sus maravillosos ojos verdes bailando de felicidad. Nic se acercó a ella y le pasó el brazo por la cintura.

–Llevas mucho tiempo de pie, *cara,* ¿no estás cansada?

–Todavía no –dijo ella, acurrucándose en su pecho–. ¿Has leído lo que ha escrito el crítico de arte en el folleto de la exposición?

–¿Por qué no me lo lees, tú? –dijo él, con una sonrisa de indulgencia. Jade abrió el tríptico de papel cuché y se puso a leer

cuidadosamente las palabras mientras las iba señalando con el dedo.

–Jade Sabbatini es el nuevo talento que viene a aportar un nuevo aire fresco al mundo del arte. Su impre-impresio-impresionante colección titulada *Enamorada de Roma* ha despertado un interés más allá de nuestras fron-fronteras –Jade hizo una pausa y lo miró muy sonriente–. ¿Estás orgulloso de mí, cariño?

Nic la atrajo hacia sí y apoyó tiernamente la cabeza encima de la suya.

–Más que orgulloso. Nunca dejas de sorprenderme. Soy el hombre más afortunado del mundo por tener una esposa como tú.

Jade le puso los brazos alrededor del cuello apretándose contra él. Los latidos del bebé resonando entre los cuerpos de sus padres parecían unirlos en un futuro sólido y esperanzador.

–Te amo, Nic Sabbatini –dijo ella–. Te amo con toda mi alma.

–¿Sabes una cosa, *cara*? –dijo Nic mientras una nube de paparazis se arremolinaba alrededor de ellos para captar el momento–. Yo también te amo con toda mi alma… y todo mi cuerpo.